Fray Mocho

Revista Semanal



"La clave del porvenir"

Nº. 867

La visita de Primo de Rivera a Canarias



El presidente del Consejo de Ministros de España, general Primo de Rivera, acompañado del gobernador civil de Las Palmas, doctor Antonio Marín Acuña y del presidente del Cabildo Insular, don Laureano de Arma y Fourié, momentos después de arribar a aquella capital, en la reciente visita que efectuara al archipiélago canario.



El marqués de Estella al salir de la Catedral de Las Palmas, después de asistir al Tedéum oficiado a su llegada a dicha ciudad, en la cual fué recibido entusiastamente por un público de más de 50.000 personas.



Pergamino regalado al general Primo de Rivera, en el que la corporación municipal lo declara hijo adoptivo y alcalde honorario de Las Palmas.



El marqués de Estella acompañado de las autoridades locales y del ex ministro de la corona don Antonio Goicochea, al llegar a La Círcer para inaugurar la usina eléctrica.



Durante el acto de la bendición de la fábrica de electricidad La Círcer, recientemente inaugurada por el marqués de Estella.



Don Arturo Goicochea, ex ministro de la corona, que, en unión de Primo de Rivera inauguró la mencionada usina eléctrica.



El presidente del gobierno español en la ceremonia de la bendición de las banderas de los somatenes, imponiendo medallas a las damas que actuaron de madrinas.



Don Ramón Capella, nuevo jefe de policía de la provincia de Las Palmas.

Fots. Teodoro Maisch.



FRAY MOCHO



Fundado el 3 de Mayo de 1912

Dirección, Redacción y Administración. CERRITO 607

Año XVII — Buenos Aires, diciembre 4 de 1928 — N. 867

Línea de dirigibles, por Rojas

INTERVENCION A MENDOZA

INTERVENCION A SANTA FE

INTERVENCION A SAN JUAN

Con este vuelo inicial se instala, al fin, un servicio de provecho general,

por su enorme beneficio en la higiene provincial.

SACRIFICIO

Por V. Heckst All-Smith

El vasto teatro estaba repleto, del piso al cielorraso, de una palpitante masa de ansiosa humanidad. Miles de voces conversaban excitadamente, y, de cuando en cuando, una histérica risa rompía el monótono susurrar.

Las brillantes luces reflejaban sobre las ardientes caras de las galerías, sobre los frescos y blancos hombros de las plateas, sobre las ordinarias blusas azules, sobre las inmaculadas pecheras de las camisas y sobre los resplandecientes vestidos. Todo París estaba presente, desde Jean Jacques, de Montmartre, hasta monsieur le Comte, de la calle St. Germain; y todos hablaban del mismo asunto, todos pronunciaban el mismo nombre "La bella de Lisle", la de la voz de oro.

Afuera, la lluvia caía constantemente y pasaban los coches uno tras otro entre la muchedumbre que estiraba sus mojados cuellos en un esfuerzo para entrever algo de la célebre cantante.

—No hay más localidades, señores; el último boleto fué vendido hace varias semanas;— eran las frases con que los boleteros despedían al público que llegaba a última hora.

Se realizaba la representación de despedida de Denise de Lisle, antes de su viaje para América; la cantante que tuvo a todo París en la palma de su pequeña y blanca mano, la que hizo dar vuelta a la cabeza de los hombres, con el poder de su voz de oro, y robó sus corazones con su juventud y hermosura.

Porque "La bella de Lisle" hacía justicia al adjetivo que el público usaba delante de su nombre; dominaba a sus admiradores, tanto por el encanto de su personalidad como por su voz divina y maravillosa; y, sin embargo, permanecía indiferente a todos los homenajes.

El auditorio escuchó con una impaciencia contenida la primera parte del bien elegido programa; muy pocos de ellos notaron lo que ejecutó la excelente orquesta o el eximio pianista, quien sintió la indiferencia del público por sus esfuerzos. Al fin la orquesta empezó la "Elégie", de Massenet y el telón se levantó lentamente. Hubo un murmullo al reconocerla, y todos se inclinaron hacia adelante, conteniendo su respiración.

En medio del escenario, iluminado solamente en un punto a cada lado, aparecía en la obscuridad, como una estrella en un cielo aterciopelado, la plateada figura de la cantante, tan pequeña y delgada, pero dotada de un magnetismo tan poderoso que compenetraba a su auditorio desde la primera mirada.

¡Y su voz...!

Uno de los más renombrados críticos del día había escrito de la de Lisle: "Su voz es un placer lleno de dolor: tan exquisita es su perfección". No era muy poderosa, pero suave y vibrante como un violín; pura y verdadera; llena de pasión y de ternura: algo maravilloso, imposible de describir.

Cuando las últimas notas se extinguieron, un sonido semejante a un suspiro se advertía en el aire; después, el aplauso: el incontrolado y entusiasta aplauso de la raza latina.

Los espectadores deliraban, llorando y aplaudiendo, hasta que la orquesta rompió en medio de ese estruendo y volvió a reinar el silencio entre el público.

Ella cantó un bis, una simple bagatela de unas pocas líneas; pero a pesar de su brevedad, se puso frenético de emoción el público al mismo tiempo que aplaudía desesperadamente. Siguieron varios números interpretados por diferentes artistas, y el público esperaba pacientemente la segunda aparición de "la de Lisle".

Entre telones no todo iba bien...

Daulnois, el empresario del teatro, parecía sumamente disgustado; conversaba animadamente con el director de escena delante del cuarto de vestir de la estrella, mientras por la puerta entreabierta llegaban hasta ellos murmullos de agitadas voces.

Daulnois golpeó, y, sin esperar respuesta, estró bruscamente. El cuadro que se presentó ante su vista le hizo fruncir el entrecejo.

Denise de Lisle, envuelta en un manto de terciopelo azul pálido, estaba recostada en un gran sillón; su camarera de pie, sostenía una toalla y un frasco de medicamento, mientras el médico, vestido con un severo traje de calle, estaba tratando de aliviarla.

—Pero, ¿qué significa esto, mademoiselle? — inquirió Daulnois nerviosamente —. ¿Qué le ha sucedido?

La camarera, con la elocuencia de su clase, respondió a su pregunta ansiosamente:

—¿Qué sucede? ¡Oh, Dios mío! ¿Cómo puede preguntarlo el señor? ¡La garganta! ¡La garganta de mademoiselle está sufriendo horriblemente! ¡La amada voz se va, se desvanece! ¡Oh, qué horror!

—¡Silencio, mujer! — dijo el doctor ásperamente.

Daulnois se dió vuelta, dirigiéndose a él.

—Por favor, explique lo que está diciendo esta mujer. No puedo comprender. ¿Mademoiselle de Lisle está enferma? —Había un mundo de ansiedad en la pregunta: pero el doctor le contestó con un movimiento de cabeza, y miró a la cantante, que estaba recostada en un sillón con expresión de desaliento.

—Mademoiselle, ¿me permitirá usted que explique?—preguntó el médico. Ella asintió con su cabeza. El doctor apartó a la camarera y tomó del brazo a Daulnois.

—Amigo mío — le dijo en voz baja—, a mademoiselle le ocurre algo muy serio. Hace mucho tiempo que yo la atiendo. Su garganta está cansada; a veces la hace sufrir mucho. Yo le dije que no debía cantar; pero, lo mismo que todas las de su sexo, es obstinada y continuó cantando. Su garganta se inflamó cada vez más; nuevamente yo le advertí que debía descansar. Esta mañana estuvo en mi consultorio algo enferma y me pidió un calmante para esta noche, pues tenía que cantar su despedida a París, y me prometió que después descansaría. ¿Debía permitírselo? Le dije que era un desatino, una locura, pero no siguió mi consejo. Le recomendé "Nada más que una pieza a lo sumo". Ha cantado ya dos y ahora sufre; sé que su dolor es grande, que es algo muy grave. Las notas están todavía allí, es verdad, pero ella no debe cantar más; si lo hace, perderá su voz, y no la recuperará. ¿Entiende usted? — La cara del empresario cambió de color.

—¡Dios mío! ¡Esto es terrible! —dijo—. ¿Qué debo hacer? Mademoiselle está comprometida para tres piezas más y el público las pedirá; van a enfurecerse; perderé miles de francos. ¡No puede ser!

—¡Detenga su lengua, hombre! —dijo el doctor, impacientándose. —¿Qué importan los miles que pierda usted si mademoiselle conserva su voz?

—pero, ¿qué debo decir? ¡No puedo decirles la verdad!

Denise se levantó de un salto.

—¡No, no! ¡Cualquier cosa, menos eso; loco!—gritó en un amargo lamento, al mismo tiempo que llevaba una mano a su garganta. —¡Cualquier cosa, menos eso! Diga que estoy desmayada, lo que quiera; pero ni una palabra respecto a mi voz ¿oye?

Ella permanecía de pie, toda temblorosa. El doctor se adelantó para tranquilizarla:

—Naturalmente, mademoiselle: no pronunciará una sola palabra de eso. Ya sabe usted, Daulnois, tiene que decir que Denise se ha desmayado o dislocado un tobillo, o cualquiera otra cosa que usted quiera, pero no mencionar su garganta ni su voz. ¿Entiende usted?

—¡Esto es horrible! Nunca me resarciré de esto... ¡Les tendré que devolver el dinero! Lo reclamarán. Mademoiselle no tiene derecho de no intentar de cantar.

La joven exhaló un contenido grito de ira.

—¡Retírese de mi vista! ¿Oye? Doctor, dígale que se vaya. ¡No puedo soportar su presencia! ¡Pídale que abandone mi habitación.

El doctor tomó al empresario del brazo:

—Haría usted mejor en dejarnos, señor; es mucho más discreto y, por el amor de Dios mantenga usted distantes a los periodistas. Ya ve usted que no serán bien recibidos. Arregle lo que quiera afuera, pero déjenos solos.

Acompañó a Daulnois hasta la puerta, cerrándola con llave.

Denise se dejó caer sobre el sillón y empezó a sollozar sentidamente, apretando los almohadones y acobardándose lo mismo que un niño herido. El tono del doctor Caillard era muy bondadoso cuando le colocó la mano sobre el hombro diciendo:

—Vamos, pequeña, el gritar empeorará las cosas; usted debe tener calma...

—Pero mi voz... ¡perder mi voz! No puedo soportarlo... no cantar más. ¡Oh, es terrible! Es todo para mí; no hay nada más en el mundo... ¡No puedo perderla, no puedo!

—No es necesario si usted es obediente. Ahora escuche, mi pequeña. Usted debe prometerme que no cantará más hasta que le dé permiso. ¿Sí? ¿Será buena y hará todo lo que yo le diga? Olvídese de la vida de París, de los bailes y de las fiestas; vaya al campo y no regrese hasta que yo le dé permiso para volver. Obedezca a su médico y al viejo amigo de su padre. Si usted así lo hace, puede salvar su hermosa voz; de lo contrario, sufrirá cada vez más, hasta el día que todo esté perdido. Acuérdese: ni una sola nota hasta que yo le diga, ¿entiende?

Quedó observando tranquilamente la figura temblorosa en el gran sillón; sus palabras habían sido dichas en mesurado tono. De pronto Denise levantó su cara bañada en lágrimas, y habló con voz más tranquila.

—Sí; sí le obedeceré Pero ¡oh, Dios mío! ¡Será vivir muerta!

***

LA NOCHE AZUL

La noche, toda azul, era tan pura
que en su diáfano abismo, las estrellas
del cielo tropical, mucho más bellas
lucieron tras de tanta desventura.

Templo nupcial halló nuestra aventura
bajo la grave excelsitud de aquellas
umbrías que ampararon mis querellas
en silencio infinito y luz de altura.

Tú estabas en mis brazos coronada
por esa plenitud de luz nocturna,
ebria en la plenitud de ser amada;

y desde esa hora de emoción divina,
guardaste para mí, como en una urna,
la noche azul en tu alma diamantina.

Ricardo ROJAS.

—Usted es la mujer más hermosa del mundo, pero también la más fría, Denise. ¿No hay nada de sensibilidad en usted?

Había una lánguida nota de desesperación en el tono apasionado de Raúl de Ravignac, cuando tomó la mano de la joven.

—Esta no es la primera vez que me lo dicen, y, en realidad, lamento ser así.

Denise miraba en el vacío con aire aburrido; pero Raúl continuó:

—Yo no la comprendo. Cuando la oí cantar en París, la amé desde el primer momento que abrió los labios, porque sentí que era algo más que una mera figura de teatro. El sentimiento en su voz, la pasión; cada nota era un delicioso dolor, y, sin embargo, al tratarla, es un verdadero témpano. ¡Dios mío, yo quisiera poder comprender este misterio!

—Es tan sencillo, amigo mío, ¡tan fácil! Se lo explicaré. Canto, porque mi corazón ama el canto; ese es el motivo por que había tan claramente. No podría cantar sin sentir en el alma lo que canto; sería... ¿Cómo diré?... como si mintiese. Cuando es de dolor, siendo pena; si es de alegría, estoy contenta, y cuando es de amor, me figuro que estoy enamorada. Eso es todo. ¡Es tan sencilla!

Ella reía de la expresión de desmayo que transparentaba la cara de él, y libertando la mano que le tenía aprisionada, le acarició el obscuro cabello, algo turbada, diciéndole:

—No se enoje, amigo mío; me asusta usted con esa mirada.

Habían ido a sentarse en la cima de un peñasco, desde donde se dominaba una ancha franja de la costa. Detrás de ellos estaba la pequeña aldea, donde la bella de Lisle se ocultaba del alegre y bullicioso París, y en la cual había estado infinitamente aburrida hasta que Raúl de Ravignac había aparecido en escena, trayendo con él un gusto de la vida que a ella le agradaba.

Porque Ravignac era dueño de un palacio señorial en el sencillo pueblo de campo, y divididía su tiempo entre su finca y un departamento en París. Aunque no era un hombre de mundo en el sentido de la palabra, como lo entendía Denise, él conocía el amado París y podía conversar de algunos de los lugares que ella acostumbraba frecuentar.

Conocer a Denise era amarla, y Raúl había resultado una víctima sin esperanza de sus encantos. Ella aceptaba sus homenajes impasiblemente, y él se enloquecía al ver que no lograba enternecer su "corazoncito glacial", como le llamaba. Pero, a pesar de ello, persistía en la conquista, lleno de esperanza.

—Entonces, cánteme alguna romanza de amor — decía el joven, y ella reía fingidamente; no le gustaba que le recordara su voz —¿Sabe, Denise, que usted jamás cantó para mí? Es cierto que es mucho pedir, pero... ¿Lo hará esta noche?

Una mirada de terror asomó a los ojos de la joven; después dijo levemente:

—¡Ah! pero yo tengo un Bechstein en el castillo; así que no hay excusa. Puede venir a cenar y después cantará para mí. Hágalo, Denise. Yo sé que es casi insolente pedir a la bella de Lisle de cantar en esta forma; pero me complacería más que cualquier cosa del mundo.

—No sea loco, amigo mío. Esta convevrsación sobre la insolencia no me gusta.

Había en la voz habitualmente suave una nota de austeridad que hizo volver la cabeza a Raúl; pero el rostro de Denise se hallaba oculto por el ala del sombrero.

—Entonces, ¿vendrá usted? — insistió él. — He estado esperando para pedirle que cante para mí, pero no me he atrevido. Si usted supiera cómo lo deseo, no podría rehusar.

—Lo siento mucho Raúl, pero no puedo todavía. No quiero cantar, y, por lo tanto, no puedo; así, no me lo pida nuevamente, por favor.

Algo en su actitud le hizo guardar silencio al joven, y tuvo el presentimiento de que ella estaba sufriendo, pues, con el tacto de un verdadero enamorado, no dijo más. Como para consolarlo, Denise deslizó su mano confidencialmente, dentro de la de él. Era la primera vez que sentía la necesidad de su cariño, cuando le pareció oír nuevamente la voz del anciano médico: "Recuerde, ni una sola nota hasta que yo le dé permiso".

***

El me ama tanto, Nanette, que yo no sé dónde estoy. Me siento trastornada. ¿Qué puedo hacer?

Denise estaba sentada delante de su "toilette", mientras su antigua camarera cepillaba su suave y dorado cabello.

—¡Deja de cepillar, Nanette, y presta atención a lo que te voy a decir! Atravieso una crisis, tengo miedo... ¡Escucha!

Arrebató el cepillo de manos de la mujer y lo arrojó sobre la mesa. Nanette sonrió con indulgencia estaba acostumbrada a los arrebatos de su ama. Mademoiselle no había estado bien desde que el doctor le prohibió cantar. Nanette y él eran las dos únicas personas, aparte de Daulnois, el empresario quienes conocían el secreto del descanso en el campo; y la buena camarera observaba cuidadosamente la salud de su querida señorita.

—¿Mademoiselle ama entonces a este buen joven? — preguntó plácidamente.

—Eso es lo que yo te pregunto a tí, Nanette. ¿Lo amo?

—¡Santa María! ¿Cómo puede saberlo la pobre Nanette? ¡Usted pide un imposible, mi niña!

—¡Oh, pero es tan horrible! Un día pienso que lo amo; al día siguiente no sé. A veces sólo quiero cantar y cantar; ¡ahora no sé lo que quiero! Yo no podría volver sola a París; sin embargo, si Cail [illegible] dijero que puedo cantar, volaría feliz. Creo que nunca más lo seré; un minuto estoy contenta, de pronto me entristezco. ¡Me siento trastornada!...

—Mademoiselle está enamorada, es evidente... — observó la buena Nanette en tono afectuoso, —cuanto más pronto decida su destino, tanto mejor. ¿Se propone ese joven casarse con usted?

—¿Casarse? ¡Oh, la, la! ¡Mañana, tarde y noche, no me habla de otra cosa! Pero, escucha Nanette: me pide continuamente que cante para él. Ya lo he rehusado tantas veces que él me cree una pretenciosa o una loca.

—Sea lo que fuere que le hagan, usted no debe cantar. Le está prohibido, ¿lo oye? ¡Prohibido! Si usted desobedeciera...

La mujer acariciaba las manos de la joven afectuosamente. Denise se sonreía de su ansiedad.

—No, querida, mi buena Nanette, no cantaré. ¡Solamente me cuesta negárselo a él! Pero mañana le haré conocer el secreto; le contaré la historia entera, y entonces no me atormentará más.

Algunas horas más tarde Denise fué despertada de su apacible sueño por el ruido de repetidos golpes a la puerta del chalet. Saltando de la cama corrió a la ventana. En la obscuridad pudo distinguir la silueta de un hombre que golpeaba con el puño en la puerta del frente.

—¿Quien está allí? ¿Qué desea? —grito ella. El hombre dió un paso atrás.

—¿Es usted, señorita? No tema; soy Pedro, el del castillo.

Denise reconoció la voz del chauffeur de Raúl, y una rápida angustia corrió por todo su ser.

—Sí, Pedro. ¿Qué pasa?... ¿algo grave?

—¡Oh, señorita!... ¿Puede venir? Mi amo ha sufrido un accidente y pregunta por usted sin cesar. El médico dice que es necesario que usted vaya.

La joven sintió como si una mano de hierro le apretase el corazón.

—Iré en seguida, Pedro; espéreme un momento.

Corrió a llamar a Nanette; luego, ciegamente, empezó a buscar sus ropas y se vistió apresuradamente.

—Pero, mademoiselle, ¡usted no puede salir ahora! ¡Es como para morirse! ¡Qué locura!

—¡Oh, calla, Nanette! ¡El puede estar muriéndose! Pregunta por mí; naturalmente, yo voy. Acompáñame, si te parece. Tal vez puedas ayudarme en algo.

Denise voló escaleras abajo.

—Ya estoy lista, Pedro. ¡Vamos!

Mientras se deslizaban sobre el camino, ella se enteró de que Raúl había salido a caballo a la luz de la luna (su sport favorito), y que, alrededor de las once, su caballo había regresado solo. Después de buscarlo largo rato lo hallaron sobre la cima del peñasco. Tenía contusiones y bastante fiebre.

—El señor no quiere dormir, y continúa llamando a la señorita— agregó Pedro.

Llegó al castillo, donde el médico de la aldea los recibió, pálido de ansiedad.

—Está aquí en el salón, señorita; no quiso que lo llevaramos arriba; no quiere apartarse del piano; no quiere apartarse del

CREPUSCULO EN EL MAR

Pende el silencio como de una áurea hebra
de sol, en mitad de la tarde ilusionada;
zumba ciega la luz; se arrastra una culebra
por entre la callada

meditación de chopos en el cañaveral;
mueren de amor los zánganos ebrios y lujuriosos,
y pacen silenciosos
tus ojos el azul de la tarde otoñal.

Y tu voz llena y cálida
llueve sobre la pálida
floración de violetas que holla tu pie minúsculo;

mientras pasa ligera
una nave velera
que ensangrienta de rojos pendones el crepúsculo...

José MARTINEZ JEREZ.

DE RAMON Y CAJAL

—¿Alborotas y te enojas al discutir? Luego no tienes razón.

—Es que hablo con imbéciles.

—Pues, entonces, el imbécil eres tú al intentar persuadirles a gritos. El buen argumento, como el proyectil de las armas modernas, debe salir de la mente sin humo, sin fuego y con el menor ruido posible.

* * *

—Careces de gusto artístico — le decía un soltero a cierto casado, harto más sensibles a los dones de Pluto que a las seducciones de la belleza femenil.

—Estás equivocado. Precisamente adoro las estatuas y singularmente la Venus del Milo.

—¿Por qué?

—Porque, además de ser muda, es incapaz de registrar mis bolsillos.

piano; y la llama a usted continuamente.

El doctor abrió la puerta del salón,, y Denise oyó la voz de Raúl que la llamaba entre quejidos:

—Denise, ¿donde está usted? Yo la necesito...

Con un gesto imperioso, ella apartó al médico y fué a arrodillarse junto al diván donde se hallaba el joven.

—Aquí estoy, Raúl — dijo — afectuosamente.

Ravignac fijó en ella sus ojos extraviados, y apretó su mano ansiosamente.

—¡Cuánto me ha hecho esperar! — dijo con voz ronca. — La he estado esperando años y años, pero no la dejaban venir. Estoy muy mal, Denise; pero ahora me siento un poco mejor.

—Delira aún, señorita — dijo el médico, aproximándose temeroso. — Si usted consiguiera tranquilizarlo para que durmiera, sería una gran cosa.

—Usted tiene una piedra en el lugar del corazón, ¿verdad, Denise? Jamás aprenderá a amar, ¡jamás!

—Silencio, Raúl, no diga esas cosas. Mire cuánto le amo — e inclinándose, apretó sus labios contra los de él. — Ahora que sabe que lo amo, ¿quiere complacerme y dormirse?

Por un momento hubo un silencio y Raúl cerró los ojos; ella esperaba sin respirar, sin atreverse a hacer ningún movimiento; pero él habló nuevamente.

—Eso es solamente una excusa, Denise; yo nunca lo creeré a menos que usted cante para mí. ¿Porque rehusa siempre?

Muy lentamente, pálida hasta los labios, la joven se puso de pie, reteniendo aún entre las suyas la mano de Raúl.

—¿Está muy grave? — preguntó al médico.

—Temo que sí, señorita. Es algo interno lo que causa esta fiebre. He mandado buscar a un colega de Anguelotte; él es más avezado en este asunto que yo, pero no puede estar aquí hasta dentro de algunas horas: el trayecto es largo.

—¿Y es esencial que duerma?

—Naturalmente, señorita. Si duerme, la temperatura bajará y cesará el delirio.

Denise llevó una mano a su garganta y estuvo de pie, sin hablar, por un minuto; luego, con una sonrisa triste y valiente a la vez, murmuró al oído de Raúl:

—Amado mío, voy a cantar para usted; sólo prométame que después dormirá.

—¿Cuando usted haya cantado? Sí, Denise; prometo.

La joven se dirigió hacia el piano, y como el médico se adelantara para darle luz, le dijo, haciendo una señal negativa:

—Gracias; no es necesario.

Se sentó y, deslizando sus manos por el teclado, cantó, muy lentamente al principio y no muy segura de sí misma; pero ganando confianza a medida que continuaba, su voz resonó clara y dulce como la de un ruiseñor. El joven cerró los ojos con un suspiro de felicidad; el doctor estaba clavado en su sitio, asombrado; jamás había oído nada más divino. Y Denise siguió cantando romanzas de amor, como sólo la "bella de Lisle" sabía hacerlo. Cuando las últimas notas se extinguieron, el doctor se aproximó en puntas de pie:

—Señorita, ¡es un ángel del cielo! — murmuró; pero luego, alarmado por la expresión de dolor que se reflejaba en su rostro,— ¡Dios mío! Está usted enferma— balbuceó; pero ella movió la cabeza negativamente.

—Entonces — agregó el médico —si quiere continuar... El señor casi se ha dormido ya.

Denise siguió castando una pieza tras otra, y con una ironía que ella sola entendió, terminó con "El Cisne", de Saint Saens. Un joven poeta le había enviado la letra, compuesta por él, para el concierto de despedida en París.

Raúl durmió apaciblemente, y afuera, en el hall, la buena Nanette se retorcía las manos y lloraba por la voz de su ama querida. Hacia ella vino Denise, pálida y ronca, pero con un nuevo brillo en sus hermosos ojos.

* * *

—¿Y ésta es la pequeña dama que me dijo hace unos meses que lo único que le importaba en el mundo era su amada voz? — preguntaba el doctor Cailard algunos días más tarde.

El doctor Caillard sonrió sobre la dorada cabeza de Denise, que se hallaba sentada junto a Raúl, ya muy mejorado.

—Entonces no sabía lo que decía, estimado doctor, — respondió ella. — Ahora me conozco mejor. Pero, doctor, ¿no habíamos convenido en no hablar de mi voz?

—¿Por qué no? — exclamó Raúl. — Esto me recuerda que usted ha rehusado constantemente cantar desde la noche que me salvó la vida.

—¿Ha visto, doctor? Yo ya le decía que no mencionara "eso". Ahora él quiere saber de qué se trata...

—¿Qué dice, amada mía? ¿Hay algo que no pueda saber yo? — preguntó Raúl muy tiernamente, tomándole la mano. — ¿Qué es ese misterio?

—No hay misterio — respondió Denise algo irritada, — es que el doctor se ha vuelto loco.

El doctor Caillard, en lugar de ofenderse, se echó a reir y dijo:

—Lo he hecho a propósito, mi pequeña. Me parece que vale la pena que su novio conozca el valor real de su tesoro; por eso he decidido contarle todo, pues sé que usted jamás lo habría hecho.

Caillard contó la historia; a medida que relataba, observaba atentamente a las dos personas que lo escuchaban: Raúl, pálido de asombro y admiración; Denise, con la cabeza inclinada y los ojos llenos de lágrimas. Al decir las últimas palabras, el médico se puso de pie, y, dirigiéndose a Raúl, le dijo, impidiéndole pronunciar la frase que le venía a los labios:

—No me agradezca nada; mi obra no ha terminado. No puedo prometerle formalmente que su ruiseñor podrá volver a cantar pero puede estar seguro de que haré todo lo posible. ¡Hasta la vista! —y salió de la habitación.

* * *

Los dos jóvenes quedaron en silencio, hasta que Raúl, con acento conmovido, murmuró:

—¡Denise, usted hizo todo eso por mí! ¡Y yo tuve el valor de decirle que no tenía corazón! Amada mía, ¿por qué no me dijo que había estado enferma? Entonces, jamás le hubiera pedido que cantara. ¡Jamás me perdonaré a mí mismo!

—¡Oh, ese gran tonto del doctor Caillard! Hubiera sido mejor que usted ignorara eso, Raúl; me duele pensar que usted se reprocha... Pero, estoy contenta, ¡me siento tan feliz! ¿Qué importa mi voz si lo tengo a usted? Si usted no viviese yo no podría cantar, aunque tuviese voz...

El le tomó la cara entre las manos y mirando hasta el fondo de sus profundas pupilas vió en ellas toda la ternura que desde tanto tiempo anhelaba conquistar.

—Cuando comencé a cantar aquella noche —explicó Denise,— yo era una criatura sin amor; pero, a medida que cantaba, sentía crecer en mi corazón un sentimiento nuevo e infinitamente dulce, hasta que al fin ya no era mi garganta la que cantaba, sino mi alma entera...

Al decir estas palabras sus ojos se llenaron de lágrimas y se interrumpió con un sollozo.

—¿Qué pasa, Denise, mi tesoro? —¿Por qué llora?

—De alegría — respondió ella, sonriendo. — Pienso que si el doctor no me hubiese mandado aquí, tal vez nunca hubiera sido tan feliz.

Impromptu galante

Princesa de crenchas de oro
y de busto escultural
que pediste un madrigal
como quien pide un tesoro:

Por la gloria de tu gracia,
por la esbeltez de tu talle,
por eso, que aunque yo calle,
lo canta tu aristocracia;

y porque tus ojos son
carbunclos en fiebre ardidos,
que hacen perder los sentidos
y flaquear el corazón;

y porque en tu boca ahita
de escanciar vinos de amor,
viven los besos en flor
que hubo olvidado Afrodita...

Y porque tu corazón,
urna votiva hasta hoy,
será cadalso si voy
a jugar con su ilusión.

Yo, que gallardo sostengo
sobre la alta testa erguida,
el penacho de mi vida
y el blasón de mi abolengo;

por el sol de los quince años
que brilla sobre tu cielo
contrastando con el duelo
de mis viejos desengaños:

declaro sinceramente
en homenaje a tus gracias,
que claudican mis audacias
cuando estamos frente a frente.

Y que por primera vez,
al dialogar nuestros ojos
sentí un calor de sonrojos
que me incendiaba la tez;

que tuve miedo porque
ví cruzar despavorida
mi ilusión arrepentida
de haber gastado su fe;

que me tembló el corazón
pensando en los tiempos idos
que escoltarán doloridos
esta última emoción;

y que comprendí ya tarde
a influjos de suerte aciaga:
que cuando mi sol se apaga
otro nace, crece y arde...

M. CIRES IRIGOYEN

¿De qué es el hombre?

El eminente médico francés Tissit, expone la teoría de que los organismos vegetales y animales, inclusive el hombre, están constituídos por "mohos" organizados y que las bacterias no son sino transformaciones de este "moho". Ha descubierto que la tifoidea procede del maíz, la difteria de la cebada, la viruela de la papa, la escarlatina de la zanahoria, el tifus del trigo, la fiebre de malta de la naranja y el limón, y la rabia de la lechuga. Ha logrado, en prueba de su aserto, transformar un tejido sano del hombre en tejido canceroso, merced a sus cultivos. Estas declaraciones las hizo en una conferencia importantísima dada en la Sorbona, y agrega que la tuberculosis es espontánea en el hombre y puede producirse sin necesidad de contagio; es la sustancia misma de nuestros tejidos la que, como en las demás enfermedades, se transforma en bacilos de la tuberculosis, o más exactamente, nuestro "moho organizado normal" adquiere una forma patológica, cuyos finos filamentos se fermentan en bacilos de Koch.

Un lago de tinta

Cerca de Sidi-bel-Abbas, en Argelia, se halla un pequeño lago de tinta, que es alimentado por dos riachuelos, uno de los cuales lleva el agua muy rica en hierro, y el otro pasa por un pantano en el que se mezcla su agua con ácido de agalla. Se explica así que el lago que forman, esté lleno de un líquido que es una verdadera tinta. El visitante que se halla a su borde puede mojar una pluma en el "agua" de este lago y escribir perfectamente con ella. Esta comodidad difícilmente se hallará en otra parte del mundo.

Curso de literatura

Por Pedro Veder

I

En el Liceo Montespan, el despacho de la directora no es severo de aspecto. El limonero del mobiliario, las colgaduras azul de Francia, la luz que cae de una vidriera un poco alta, todo da al decorado la apariencia de un salón de lujo en un paquebote. La directora — la señora Jozielle — bordea los treinta y cinco años. Aunque famosa por su virtud, que atacaron en vano diez ministros de instrucción pública, veinte diputados, treinta consejeros municipales y un número incalculable de funcionarios, la señora Jozielle puede pasar por una belleza provocativa; no tiene lentes. La directora lo toma todo en serio, hasta las cosas serias; en este momento repasa una carta, cuyos términos no son muy de su agrado. El timbre del teléfono, instalado junto al tintero, tintinea. La directora toma el auricular, y, como se hace cuando se telefonea, mira vagamente al plinto que hay frente a ella.

* * *

La señora Jozielle. — ¡Al habla! ¡Sí!... ¿La señora Labron? ¿Quién es?... ¡Ah..., sí!... ¿La señora que me ha escrito? No pude leer la firma de la carta. ¡Acompáñela hasta aquí!... ¡Sí! Tiene solicitada una visita...

(Un silencio. La señora directora cuelga de nuevo; levántase a medias para examinar su fisonomía en el lejano espejo que forma parte del plinto. Da unos toquecitos a sus hermosos cabellos rojizos y torna a sentarse; toma un libro de cuentas, que aparenta estudiar con un cuidado afanoso. Llaman; un tiempo, y luego la señora Jozielle dice con acento de fastidio):

—¡Adelante!...

(Una criada sin edad abre la puerta y anuncia):

—¡La señora Labron!

(Antes de que la señora directora haya tenido tiempo de manifestar su opinión, otra señora de cierta edad se precipita en la estancia como un tanque; es la señora Labron, que anuncia la cuarentena tan verídicamente como si tuviera la fiebre amarilla a su lado. Es también roja, pero la albeña tiene alguna culpa de ello; está vestida con un traje de color de ciruela y tocada con un sombrero verde obscuro; comprende confusamente que esto no se armoniza con las colgaduras de la estancia. Por esta causa adopta el partido de mostrarse agresiva).

La Sra. LABRON. — Señora directora: soy una madre indignada, que acude...

La Sra. JOZIELLE (tranquila levantándose e indicándole una silla junto a su mesa). — ¿Quiere usted hacerme el favor de sentarse, señora?

La Sra. LABRON. — ¡Muchas gracias! (Se sienta). Señora: soy una madre indignada, que...

La Sra. JOZIELLE (muy afable). — ¡Usted dispense!... Es usted la señora Labron ¿verdad?...

La Sra. LABRON (ya menos dueña de sí misma). — ¡Sí, señora! Soy una madre, que...

La Sra. JOZIELLE (completamente amable). — Usted es la mamá de Pepita Labron, que está, con las mayores, en primera. Aun sin saber quién es usted, la hubiese reconocido, porque su encantadora niña es un vivo retrato de usted. Parecen ustedes dos hermanas...

La Sra. LABRON (casi sosegada). — ¡Es usted muy amable! Señora directora: es una mamá inquieta, que espera de usted...

La Sra. JOZIELLE. — Señora: en mí encontrará usted una amiga, más vieja, ¡ay!, que usted; una amiga que sabrá seguramente calmar su inquietud. En su carta, que recibí hace un instante, se queja usted de nuestro eminente



profesor de Historia literaria, señor Chabregy...

La Sra. LABRON (nuevamente encolerizada).—¡Es un miserable! ¡Ha abusado indignamente de mi pobre hija!...

La Sra. JOZIELLE. — ¡Me pasma usted! El señor Chabregy es un sabio austero...

La Sra. LABRON (furiosa). — ¡Hay que decirlo! ¡Ha besado a mi hija!...

—La Sra. JOZIELLE (estupefacta). — ¡Oh!... ¿Y dónde?...

La Sra. LABRON. — ¡En la boca, señora; en la boca!...

La Sra. JOZIELLE. — ¡Usted perdone! Quiero decirle que en qué lugar ha sido ello.

La Sra. LABRON. — ¡La ha besado en el locutorio, señora!... ¡Y en la boca, señora!...

La Sra. JOZIELLE. — Estoy llena de confusión. Es la primera vez que ocurre una cosa parecida en el Liceo Montespan... ¡Y el señor Chabregy!... ¡Oh! ¿Quién le contó este incidente?...

La Sra. LABRON. — ¡La misma Pepita! Entró en casa, me llamó aparte y me dijo: "Madre mía: amo al señor Chabregy. Me ha besado en la boca. ¡Quiero casarme con él!... ¿Se conforma usted ahora?

La Sra. JOZIELLE (muy disgustada).—¡Evidentemente, puesto que la víctima ha denunciado a su seductor!... Además, he hecho interrogar a Pepita por la señora Rouvert, mi subdirectora, y ella ha confesado, ruborizándose, lo que usted acaba de decirme...

La Sra. LABRON. — ¡Ah! ¿Lo ve usted?... ¡Qué sátiro!...

La Sra. JOZIELLE. — ¡No nos precipitemos!... Primeramente hay que instruir el proceso saber cómo ha ocurrido la cosa, las circunstancias que concurrieron...

La Sra. LABRON. — ¡Las circunstancias!... Ha besado a mi hija en la boca!... ¡Eso es todo!...

La Sra. JOZIELLE (irritada), —¡Ya lo sé!... En fin: puede que se trate de un movimiento involuntario...

—La Sra. LABRON. — ¿Involuntario?... ¡Por Dios, señora!... ¿La besaron a usted alguna vez de este modo.

La Sra. JOZIELLE (digna). — ¿Qué duda cabe?... ¡Estoy divorciada, señora!...

La Sra. LABRON. — ¡Ah! Enhorabuena!... Pues bien; usted no ignora cómo se conduce un hombre cuando se entrega a estas demostraciones... ¡Principia por la boca!...

La Sra. JOZIELLE (soñadora). —¡En lo general!

La Sra. LABRON. — ¿Y a donde va a parar?...

La Sra. JOZIELLE. — *Quo non descendam?*, habría dicho Fourquet. Pero nos alejamos del asunto... Usted tiene derecho a una reparación, señora. ¿Qué exige usted...? Yo no puedo despedir al señor Chabregy... Piense usted en las consecuencias; el Consejo de disciplina se enterará del asunto. Este excelente profesor veráse obligado a abandonar la Universidad. ¡Es destrozar su porvenir! ¡Piense señora, que apagará usted una lumbrera de la Ciencia!...

La Sra. LABRON. — ¿De veras?...

La Sra. JOZIELLE. — Además no podremos ahogar el escándalo. Su querida Pepita resultará comprometida. ¿Y tiene usted derecho a estropear el porvenir de su hija?...

La Sra. LABRON (perpleja).— ¡Es verdad!... Entonces no veo más que una solución... Puesto que ese monstruo con rostro humano se ha hecho amar por mi hija... ¡que se case con ella!...

La Sra. JOZIELLE (estupefacta). — ¡Cómo!... ¿Consentiría usted en entregar su hija a?...

La Sra. LABRON. — ¡No hay más remedio! Siga usted mi razonamiento: una niña que ha sido besada de esta manera se transforma y ya no tiene ideas normales acerca de la existencia... Mire: cuando yo era una jovencita, el señor Labron me besó la boca en un baile blanco... ¡Recuerdo el efecto que esto me causó!... ¡Hubo que casarme a escape!... Mi hija es mi hija... ¿Me entiende?...

La Sra. JOZIELLE. — ¡La entiendo!... ¡Pero hay un obstáculo!... (Vacilando) ¡Creo que el señor Chabregy es casado!...

La Sra. LABRON (dando un brinco). — ¡Casado!... ¡Y se atreve a besar a las jóvenes!... ¿Está usted segura de que es casado?

La Sra. JOZIELLE. — ¡Claro! El me ha presentado a una señora bastante fea como si fuera la señora de Chabregy...

La Sra. LABRON. — ¡Quiá, señora, quiá!... Mi hija me ha dicho que era soltero... ¡Y ella ha debido tomar sus informes!... El le ha presentado a usted a su querida!... ¡Yo pagaré lo que haga falta!... ¡O se casa, o daré el escándalo!... ¡Es mi resolución definitiva!...

La Sra. JOZIELLE. — ¡Está bien, señora!... Voy a interrogar al señor Chabregy y a darle a conocer las condiciones de usted. Haga el favor de retirarse y vuelva dentro de una hora.

(La señora Labron se marcha. A los pocos segundos entra en el despacho directorial el profesor literario: es un hombrón rubiazo, miope, rasurado, inverosímilmente flaco y ya un poco calvo; no sabe

dónde poner las manos ni los pies; flota como una deuda en una chaqueta lamentable; diríase que fué criado en un telescopio. Parece aburrido más de cuanto pudiera expresarse).

CHABREGY. — ¿Me ha mandado usted llamar, señora directora?

(La señora Jozielle contempla al seductor con una estupefacción poco aduladora, con aire de decirse que las jóvenes tienen un gusto deplorable. Luego indica una banqueta, donde Chabregy se sienta tímidamente; ruído de rótulas mal engrasadas).

La Sra. JOZIELLE (muy en director). — Tenemos que hablar, señora profesor...

CHABREGY (suplicante). — ¡No siga usted, señora directora!... ¿Va usted a hablarme del *asunto Pepita*?

La Sra. JOZIELLE. — ¡Ah!... ¿Confiesa usted?...

CHABREGY (enérgico). — ¡Yo no confieso nada!... ¡Soy víctima de una maquinación horrible!... ¡Le juro, señora, que soy un hombre amigo, de cumplir con mi deber... que soy un profesor irreprochable!... Y, permítame que se lo confiese con orgullo: a pesar de tener treinta y cinco años, no sé lo que es amor...

La Sra. JOZIELLE (incrédula) —¿De veras?...

CHABREGY. — No hay en ello mérito alguno; el estudio me absorbe y no me deja tiempo para dedicarme a la francachela. Además, y esto ya lo debió notar usted, ¡no soy hermoso!...

—La Sra. JOZIELLE (vaga). —¡Dios mío!... ¡Los hay más feos que usted!...

CHABREGY (firme). — ¡No, señora!... Yo tengo la fealdad profesional, y por eso me eligió usted!... Usted se dijo: "¡Con éste, por lo menos, puedo estar bien tranquila!... ¡No inspirará malas ideas a sus discípulas!...

La Sra. JOZIELLE. (ya interesada). — ¡Le aseguro señor Chabregy que usted exagera su fealdad!...

CHABREGY. — ¡No!... ¡Soy tan feo como Littré!... ¡Y juzgábame al abrigo de las vanas pasiones humanas!...

La Sra. JOZIELLE. — ¡Caramba!... ¿Es verdad que ha besado usted a una joven en la boca?... ¿Sí o no?...

CHABREGY (confuso). — Sí, señora directora!... ¡Y puedo añadir que no me ha causado placer alguno!...

La Sra. JOZIELLE. — ¿De veras...? ¡Tiene usted el gusto muy difícil amigo mío!... La señorita Labron es bella.

CHABREGY. — ¡Oh! ¡No exagera usted!... Es una diosa joven, ¡conformes; es tan alta como yo, de buenas carnes...

La Sra. JOZIELLE (aturdida). —¡Entonces, no me!...

CHABREGY. — Va usted a verlo: es sencillísimo; me rogó usted que diera a las discípulas mayorcitas un curso de historia literaria; dispusimos de común acuerdo el tema de mis lecciones: "La influencia de la mujer en la literatura y en las costumbres".

La Sra. JOZIELLE. — ¡Confieso mi imprudencia!... ¡No conviene hablar de las mujeres a las jóvenes!...

CHABREGY. — ¿Y de qué quiere usted que se les hable...? ¿De los hombres?... ¡Eso sería todavía peor!...,

La Sra. JOZIELLE (melancólica). — Tiene razón!...

CHABREGY. — Hasta entonces yo no había dado clase más que a las medianas, a las *back fish*, que aun no tienen sexo si me atrevo a expresarme así. Estas apenas me intimidaban; pero al entrar en la clase de las mayores sentíme súbitamente desorientado, como si penetrara en un país desconocido, habitado por seres inquietantes; había allí en esta clase un extraño perfume formado por mil perfumes; un aroma que se me subía a la cabeza. Yo perdía la conciencia de mi personalidad y me convertía en un individuo distinto; yo, que soy modesto y más bien insignificante, experimentaba un deseo de brillar de decir cosas espirituales y sutiles. ¡Qué vergüenza!...

La Sra. JOZIELLE (protestando). — ¡No hay por qué avergonzarse de esto!... Sus cursos han sido muy estimados.

CHABREGY (severo). — No lo fueron tanto como debieran!... A pesar mío, me había convertido en un comicucho. ¡Buscaba los efectos!... ¡Yo no era ya un profesor, sino un conferenciante!...

La Sra. JOZIELLE. — ¿Y cómo concibió usted el proyecto de seducir a la joven Pepita?

CHABREGY (cambiando de tono). — ¡Cómo!... ¡Ni por pienso! ¡Es un absurdo!... ¿Seducir a alguien?... ¿Yo...? ¡Usted no me ha visto bien!... ¡No!... ¡El castigo cayó sobre mí cuando menos lo esperaba!... Por culpable que fuese, yo había conservado cierta conciencia profesional. Quería que mis lecciones fuesen no solamente agradables, sino también útiles. Para estar seguro de que me comprendían bien, yo como todos los pedagogos, había escogido a la más estúpida de la clase es decir, a la señorita Labron. Yo me decía: "¡Si ésta lo entiende, las demás lo entenderán mejor!"; y, mientras hablaba, mirábala para seguir en su semblante el trabajo de su lenta inteligencia. ¡Y si su semblante se iluminaba, me sentía satisfecho!... ¡Puesto que esta simplota se enteraba, las demás debían de haberse enterado también!...

La Sra. JOZIELLE. — ¡Desgraciado!... ¡La pobre muchacha creyó que usted le dedicaba una atención particular!... Al principio, sintióse adulada, y luego, agradecida. La señorita Labron se dijo: "¡Habla por mí...!" Interpretó esto como una discreta declaración y como esta niña es novelesca enamoróse de usted... ¿Y usted no comprendió nada?...

CHABREGY. — Sí, señora; pero ¡demasiado tarde!... Figúrese usted que después de la última lección la señorita me dijo en voz baja: "¡Caballero: Tengo que preguntarle una cosa a solas. Le espero en el locutorio..." ¡Yo no desconfiaba ni pizca!... Ocurre con mucha frecuencia que una discípulo le pida a uno aclaraciones; no puede rehusarse este benévolo repaso. Me presento, pues, en el locutorio; apenas hube entrado en él, la señorita Pepita se precipita contra la puerta, la cierra, se vuelve hacia mí y me dice: "¡Lo sé todo, caballero!..." "¿Qué sabe usted, señorita?..." "Sé que usted me ama y no se atreve a decírmelo..." "¡Qué...!", exclamé yo. "Pues bien: ¡yo también le amo!..." Señora: si un rayo hubiera caído a mis pies...

La Sra. JOZIELLE. — ¡Bah! ¡Ya se hubiera usted aterrorizado algo más!... ¡Pero, continúe!...

CHEBREGY. — No había tenido tiempo de salir de mi asombro cuando esta joven me saltó al cuello y me besó en la boca... Luego huyó, después de haberme encerrado en el locutorio... ¡Tuve que salir por la ventana!... ¡A esto se reduce toda mi novela!

La Sra. JOZIELLE (soñadora) —¡Es usted sincero!... ¡Estas chiquillas tienen a veces unas ocurrencias locas...! Pero me asombra que usted... un hombre casado...

CHABREGY. — ¡Yo!... ¡Yo no soy casado!...

La Sra. JOZIELLE (severa).— ¿De modo, caballero, que la señora Chabregy que usted me presentó era su querida?...

CHABREGY. — ¡No!... ¡Es mi madre!...

La Sra. JOZIELLE (alegre).— ¡Oh! ¡Entonces es otra cosa!... ¡Usted puede casarse con su víctima!...

CHABREGY (estupefacto). — ¿Quiere usted que me case?

La Sra. JOZIELLE (sin rodeos) —¡No discuta usted!... Se trata de una joven exquisita, que le ama y tiene doscientos mil francos de dote... ¡Los padres exigen que usted...!

CHABREGY (afligido). — ¡Pero si yo no quiero casarme!...

La Sra. JOZIELLE. — ¡Oh!... ¡No discuta usted!... No tiene derecho a elegir!... ¡O se casa, o, de lo contrario, vendrá el Consejo de disciplina y la expulsión!...

CHABREGY.—¡Es usted cruel! ¡Yo no la amo!

La Sra. JOZIELLE. — ¡Peor para usted!... ¡No quiero que haya escándalos en mi Liceo!... ¡Se casará usted!...

CHABREGY.—Puesto que no queda otro remedio...

La Sra. JOZIELLE. — ¡Gracias Dios!... Voy a dar una buena respuesta a esa joven madre...

CHABREGY. — ¡Désela usted! Pero, si quiere conocer mi opinión, he aquí un matrimonio que no será dichoso. (Se van).

EL ELOGIO DE TUS PUPILAS

Toda idea profana de mi espíritu exilas
cuando, al interrogarme en las horas tranquilas,
clavas en mis pupilas tus enormes pupilas.

Tus pupilas enormes de color verde plomo
donde, curiosamente, tu alma se asoma como
en la espesura honda, una testa de gnomo.

Pupilas de Madona y de Minerva alada,
pupilas de divina mujer crucificada,
pupilas de inquietante profesía sagrada.

Pupilas que las lágrimas mojarán algún día,
con una gota hecha de dolor y armonía
que es el encanto único de la melancolía.

Sima vaga y compleja en cuyo fondo existe
algo como la nota de un "leiv motif" que insiste
en repetir su endecha profundamente triste.

Espiritual refugio de las almas dolientes,
joyas idealizadas con sutiles orientes
ánforas desbordantes de líquidos nepentes.

Pupilas quietas, graves cavidades de abismo,
pupilas que pusieron en lo hondo de mi mismo
una divina aurora y un divino idealismo.

Pupilas fraternales que sentirán un día,
en desfallecimientos de afanosa agonía
el contacto supremo de tu alma con la mía;

Pupilas: Inexhausto manantial de Poesía...

Luis María JORDAN.

La higuera madre

(Del libro *"Cuentos de la montaña"*, recientemente aparecido)

Por Juan José Vélez

Refugio espiritual gratísimo para mí fué la sombra de una frondosa higuera, plantada en el solar doméstico, por las manos férreas del abuelo: pasé allí horas y horas sorbiendo en amoroso deliquio la luz que se filtraba por su folia verdinegra, aspirando el perfume que exhalaban las primeras brevas de noviembre, incitantes y perfumosas. En tanto que los hermanos menores las atacaban y volteaban a cañazos y se las devoraban golosamente, mi solaz era otro; estaba por arriba de esa función fisiológica. Me abstraía en los pensamientos que una madre tan buena como esa higuera me sugería, saciando con sus codiciados frutos la glotonería infantil. Y me decía a mí mismo: ¡Cuántas madres tan generosas como ésta y sin embargo, tratadas también a cañazos por los hijos!

La higuera, esplendente su verde oscuro, abría y lucía su amplia y tupida copa con cierta ingenua hospitalidad, y al contemplarla me inducía a pensar en los placeres de la maternidad. Sentado sobre su tronco, gozaba del silencio de las siestas, mientras el resto de la familia dormía tranquilamente. Muchas veces escuché entre sus hojas los coloquios de los zorzales y los bienteveo que, ,recién bañados, se hartaban con la pulpa almibarada de los higos remaduros. Cuando más penetraba en el misterio de su follaje, las hojas movidas por el viento se abanicaban las unas a las otras, como dando golpecitos de manos, para prevenirse contra mi presencia. Aunque jamás revelé a nadie uno solo de los tantos episodios de los que fuí testigo, me tiento ahora a referir uno de ellos. Y lo hago, complacidísimo, evocando recuerdos de la infancia, cubiertos con el velo del olvido o la indiferencia, pero que a mi juicio valen la pena de ser puestos de relieve, magnificados a la distancia por el sabor de las cosas queridss que se guardan en el hogar y que perfuman nuestra existencia.

Una de esas siestas, fervorosamente cálidas por el hálito de fuego con que el sol llega a enervar nuestras energías, ocurrió que, sobre el tapial divisorio de nuestra casa, asomábase una cabecita rubia y que, ayudada por una caña que apenas podía manejar con sus débiles manecitas, pretendía cortar y ensartar en ella los higos más ricos de la famosa higuera. Yo, que al pie de ésta pensaba en esos momentos en lo que querría expresarme el ceceo de las hojas, agitándose lentamente a impulsos del aire, miré hacia uno de los costados, entre risueño y severo,, y admiré sorprendido el hallazgo.

La dueña de aquella cabecita enseñaba ya la mitad del cuerpo y estirándose en dirección a la higuera, todo lo más que le permitía su acrobacia, pretendía arrebatar con la caña algunos higos. Alcanzóme a ver y entre sorprendida y curiosa excusábase con mil disculpas por "la licencia" que se tomaba y me decía: — Son para los chicos, mis hermanitos —y colorada como una guinda que inflamara el sol, fingió que se avergonzaba, bajando la caña y cubriéndose la cara con la otra mano.

Fué una crisis de fuerte emoción, de inenarrable efecto para mi espíritu, entregado a las divagaciones de la juventud, en el primer cuarto creciente de la vida. Sentíame ebrio de una luz vivísima y una fuerza extraña que agitaba mi organismo e iluminaba mi destino. La dulzura de esa voz achacando a los chicos de la casa la culpa de su delito, y el brillo de esos ojos azules, denunciadores de un temperamento inquieto, vivaz y travieso, me indujeron a reflexionar sobre el bien que haría, si a tan hábil ratonzuela le regalaba una canasta de higos. Y lo hice, influenciado por no sé qué fuerza secreta reinante en la atmósfera, en el ambiente de la cálida siesta, ,grave minuto psicológico en que se cruzó por la línea de mis pensamientos esta bonita figura de mujer. De un salto,, parecido al brinco del felino, estuve enhorquetado en uno de los gajos más fuertes y más abundantes en fruta; fuí cortando los higos con especial cuidado y depositándolos en el canasto.

La rapazuela de ojos azules permanecía quieta y anonadada ante mi ofrecimiento y mi generosidad. Del otro lado de la tapia se oía una gritería infernal celebrando, sin duda, su sorpresa. Breves momentos más y la canasta repleta hasta el tope de jugosísimos higos, era puesta por mí en el extremo de la caña y recogida por la rubita la hacía llegar a sus manos, toda sudorosa por el esfuerzo realizado, colocándola en el brocal de la tapia para dejarla caer en seguida muy suavemente, al patio de su casa, donde la chiquilinada vociferaba la canción de la victoria.

¡Oh, dicha la mía, oh suerte la suya, recibir tal premio por hazaña de una dudosa moralidad! Mi corazón saltaba de contento dentro del pecho, y en la propiedad colindante seguían frenéticos los gritos! Se celebraría el triunfo de la hermanita mayor y yo quedaba cautivo de la suavidad de aquella voz, del magnetismo subyugador de aquellos ojos vivarachos, que me recordaban los de una hermana muerta poco antes de este suceso, y por quien tanto afecto yo sintiera, de cabellera rubia y blonda como la flor del trigal y una carita fresca que, de lejos y contra los rayos del sol, imitaba una manzana de la sierra.

La higuera parecía entrar en la posesión de su plena autoridad materna, en un franco despliegue de caricias. Sus hojas amplias y verdes, batíanse las unas contra las otras y del fraternal roce entre ellas, un contenido suspiro de desahogo acusaba sus deliquios amorosos; ella, madre prototipo de toda la arbo-

leda plantada en la huerta, sentía correr su savia láctea hasta el extremo de sus filamentos, y gozábase en el cuadro de que era ella misma marco visible. Cuando la chiquilla saltó de la tapia de un brinco a su solar, vestíase como de fiesta; orlada de oro por los últimos rayos del sol que a esa hora ya descendía por la línea meridiana, cobraba cierto aspecto de sagrario de las virtudes domésticas. Los ricos higos rajados y rojos matizaban de púrpura el esplendor del verde.

Y fué en seguida la tarde: una bandada de tordos negros desparramados como municiones, cerníase en el espacio, vibrantes las alas y asentándose en la higuera para descansar, preludiaron en seguida con sus piquitos bulliciosos una sublime sinfonía al amor fraterno. Tal vez homenaje a mi acto de generosidad con la arrobadora rubita. Y escuché ensimismado la música más dulce, a ratos nostálgica, ya en escala mirífica o en versículos sacros, que oídos humanos pocas veces en la vida hayan sentido. Aquello simulaba un rezo a coro de viejos eremitas que pisan ya los umbrales del sepulcro, o se tornaba en una vibración armónica de cuerdas de guitarras templadas en el dolor de las ausencias, o imitaban los rasguidos de célicas arpas que tañeran los céfiros que se albergan en las copas de los cipreses necropolitanos. De los tordos allí agrupados en legión innúmera para pasar la noche, ninguno fué remiso a este convite, a este espléndido festín y cada cual vocalizaba notas de una difícil pero artística modulación. Al unísono y a un diapasón de melódicos trinos, fluían de sus pequeñas gargantas sedosos arpegios de flautas o trisqueos de perlas, resbalando en una superficie bruñida toda la cristalería del sonido, expandiéndose en un ambiente de paz y silencio, de calma y sosiego, precursores de los éxtasis en que los espíritus son arrebatados a gozar de las melodías eternas en los más elevados y poéticos collados del cielo.

Cuando advertí, la huerta entera nadaba en las penumbras vesperales y pocos minutos después la noche perfumada y primaveral iniciaba su triunfal entrada con un soberbio florecimiento de luces magnetizantes que los tucos y luciérnagas irradiaban, poniendo el oro de sus caudas a profusión en el espacio, entre la oculta arboleda y hasta mí mismo llegaba toda la fosforescencia de esa animada pedrería a enajenarme, con esa rara sensación de vida en que entran los elementos, a medida que el sosiego es más absoluto y el silencio nocturnal es nuestro más íntimo confidente.

¡Oh, hermosa higuera, plantada por el brazo férreo del abuelo, que me dió sombra amiga, me prodigó la ambrosía de la fruta exquisita, y niño aun, púsome frente al deleite de ofrendar a la vecinita con las primicias de sus entrañas maternas! ¡Oh planta fecunda, en caricias, en amor, en poesía,, en luz, en colores, en vida!

Yo me había familiarizado tanto con su compañía que al amanecer y antes que la "curucuchita" armara el bochinche diario con su violincito metálico escurriéndose por todos los recovecos en el vértigo de su vivacidad, estaba yo en mi puesto de honor, con el libro abierto delante de ella, preparando mis lecciones, porque el agradable fresco de su sombra se instilaba en mi mente y la fortalecía para la tarea intelectual. A veces ni paraba mientes en que la doméstica llegaba con el desayuno humeante y que el viejo leñador, armado de su hacha, empezaba a desbastar en astillas un trozo de algarrobo para la buena cocinera. Cuando quería regalarme con su fruta, jamás empleé la caña, pues me abrazaba a su tronco y corriéndome por sus gajos iba contando los higos que se deshacían de maduros en mis manos: como hace el hijo amoroso estrechándose al pecho maternal.

Sin embargo, para esta madre espiritual llegó también la hora de los cañazos: hubo necesidad de ampliar el edificio y ejecutar nuevas construcciones y allí caería envuelta entre los escombros de la remoción.

¡Cómo lo recuerdo! Día plomizo. Una garúa finísima ponía en el ambiente cierta nota de tristeza: los ladrillos apilados para la obra formaban columnas y la cal hervía en los pozos ad-hoc para preparar la argamasa con arena. El maestro albañil, viejo de pura cepa criolla, distribuía el trabajo entre los peones. Los cimientos debían abrirse en cuadros y rectángulos, conforme al plano preparado por el *maestro* constructor. Una de las líneas partía por el eje el tronco de la higuera: necesariamente debía ser arrancada de raíz. Por tanto, se la echaría abajo.

La gente menuda de la casa, al anuncio de esta flagrante injusticia, estaba toda reunida en un conciliábulo de protesta. El abuelo rodeado de los nietos, nuestra madre que conoció a la planta en su juventud, vecinos que habían usufructuado sus higos sabrosos, aquella mañana, todos hacían causa común en este duelo tan sincero: hasta la tapia divisoria se coronó de cabecitas infantiles a presenciar el desastre y entre éstas la rubita del cuento, la gentilísima rapazuela, que ahora parecía muy anostalgiada.

Y llegó el momento fatal: el maestro albañil exigía que se le despejara el terreno y no repitió dos veces la indicación, cuando el leñador, ño Benito, fornido y guapo, atleta por el músculo y abuelo también por el cariño que nos profesaba, comenzó su obra, dando no ya cañazos, sino hachazos formidables en el grueso tronco del famoso y querido árbol. Cada golpe de hacha hacía cimbrar el verde follaje que había resistido, sin deshojarse, hasta ese otoño. Y mientras tanto, mudos los espectadores, seguíamos los trances de aquella vida que debía sucumbir en pocos minutos más.

La fina garúa que seguía cayendo aumentó en intensidad, y, no obstante, toda la familia presenciaba el holocausto. Los recios golpes del hacha se sucedían sin interrupción, abriendo profundos tajos que pronto llegaron a la pulpa del tronco. Y sin que disonara en el silencio de esos momentos, oyóse un llanto, y en seguida otro lloriqueo más, y después sollozos comprimidos que ahogaban la respiración: la higuera se desplomaba como herida por un rayo y doblando la cerviz echaba su copa al suelo, recostándose en la tierra que amamantó por tantos años su savia, que nutrió de verde oscuro su tupido follaje y dió sabor exquisito a sus higos predilectos.

De la tapia, una vocesita argentina me hacía llegar sus sentimientos de tristeza con estas palabras: "Ya no seré más la rapaz de la pobre higuera. ¡Cuanto siento su destino!" ¡Era la rubita, mi amiga!

Entretanto, doloridos por el espectáculo, nos retiramos con el abuelo a las piezas interiores a comentar el caso.

Por la tarde, cuando los tordos llegaban a la huerta a buscar su albergue para dormir tranquilos, no encontrando a su árbol predilecto, remolinaron mucho rato en su busca, piando con una insistente curiosidad. Ya se asentaban en el tapial, ya sobre las pilas de ladrillos, bien bajaban al suelo o tornaban a volar, hasta que espantados ante la realidad del desastre remontaron el vuelo muy arriba y tomando la forma de un ala gigantesca se perdieron para siempre de la vista y de la casa solariega.

EL TABANO INDISCRETO

¿No te ha ocurrido, lector, decir a un amigo que tienes novia, y que este amigo, en lugar de preguntarle: "¿es buena, es honrada?" te ha preguntado solamente: "¿es linda?"

Los hombres ricos no necesitan pensar, ni crear ni trabajar. De ahí que ningún hombre rico sea útil a sus semejantes.

En un principio las cintas cinematográficas se inspiraban en la vida real. Hoy es la vida real la que se inspira en las películas.

Unas mujeres pecan por amor y otras por vicio, pero todas, al pecar,, cometen idéntico delito.

Cuando alguien me hace el elogio de una persona, tengo el presentimiento de que va a pedirme algo para ella.

En las contiendas políticas el elector es, primero el amo de la situación y luego la víctima.

Mis hijos me dan valor para luchar y vencer, pero si no existieran mis hijos creo que tendría más valor.

No hay un solo hombre que no tiemble cuando un amigo suyo se dispone a hablarle confidencialmente.

Estoy tan acostumbrado a no ser comprendido, que cuando alguien me entiende dudo si estaré equivocado..

Si el tiempo que las mujeres emplean en componerse lo emplearan en ayudar a sus padres o a sus maridos, no habría un solo hombre que pudiera quejarse de que la vida es tan pesada.

José M. BRAÑA.

ANECDOTA

El almirante británico Hewart, recuerda en reciente libro el castigo de un reyezuelo del Africa Occidental, que había ordenado el asesinato de un misionero.

El gobierno inglés resolvió deportarlo a una isla, sin más compañía que la de cinco esposas. El monarca negro, llamado Ja-Ja, escribió entonces la siguiente carta a la reina de Gran Bretaña:

"Querida hermana, reina Victoria: Has ordenado que me echen de mi país. Quizás tienes razón: por ahora no nos ocupemos de esto. Pero has ordenado que me acompañen sólo cinco esposas. No me parece digno de un rey no tener nada más que cinco esposas. Te ruego que me permitas por lo menos doce. A ti no te agradaría tener nada más que cinco maridos. Tuyo, respetuosamente. — Ja-Ja".

Bajo la ceniza

Por Eduardo Buil

Aquella mañana fray Andrés había "hecho" el sermón. Y los graves varones, barbados del coro y la concurrencia de los fieles habían aprobado con gestos admirativos su fácil y profunda palabra. Fué su prédica una diatriba contra la vanidad de los hombres, una apología encomiástica de la humildad, suprema sabiduría ante lo perecedero de las cosas humanas: gloria, fortuna, amor, ciencia, poderío, vida... Había que arrancar del corazón de los hombres la egolatría, el egoísmo, la vanidad y, sobre todo, el amor terreno, porque su extinción sería camino luminoso hacia la sabiduría y la verdad.

Y fray Andrés habló con las vehemencias de su verbo joven, ,con la impetuosidad de sus treinta años místicos y ardientes, brillándole en los ojos las lucecitas de la sinceridad.

* * *

Fray Andrés ingresó en la Orden con el romanticismo de un poeta y con las ardentías de un aguerrido militante. Moviénronle a ello la aguda observación de la vida y un desengaño amoroso. El monje tenía el alma ebria, y, no obstante, sedienta de intensidades. En actividad alguna hubiera sido un hombre mediocre y vulgar. Tenía alas en la voluntad y energía sobradas. No entendía de matices intermedios. Hubiérase dedicado a la industria, y será un millonario, propagador por todo el orbe de sus productos; hubiera sido general, y gustárale vencer en las más enconadas batallas; amó, y lo hizo con todas las potencias de su carne y de su espíritu; fracasó en su amor, y despreció la vida del siglo para hacer eternos votos de renunciación; le fué encomendada la biblioteca del histórico monasterio, patrimonio en otro tiempo de monarcas, y hoy a sus hermanos en religión confiado, y tal fervor puso en desentrañar las enseñanzas de los libros sabios y viejos que años después — no muchos — era pasmo y orgullo de los ancianos monjes eruditos.

La imagen de Celia, su novia primera y única, fué arrancada de su pensamiento. Quedó diluída, esfumada en el pasado, como si desde su vida anterior a la presente mediaran siglos, fuera la figura tan amada otrora, ser de otro plano, carnación de extraños mundos.

Y así vivía, dedicado únicamente con todo su amor al perenne cultivo de su intelecto entre aquellos libros que enseñaban siempre y no engañaban jamás.

* * *

Entre los libros añejos, rebuscando un día entre polvorientos legajos de documentos seculares, fray Andrés, casualmente, descubrió un códice miniado del siglo once, un "in folio" primoroso en pergamino que tenía inscripciones manuscritas sobre otras que un reactivo hizo patentes y miniaturas fijadas en oro que daban al manuscrito un valor de millones de pesos. Pronto corrió de boca en boca entre eruditos y bibliófilos la fausta nueva del hallazgo. Y menudearon las visitas de hombres cultos al monasterio para contemplar el manuscrito y los demás que su biblioteca encerraba de gran mérito e interés histórico o artístico.

Fray Andrés, modestamente, explicaba la circunstancia del feliz hallazgo, que atribuía plenamente a la gracia de Dios.

Un día el patio silente del monasterio se llenó de murmullos, de cascabeleantes palabras de mujer: una expedición de médicos que habían celebrado en la cercana ciudad un Congreso — la ciudad en la que fray Andrés tanto había amado y sufrido — llegó a la santa casa en excursión para visitarla, previo permiso del prior, que confinó rigurosamente a los siervos de Dios en su clausura. Acompañados de autoridades y directores de la oficina de turismo llegaron los médicos, y con ellos las esposas de algunos. Las palomas y los pajarillos que se posaban sobre la alberca o revoloteaban, libres, sobre el huerto, volaron entonces medrosos a refugiarse en las aristas de la fachada ante tan insólita concurrencia en sus dominios.

Al penetrar la expedición en la biblioteca fray Andrés no pudo reprimir un ademán de asombro; pero se repuso al punto. Una de las damas era Celia. Hasta aquel retiro que jamás creyó accesible al mundo del que había desertado llegaba el pasado encarnado en aquella mujer bella y turbadora que dejaba al pasar una estela de aromas. Las notas del órgano que cantaba en el templo ponían en el ambiente el bálsamo de su dulcísima armonía.

Ella lo vió y bajó la vista y apartóse un poco instintivamente del que debía ser su marido: un médico del hospital lo menos veinte años más viejo que Celia, si como tal notable, como hombre poco seductor.

Fray Andrés explicaba; iba señalando a la admiración de los visitantes los incunables y los códices, los viejos manuscritos de primorosas miniaturas, los libros de horas que manos reales sostuvieron; se detenía en la historia de cada uno, hacía patente su saber, su erudición, envanecido de poseerla satisfecho de poderla volcar entonces sobre sus oyentes, admirándolos, y aun más a aquella mujer que lo miraba en silencio y con arrobo. Y fray Andrés tenía en su voz trémolos de emoción aun a pesar suyo. Bajo la ceniza de su corazón había quedado una brasa por extinguir. El la extinguiría.

* * *

Marcháronse todos, y el marido de Celia lo felicitó, admirando de sus talentos.

Y aquella noche fray Andrés se castigó duramente, cruelmente, las carnes con las disciplinas de acero.

Eduardo BUIL.

SER HOMBRE

Por Emilio Palomo

No era sólo mi padre y mis hermanos los que decían que yo había de ser un desgraciado. Algunos hombres, como ellos sesudos, y como ellos respetables por su edad, siempre que me veían en la calle movían sus cabezas en un movimiento que parecía decir: "¡Pobre muchacho; no tiene remedio!" A este juicio se unía el de algunas señoras muy serias y muy graves, y mi fama iba extendiéndose por el pueblo con una rapidez desusada en aquel rincón en donde las ideas y hasta las palabras apenas si hacían, cada lustro, un metro de distancia.

No sé si por una sordera moral o por un desdén, inconsciente para todos ellos, aquel juicio unánime no me hería en lo más mínimo.

Hacía entonces la vida que hacen en mi pueblo todos los muchachos de quince años. Es esta una edad bien estúpida para saberse conducir en ella. Se tienen aún los pies atados a la infancia, y ya las manos pugnan por asirse a los frutos destinados a los hombres... Vagaba las calles; faltaba a la clase de mi "profesor especial", y me enrolaba en las partidas de otros muchachos, que hacían las diabluras y las salvajadas que nuestros padres habían hecho a nuestra edad. Un día lodábamos los caños de las fuentes públicas; otro, descalzábamos los carros que había en las pendientes, y en una carrera loca iban a estrellarse en la hondonada; robábamos gallinas de nuestras casas, y con el dinero que nos daban por ellas comprábamos pólvora para hacer petardos, que poníamos detrás de una de las iglesias.

Hacíamos, en suma, lo que había hecho siempre, desde siglos, aquel pueblo obscuro y primitivo. Con idéntica moral, con iguales costumbres, reinando siempre la ignorancia y la superstición, no era extraño que las nuevas generaciones tuvieran los instintos y la violencia que ha caracterizado siempre a esta raza ibérica que en mi pueblo tenía las más hondas raíces.

Un día mi padre, enterado de una de aquellas fechorías, me llamó a capítulo, y me golpeó, mientras me decía lo de siempre:

—Si no puede ser; si eres un sinvergüenza, un canalla, u n pelgar, acabarás en presidio.

Confieso que aquel pronóstico con el que acababa mi padre todas sus palizas me enfurecía y me llenaba de terror. Para mí la cárcel era aquellos calabozos inmundos que había en el Ayuntamiento de mi pueblo, llenos de humedad, fétidos, plagados de animales repugnantes. Después he aprendido que la cárcel, muchas veces, no es el castigo que se da a los delincuentes, sino una supervivencia ancestral en la que se quiere que languidezca y muera la razón. Pero ello es que, en aquellos días, la cárcel era para mí la visión de los horrores más grandes y el suplicio más cruel inventado por la Humanidad. Tanto me asustaba aquel vaticinio, que hasta llegué a pensar a ser bueno...

Pero, ¿qué era ser bueno? Nadie en aquel pueblo ni los maestros, ni los padres nos habían dado una norma para distinguir el bien del mal. Yo oía decir con frecuencia: "Aprende de fulanito". Y me fijaba en Fulanito, y veía que era un pobre diablo cuya bondad estribaba en delatar en la escuela la diablura de algún compañero; en permanecer siempre quieto como algo insensible o en apartarse de aquella bandada alegre de muchachos cuando a plena luz y en plena vida extendíamos nuestras alas para volar en medio de la gran Naturaleza.

Al cumplir los treinta años me acordé con cariño de mi pueblo. ¡Tanto tiempo sin verle! Muchas veces concebí el propósito de volver, aunque sólo fuera un día, unas horas; el tiempo suficiente para apacentar mi espíritu en aquel remanso de silencio que tan dentro de mí llevaba. Pero haber ido hubiera sido quebrantar aquel voto solemne que a mí mismo me hice de no volver sin ser un hombre...

¿Era yo un hombre a los treinta años? Aparte del aspecto físico que me decía en sus grandes gritos naturales que sí, mirándome "por dentro" me sentía igualmente hombre. Tenía una sensibilidad propensa a las causas justas; un corazón y un sentimiento que vibraban ante toda obra bella y beneficiosa, un cerebro que, ¡al fin!, por sí solo, había llegado hasta donde es posible llegar en este análisis, a discernir el bien del mal, poniendo siempre al servicio del primero todas las potencias de aquel cuerpo en quien señoreaba... Y, sin embargo ,yo no era lo que se llama "hombre de provecho". Había consumido la mejor parte de mi juventud tal vez toda, en batallas y en trabajos que no me reportaron ningún bien positivo. A los treinta años seguía tan desvinculado, tan sin arraigo material en la vida como a los quince, cuando mi energía y mi fantasía extendíase por aquellos amplios horizontes de mi pueblo, como una fuerza natural atenta sólo a sus leyes de expansión. Pero, ¿qué era esto para satisfacer el sentimiento de los que creen que una viuda no está en su cenit sino cuando se refleja en ella el color del oro amasado, sea como sea? Me había sido concebido el don de crear; trabajaba con entusiasmo y con fe por el trabajo mismo; pero ese don de previsión con que la Naturaleza regala a algunos hombres me había sido negado; y el dinero llebaba a mí tan huidizo, que era en mis manos como el agua entre las piedras de una presa; el placer que él me traía refrescaba un poco mi carne y mi espíritu; pero cuando quería aprehenderle, ya corría alegre, contento de ir hacia la corriente y no quedarse en el remanso, donde es siempre cieno, según expresión feliz de un altísimo poeta.

Pero, a pesar de todo, no eran estos suficientes motivos para dejar de sentir aquel goce de volver a la casa en que nací y al pueblo en donde pasé mi infancia y con ella lo más grato y tal vez lo único feliz de mi vida. Volvía sano de cuerpo y limpio de espíritu; pero cuando quería aprehenderle, ya corría alegre, contento de ir hacia la corriente y no quedarse en el remanso, donde es siempre cieno, según expresión feliz de un altísimo poeta.

Pero, a pesar de todo, no eran estos suficientes motivos para dejar de sentir aquel goce de volver a la casa en que nací y al pueblo en donde pasé mi infancia y con ella lo más grato y tal vez lo único feliz de mi vida. Volvía sano de cuerpo y limpio de espíritu; ¿no era esto, en definitiva, haber sabido ser hombre?

* * *

Tengo para mí que me acogieron con recelo en mi pueblo. Mi sonrisa cordial, mi efusión para todo, hasta mi deseo de ser grato, se estrellaron ante un gesto frío que me advertía el pensamiento de aquellas gentes: "¿Qué le traerá a este pájaro por aquí?" "¿A qué vendrá?" Los más viejos, aquellos que en mi infancia se sumaron al pronóstico de mi padre, me decían sin ambajes:

LA ARDILLA

La ardilla oye tus pasos desde lejos, aunque los lleves tan callados y lentos que se creyera que vas pensando en los muertos. La ardilla es ligera como las palabras de un verso — las aladas palabrsa. Si su cola está quieta la ves sobre el césped claro, al modo de una cabellera recogida en un solo rizo, pero si la mueve, graciosa y vibrátil, parece un guante de mujer que se agita para despedirse de lejos o para hacer sonreír a un niño.

Se siente un suspiro que sale de entre la hierba, como si un muerto suspirara. Es la ardilla que pasa. Sólo la oscilación de alguna que otra flor dice que la ardilla pasa o que la brisa por momentos se arrodilla. De pronto la ardilla salta al camino enarenado y echa las patitas sobre un escarabajo, que sólo ella ha visto desde lejos pues sus ojos ven una cigarra en lo alto de un campanario.

Entonces si la miras se queda inmóvil, tan inmóvil que no se ve en ella más extremecimientos que el temblor de sus ojos de azabache.

Una vez una ardilla se puso a hacer rodar un huevo de golondrina en el umbral de un palacio.

Cerca de ella, una princesa empolvaba sus cabellos con el oro de las margaritas.

Así su cabellera parecía un jardín dorado.

Aunque era una princesa, no tenía quince años. Caminaba apoyada en un báculo y el frío del atardecer le hacía doler los hombros.

¡Pero qué importa que fuera anciana si su cabellera parecía un jardín dorado y el alfiler con que la prendía un ruiseñor en el jardín!

La princesa no amaba mucho a las golondrinas porque venían cada vez más a menudo a gritarle delante de sus miradas: Este es otro estío. Otro más.

Así que no le inquietó ni mucho ni poco que la ardilla hiciera rodar un huevo de golondrina en el blanco umbral del palacio.

Pero en cambio, amaba mucho a las ardillas, y todas las tardes para ellas arrojaba nueces en el camino. Las amaba, porque mientras sus doncellas la peinaban, la entretenían con sus acrobacias prodigiosamente nuevas, desde lo alto de un ciprés. Un ciprés solitario ¡Dios mío!

La ardilla la vió venir y se acordó que todas las tardes arrojaba nueces en el camino y de que algunas veces, sin que ella lo supiera, le estuvo cerca, oyéndola cantar con su voz de princesa que no ha sido feliz.

Entonces tan ligero movió el blanco hallazgo, que lo arrojó a los pies de la princesa y en ellos se partió.

Se sabe que no hizo esto por maldad, sino por gratitud: No quiso que la pequeña golondrina encerrada en el huevo, pasase algún día a la sombra de la princesa para decirla con sus alas: Es otro estío. Es otro más.

Enrique BANCHS

—Sigues como siempre. ¡Qué lástima!...

Pero, lástima ¿de qué? Me fué preciso toda la calma para no cometer en alguna ocasión un exabrupto.

Pero todo esto, en definitiva, nada importaba. Estaba tan acostumbrado a este choque constante, a esta pugna con el sentir de la mayoría de los hombres, que mi vida entera iba dentro de mí, y casi ajena a aquella lucha perpetua, no apeteciendo más comunicación que la libre y limpia de la Naturaleza en donde únicamente encontraba mi verdad.

Había venido a gozar de aquel cielo y de aquel suelo. ¿Qué me importaba aquella especie borrosa y obscura que se arrastraba sobre la costra de la tierra? En el grito unánime en que todos los seres cantaban alabanzas o gritan imprecaciones, la voz de aquellos hombres me era tan extraña como el aullar de un lobo. Gritaban sus querellas; vociferaban sus pasiones, y sus rumores llegaban a mí como vagidos de una Humanidad primigenia condenada a vivir en la espesura de bosques vírgenes, amurallados contra la razón y el sentimiento.

La calma aplaciente y delitable estaba para mí en aquellos campos que tantas veces había cruzado; estaba en la cristalinidad de un cielo que tanta luz había vertido en mi espíritu, cuando mi espíritu era un espejo inmaculado por donde la vida pasaba sonriendo siempre.

La única realidad que sentía placenteramente era la de encontrarme otra vez en aquel paisaje de cuya esencia dijera que había salido mi ser y hasta la propia escultura de mi carne; que tan llena estaba mi vida de aquellos límites, que mi cuerpo se sentía dulcemente opreso por ellos, y se dilataban, y se constreñían, cuando, sensual y voluptuoso, aspiraba el olor de aquella tierra, besada tantas veces con mis plantas desnudas.

* * *

Satisfecha esta apetencia, nada me quedaba que hacer en aquel pueblo, y decidí marcharme. Sentí el dolor de aquel adiós, porque, posiblemente, ya sería el último. Sospecho que al tener noticias de mi marcha, todos aquellos hombres sintieron una gran satisfacción. Se comprende la intranquilidad que pone en la vida de estos hombres tan pegados a las realidades, la presencia de los que se mueven tan por encima de ellas. Se puede ser todo: un pensamiento atrevido; una moral perturbadora una piedra, violenta y aguda, lanzada en el agua muerta de sus conciencias.

Ahora los veía bien por fuera y por dentro. Veía tal como eran, tal como habían sido siempre, aquellos hombres a quienes yo respeté en mi infancia, porque en mi hogar se les recibía con respeto. Aquellos varones sesudos, amonestadores de todo ímpetu juvenil de toda plétora de vida, se me presentaban ahora en una desnudez moral que repugnaba. Aquel hombre, rico y gordo, había sido en su juventud un pirata, y su dinero tenía el sonido de gritos angustiosos. El otro, el que fué amo del pueblo, aquel reyezuelo negro y cenceño a quien tantas reverencias hacíamos en la calle los muchachos, arruinó con la usura a muchos desventurados trabajadores. ¿Y aquellos hombres que fueron un día compañeros de mi infancia? Yo no los veía; pero suponía su destino. La mayoría de ellos, embrutecidos en un trabajo sin compensaciones; forzados desde los diez años; privados de todo instrucción para que pudieran seguir siendo lo que fueron sus padres abuelos. ¿Qué había sido de sus fuerzas y de sus ímpetus juveniles? ¿Era posible que aquel torrente de vida que había en ellos a los quince años no se hubiera desbordado por algún sitio? ¿Tanto puede un ambiente así, que aniquila y deshace tanto vigor y tanta fortaleza? De aquellos cientos de muchachos que cuando salíamos del colegio extendíamos las alas en ansias imprecisas de volar, todos perdidos ni un artista, ni un hombre de carrera, ni un aventurero, ¡ni un loco!...

Creo que lloré ya en el tren. Me dolía la putrefacción de aquella carne, y la muerte de aquel espíritu. Allí quedaba el pueblo silencioso y obscuro. ¿Por qué, Dios mío? ¿Por qué tanta abyeción en unos y tanta mansedumbre en otros? ¿Por qué tanta ignorancia en todos? Aquel suelo era como los campos bíblicos en donde Ruth espigó hasta una "epha" de cebada. Aquel cielo era como una luminaria dispuesta a encender en el espíritu todas las bellas inquietudes. ¿Por qué, sobre aquel suelo y bajo aquel cielo, el alma era contrahecha, mezquino el espíritu y duro el sentimiento?

Miré por vez postrera, agucé el oído y me pareció sentir el coro infernal de aquellos hombres que, mirándome, gritaban:

"Serás un desgraciado".

"No serás nunca un hombre".

Las lágrimas y los microbios

Parece que las lágrimas contienen una sustancia especial, la "Iysozyme", que mata de un modo fulminante a los microbios.

Una sola lágrima vertida en una probeta que contenga millones de microbios, los destruye en un abrir y cerrar de ojos. Este curioso descubrimiento se debe al doctor Alejandro Fleming, de Londres.

Según ese sabio se encuentran trazas de "Iysozyme" en todo el cuerpo humano, y esto explica que nuestro organismo reaccione tan eficazmente contra el ataque de sus peores adversarios, los infinitamente pequeños.

El mayor tesoro

Por H. J. Magog

Mientras el entusiasta gentío de numismáticos de todo pelaje que llenaba la sala de Julio Chantour se detenía ante las vitrinas para escuchar complaciente las interminables explicaciones del dueño de casa, Elena Chantour, abandonada en una butaca y bostezando de tedio, encontró la mirada del joven Larochette.

"Este caballero es menos estúpido que los otros", — pensó Elena, halagada y agradecida por el silencioso homenaje del galán.

Es que Elena consideraba su propia persona mucho más interesante que las oxidadas y carcomidas monedas coleccionadas por su maniático esposo. No era una mujer joven en el estricto sentido de la palabra, pero poseía algo así como el encanto de un poniente otoñal. Y sabido es que los ponientes suelen ser más hermosos que las auroras.

Elena Chantour había sido bella entre las bellas. Conservaba, pues, un tesoro de recuerdos galantes. Y de ahí que no se resignase a vivir sin ser admirada.

Era una sentimental. Los sabios que frecuentaban su casa no podían alimentar sus sueños románticos; ignoraban cuanto significase galantería, delicadeza, emoción.

Chantour poseía una moneda de oro, contemporánea del rey Ciro, según afirmaban los entendidos, la que llamaba la atención de los numismáticos. Julio Chantour la exhibía con orgullo, considerándola, con el asentimiento de sus colegas, "su mayor tesoro".

Del círculo en medio del cual erguíase radiante el feliz poseedor de la moneda, una sola mirada furtiva se destacaba para compadecer el aislamiento y la melancolía de Elena Chantour. Y esa mirada era la del joven Larochette, que, sin embargo, había sido presentado a Elena como un numismático apasionado, incapaz de interesarse por nada que no fuese medalla o moneda.

Pero el corazón de Elena latía apresuradamente bajo el acicate de aquellas miradas.

—Mi esposo se ha equivocado— pensaba. — Ese joven no puede ser un numismático tan apasionado. Presta más atención a mi persona que a la moneda de Ciro. ¡Y cuán elocuente es el lenguaje de sus ojos!

Terminado el examen de la última vitrina y disuelto el grupo. Elena pudo acercarse al joven Larochette y murmurarle al oído:

—¿Le han interesado a usted mucho las medallas, señor Larochette?

Y como subrayase sus palabras con una sonrisa alentadora, el joven respondió:

—Muchísimo, señora. Sobre todo la más hermosa de entre ellas... En verdad, nunca he visto una imagen más perfecta... Sólo lamento no haber podido contemplarla a mi gusto...

Estas últimas palabras, de evidente doble sentido, hicieron sonrojar a Elena. No obstante, la esposa del coleccionista se creyó en el deber de contestar:

—Podrá usted contemplarla mejor... cuando haya menos gente.

—Tal es mi propósito — contestó el joven.

Pero sus deberes de ama de casa impidieron a Elena continuar el naciente "flirt". Era necesario atender a los demás invitados y disponer la mesa para el té.

A pesar de la promisora sonrisa con que Elena le pidió permiso para retirarse, el joven Larochette, decepcionado, se perdió de nuevo entre los coleccionistas y continuó examinando las medallas de Julio Chantour.

Pero únicamente Elena advirtió poco después, en la mesa, que el joven numismático había desaparecido.

—Se ha marchado — pensó. — Los jóvenes incurren en esas extravagancias cuando sospechan que no se les depara la atención que desearían. Ello prueba que Larochette se ha enamorado de verdad. Pero regresará...

* * *

Encendiendo bruscamente la luz Julio Chantour se incorporó en el lecho y escuchó:

—Alguien anda en la planta baja — murmuró alarmado.

Medroso, extendió la mano para abrir el cajón de la mesita de luz y tomar su revólver.

Una resolución brusca hizo entonces que Elena abandonara el lecho.

—Dame — ordenó al esposo, quitándole el arma. — No sabrías emplear el revólver. Eres muy miedoso. Es mejor que sea yo quien vaya a ver qué sucede.

El marido no osó protestar.

—Sé prudente — se limitó a recomendar a Elena.

Elena se echó un peinador sobre los hombros y salió de la alcoba, cerrando la puerta. Una sospecha que la protegía contra todo temor guiaba sus pasos. Tenía el convencimiento de que no la amenazaba peligro alguno. Sin embargo, descendió la escalera con sigilo, conteniendo la respiración para no alarmar al visitante nocturno.

Una vez al pie de la escalera hizo girar bruscamente la llave de la luz. Y entonces apareció ante sus ojos el joven Larochette, erguido en medio de la sala, con los brazos extendidos en actitud de tanteo.

Ambos se llevaron un dedo a los labios, recomendándose mutuamente silencio.

—Chist...

—¡Qué locura! — murmuró ella, a pesar de la dulce emoción que la embargaba. — ¿Cómo se ha atrevido usted...? No... No... Es necesario que se marche... Otro día... Yo le diré..

Y su mano abrió suavemente la puerta de la sala, invitando a Larochette a marcharse.

Desconfiado, Larochette contempló a Elena. Y, de pronto, tomó entre las suyas aquella mano blanca y trémula, y la besó.

Y, cediendo a un impulso de su corazón, tomó a su vez entre sus manos la cabeza del joven y puso en sus labios un beso larguísimo.

Luego, desfalleciente de emoción cerró la puerta detrás del joven que salía.

"Es el amor esperado, pensó. ¡El amor esperado durante tanto tiempo!"

Algunos instantes después entraba en su alcoba.

—No había nadie — explicó al esposo con voz serena. — Te has equivocado.

* * *

A la mañana siguiente una exclamación de ira, de dolor, lanzada por Julio Chantour, arrancó bruscamente a Elena de su dulce ensoñación:

—¡Me han robado! — gritaba el coleccionista, trepando la escalera en dirección a su alcoba. — Me han robado, Elena...

Y junto al lecho, aclaró:

—Me han robado la medalla de Ciro. Estuve en lo cierto anoche, al asegurar que alguien andaba en la sala. ¡Era un ladrón!

Elena, aturdida, por la inesperada revelación, sólo atinó a inquirir:

—¿Cómo?... ¿Dices que te han robado?... ¿Qué?

—¡Mi medalla de Ciro!... ¡Ah, el granuja ha sabido elegir! ¡Se ha llevado lo más hermoso que tenía: mi mayor tesoro!

Y con los párpados entornados ante la inminencia de las lágrimas la pobre Elena, decepcionada y dolorida, repitió:

—¡Lo más hermoso que tenías! ¡Tu mayor tesoro!...

OYE, IDOLO

Oye, ídolo de bronce:
yo tocaré tu pecho con una rosa roja,
tú sonarás entonces...

Oye, ídolo de piedra:
yo apretaré a tus sienes una guirnalda fresca
y sentirás ese algo nuestro que es de la tierra.

Oye, ídolo de mármol:
yo abrasaré tus labios con el ascua bermeja
que me quema en el canto!
Y entenderás entonces la fuerza inexorable
que hace del hombre, un grito, una canción o un llanto...

Oyeme dios de hierro:
yo mojaré tus ojos entornados y ausentes
con la sangre que brota del corazón abierto;
conocerás entonces el doloroso espanto
de un niño que mirara estallar un incendio.

Oyeme,
bronce, mármol, hierro, piedra!
Mira! ¿No ves que todo se exalta en torno tuyo?
Despiértate!

Porque si no despiertas,
cuando yo me haya ido con los días rosados
el musgo del olvido te apagará mis huellas
y ganando tu fría superficie de a poco
te apretará en un brazo de frío y de tristeza.
El buho de ojos de oro descansará en tus hombros,
Hongos de soledad te rozarán la muerta
boca ya envejecida y helada que un Enero
desdeñó el fruto a punto y el agua pura y fresca.
El Hastío lo mismo que una serpiente negra
se ceñirá a tu cuello y esa caricia trémula
será el único brazo mecedor de tus horas
largas, como los días para el alma que espera...

Y en tanto en torno tuyo, la tierra iluminada
seguirá siendo nueva así tal como el mundo
lo es para cada ser que adviene a su alegría
y para cada fuerza que nace a su conjuro,
seguirá siendo nueva como el primer "te quiero!"
en oídos y en labios inocentes de niña
nueva, como en la boca fervorosa y sincera,
es cada Padrenuestro y cada Avemaría...

Tú entonces sentirás algo así como el peso
y la angustia que dobla nuestro llanto hasta el grito
frente a un muerto adorado que se fué de la Vida
sin saber que lo amábamos, pues no se lo dijimos.

Oye, ídolo de bronce:
Es preferible el fuego que devora el metal
que el metal en su estable frialdad!...

. . . .

(En este mediodía de Octubre que revienta
los rosales y enciende claveles en el agua
a mí misma me he dicho toda esta letanía
como una voz anciana que exhortara en voz baja!)

María Alicia DOMINGUEZ.

El palacio del diablo

Por Augusto Jerez Perchet

Pues señor, apuesto cualquiera cosa que os va a divertir el cuento que, con vuestro superior permiso, respetables lectores, relato a continuación.

Es sencillo, como todos los cuentos; tiene puntas y ribetes de filosofía al alcance de todas las inteligencias; y cual fondo, pensamiento, síntesis, o según queráis llamarlo, palpita en su argumento la idea hermosa de la fe, compañera sublime de las almas penetradas de su inmortal destino.

¿Qué dónde me lo refirieron? ¡Ah! Muy lejos; en el Tirol, en esa provincia austriaca donde la literatura popular goza de indiscutible prestigio; y tuvo desarrollo en Trento, la ciudad del Concillo, especie de museo de antigüedades heterogéneas, entre las cuales se destaca su pasado etrusco.

He aquí el cuento:

Vivía en Trento una joven llamada Claudia, tan hermosa que era conocida con el sobrenombre de "La perla de Trento".

Sobra añadir que cuantos jóvenes la veían quedaban prendados de su belleza; pero la muchacha solo miraba con simpatía a Jorge, si bien, diplomática a su modo, no quiso corresponder de buenas a primeras a su cariño. Además Claudia, lo mismo que todas las tirolesas, adoraba con delirio las montañas de su país, y cuando tuvo con Jorge una explicación definitiva, le significó francamente que solo se casaría con el hombre que le ofreciese en Trento una mansión digna de ella.

Pero ¡vean ustedes lo que son las cosas! El deseo era en extremo difícil de realizar, porque la falta de recursos, la "vil moneda", según la frase vulgar contemporánea le imponía un "veto" formidable.

En tal apuro, mayor aún porque al día siguiente de la entrevista era el señalado para que la "Perla" eligiese marido, el mísero Jorge pensó en Satanás, y acto seguido invocó al hijo miserable de las tinieblas, quien, súbito, presentóse ante el enamorado.

—Caballero, — le dijo tartamudeando Jorge, — me encuentro en un tremendo compromiso.

—Pues si de mí depende la solución, — repuso el diablo, — cuente usted conmigo.

—¡Oh! Mi reconocimiento.

—Nada de eso.

—Entonces...

—Se trata únicamente de un negocio.

—Sin duda; pero no hay que olvidar cuántas son las influencias de usted.

—Me favorece usted como no merezco, — replicó Satanás, haciendo ondular el rabo con gracioso contoneo.

—Se trata, excelente señor, de que necesito ofrecer mañana un palacio magnífico a la mujer que adoro.

—¡Ah! ¿Con qué andamos en devaneos?

—Crea que mis amores son honrados y aspiro a casarme con la elegida de mi corazón.

—No lo censuro; pero entretanto olvida indicarme la recompensa que señala a mi trabajo.

—Prefiero que usted la determine.

—Perfectamente.

—Mas no sea usted usurero.

—Los negocios tienen parecido con la usura.

—Sepamos.

—Me comprometo a sacar a usted triunfante a cambio de su alma.

—¡Qué locura!

—No acostumbro a discutir. Formulo una proposición y espero respuesta.

Jorge se hirió en una vena y con su sangre firmó el contrato, reservándose el derecho de añadir a última hora una cláusula, que pretendía no encerraba importancia. A primera vista la actitud del joven es inicua, pero conviene advertir que Jorge, creyente fervoroso, discurría así: "Mi propósito es noble y digno; Dios lo sabe, y sabe también que Satanás utiliza todo linaje de medios para hacer la desesperación de las almas. La providencia me salvará".



—Pero si mi alma es de esa mujer.

—Está usted equivocado. Ella la usufructúa, pero la propiedad es de usted.

—¿Y mi salvación eterna?

—O renuncia usted a salvarse o renuncia a la "Perla".

—Las dos cosas resultan igualmente terribles.

—No divaguemos.

—Pues bien; acepto.

Terminada la obra, el diablo llamó a Jorge, y después de reconocido el palacio le preguntó:

—¿Está usted satisfecho?

—Encantado, amigo mío, —repuso Jorge.

Y había motivo para asombrarse, porque la singular residencia era un modelo de riqueza y elegancia.

—Necesito ahora, volvió a hablar el diablo, conocer aquella cláusula que dejamos para la última hora.

—Consiste, objetó Jorge, en que durante mi visita al palacio he derramado cierta cantidad de trigo a través de los pisos y quiero encontrarlo completo. Si usted consigue reunirlo grano a grano y me lo entrega en número exactamente matemático, mi alma le pertenece; pero en el caso contrario, conservaré mi alma y, además, el palacio.

—Aceptado, dijo el diablo.

Y aunque consideraba cosa fácil satisfacer a Jorge, comenzó con afán la tarea, pues solo tenía a su disposición el tiempo que restaba hasta el amanecer.

Encendió una antorcha en el infierno, y provisto de la fatídica luz registró el palacio rincón por rincón y reunió el trigo; pero al contar una y veinte y treinta veces, notó que le faltaban cinco granos.

Satanás no adivinaba la razón del fenómeno; y presa de febril inquietud, bajaba, subía, sudaba la gota gorda; y los cinco granos no se presentaban por parte alguna; y en cambio la aurora comenzaba a iluminar el mundo. Por último el diablo pensó que Jorge no advertiría la falta, y con aire de superioridad y afectando tranquilidad, le habló así:

—Está usted complacido. He aquí el trigo. Deme usted su alma.

—¡Qué locura! No pretenda usted engañarme.

—Caballero, usted me insulta.

—Menos contemplaciones. Faltan cinco granos.

—Silencio. El alma de usted me pertenece. He cumplido fielmente.

—Vamos, Sr. Satanás, que pierdo la paciencia. Enséñeme usted una pata.

—Vea usted cuanto quiera, objetó al diablo a tiempo que alargaba su pata negra y repugnante.

Pero ¡oh sorpresa!, los cinco granos de trigo hallábanse pegados a las cinco garras.

El diablo, mohino y turbado, contemplaba el trigo adherido a su cuerpo y no acertaba a explicarse el caso, que Jorge aclaró de este modo:

—Esos cinco granos habían sido presentados ante la Santa Cruz, y por el mérito de las cinco llagas de Jesucristo escapaban al poder de Satanás. El trato se ha quebrantado. Ya es de día y usted no cumplió su palabra.

El diablo, burlado, a pesar de su conocida listura, abrió un agujero en el pavimento y se arrojó a los abismos del infierno.

Jorge y Claudia se casaron, pero ignoro si fueron felices, aunque con virtudes, cual ambos poseían, hay motivos para obtener la felicidad posible en este valle de amarguras.

Ya veis que el cuentecillo tiene substancia. Es la apología de la fe; y en orden a las relaciones, vale tanto como un consejo para que seamos comedidos en asuntos de tratos y contratos.

Y nada más.

LAS DOS MADRES

(Cuento árabe)

Al viejo que vivía en lo alto de la montaña y tenía fama de curar los males, fueron a ver dos madres llevando cada una a su hijo.

El anciano preguntó a una de ellas:

—¿Cómo trajiste hasta acá a tu hijo?

—En brazos — respondió la madre — y resguardándolo del sol ardiente con mi manto.

—Toma estas hierbas, dáselas a tu hijo y se curará.

Y volviéndose hacia la otra madre, preguntó:

—¿Cómo trajiste hasta aquí a tu hijo?

—Como su peso iba a fatigarme mucho, hice que subiera despacio la montaña.

—¿Y no le resguardaste del sol?

—No tenía más que un manto para cubrirme yo.

—Vete — dijo el anciano; — todas las hierbas que te diera serían inútiles. La mayor enfermedad que padece tu hijo es tener una madre como tú.

ASSALER.

La "Aldea de la Maldición"

Por

Reis Netto

(Para "Fray Mocho")



Por las tardes, generalmente, lanzaba al mar su pequeño bote e internábase en el océano, bogando con pericia, sin ejecutar, no obstante, cualquier maniobra que revelase su competencia profesional.

Tenía menos de 40 años; sin embargo, en su rostro aparecían los trazos indicadores de contar más de medio siglo. Moraba en la playa, extendida en la ladera de cierto monte, rispido, curvo y alargado, que penetraba en el mar como si quisiese aprisionar las ondas que venían, despreocupadamente, del corazón tembloroso de las aguas.

En aquel lugar, el panorama es la desolación en medio de colinas verdosas, de azulados piélagos y de matorrales ensombrecidos. En frente a él, al desviarse de la punta erecta del Mello, negra, extraña, el océano se distiende enormemente, semejando triste lago junto a la tierra dolorida. Las olas vienen, siempre, en remolinos de terciopelo, murmurando, gimientes, cualquier historia, tal que la leyenda de los siglos, cantada con sordina...; al fondo, la arboleda penumbrosa, extendida como azulada mortaja sobre la tierra inculta;

de los montes, ,cortados en declives bruscos, caen sombras extrañas, como cirios velados por peplos de crespón;

la playa recibe, ,con indolencia, las ondas que la besan impetuosamente: parece ósculo de lobo sobre carniza muerta...

Mayo vivía en nostalgia infinita, como quien llevara en el cuerpo, un alma agonizante;

y, en esa tarde, además de la naturaleza que angustiaba, aquel bote que parecía un esquife mortuorio deslizándose bajo el nublado cielo;

reinaba grande, inmensa y honda melancolía;

y, lejos, cabe la extremidad más avanzada de la tierra marina, el pequeño barco, con su vela blanca, semejábase a una gaviota arisca y albar, que rastrease el océano, subiendo y bajando en las ondulaciones de las olas;

en el cielo ceniciento, proyectábanse limbos color de cera...

gaviotas negras, que parecían pequeños albatros, ,balancéabanse locamente entre el cielo y el mar,

nada murmuraba;

el silencio era como una plegaria muda junto a los sepulcros;

el paisaje, multiforme, trasmitía al ambiente, en crepúsculo de perla, la visión de los abismos y de la orfandad;

imperaba la ansiedad de los grandes momentos;

...aba el sol que, precariamente, mostrara su faz, durante el resto del día;

la noche llegaba, negra y profunda;

el bote hundióse en el sudario sombrío;

después, desapareció completamente, sin dejar, siquiera, en las aguas, la efervescencia de la estela...

pareció como que un largo gemido atravesara la inmensidad del océano;

más tarde el bronco trueno de la tormenta;

entonces, toda la naturaleza se defiende;

surge la vida ante la muerte;

la lucha se desarrolla encendida, temible: oyénse lamentos de pájaros que huyen; en el cielo, estallan cañonazos ensordecedores; de espacio a espacio, llamas bermejas rasgan el firmamento; abátense las flores...

las hojas despréndense de sus engastes y las abejas mueren; las horas pasan en la vastedad de los siglos...

vino después la calma, repentinamente, y el ciclón cesó en sus embates...

insinúase en la curva del horizonte una franja clara;

reposa el mar y la tierra canta;

los pájaros retornan a la arboleda, entonando himnos a la vida;

el bote desapareció...

el sol irrumpe, deslumbrante, en el océano y en la floresta.

su luz espárcese entre los montes;

revolotean las abejas, afanosas, consagradas al trabajo honrado:

renace la maldad humana, la contienda de las pasiones, los combates del odio;

Y viene la calma, la claridad divina: es día...

Hoy cuentan, en aquella aldea, la historia del hombre que allí vivía, prodigando el bien y ejercitando la virtud.

Era trabajador y creyente; había dedicado su existencia a evitar el dolor y lograr los bienes de lo próximo. Todo le había fallado: sufrió la traición de los amigos y la falta de amor de los suyos. Fué víctima de su propia bondad y ella había aguzado, en la existencia, el puñal para su propio asesinato. Recorrió varios países, desempeñó diversos cargos elevados y fracasó por tener ideas y mantener principios. Sintióse, entonces, impotente para proseguir la lucha; el dinero es el origen del mal y éste impera en el mundo.

Entonces, el personaje, de este cuento procuró hallar reposo en los rincones de aquella aldea paupérrima. Allí prodigó el bien; los protegidos de él, que eran todos los habitantes de aquel pueblo minúsculo, enclavado entre el bramido del océano y la tierra inerte, estallaron en disidencias llevados por la ambición de obtener, cada uno los mayores provechos. Sintió la impotencia para avanzar en la vida.

Y en el pequeño bote, desde el cual siempre contemplaba, sobre el dorso de las olas, el bullicio humano, partió en aquella tarde, en que la naturaleza anunciaba la inminencia de la borrasca, convencido de que desaparecería entre las ondas convulsas... Y desapareció...

Hoy, en la aldehuela triste, lloran al hombre que era allí todo, como cualquier dios; al peregrino que pasa cuéntanle la historia, muéstranle el mar y dícenle que, en las noches de temporal, el bote resurge, y dentro de él, iluminado por los relámpagos, un hombre, alto, vestido todo de negro apostrofa las playas, los campos y los montes.

Y afirman que es por eso, que aquella aldea se llama: "Aldea de la Maldición".

LO INEVITABLE

Hacia donde se hallaba la nave aventurera
Cruzamos , silenciosos, la arenosa ribera.
Ella de un salto estuvo dentro. "Llegó la hora
Del viaje", dijo. (Pausa: transición avizora).
Yo, mirando la isleña perspectiva del monte,
Corté el cable. Era un coágulo de sangre el horizonte
Marítimo. (¡Oh, ilusorio crepúsculo en que fragua
No sé qué extraños dramas el amor). En el agua,
Bajo el último rayo, se iba tornando blonda
La espuma del bullente caracol de la onda.
¡"Ea, coje los remos"! grité con voz cascada
De intento.
A la derecha de la oceánica rada
Elevábase el muelle cercano en la penumbra
De la tarde, vigía cuyo mirar columbra
Desde las nubes de oro, el fabuloso Oriente
Que refleja sus cuernos de plata en la corriente
Vastísima, profunda...
De pronto, ya distante
De la playa, algo triste, ,la hermosa navegante
Preguntóme: "¿Podría yo saber en qué piensa
El amigo de viaje?"
Con inquietud intensa
Respondí: "En que la sombra de la noche en camino,
Que mucho teme, a veces, el pesquero marino,
Quizás llegue a impedir, al despuntar la aurora,
Nuestro feliz retorno"...
Se hizo acariciadora
La brisa y un perfume parecía esparcido
De un límite a otro límite del espacio. No olvido
Con qué velada angustia suspiró. Yo sentía
A la vez, que el susurro de una canción tardía
Me brotaba del alma joven, heróica, fuerte,
Como tendiendo un puente de amor sobre la muerte,
Mientras que la marea — pérfida cuando ataca —
Imprimía a la nave como un vaivén de hamaca.
Lejos, el rojo vivo de las boyas daba una
Visión de fuegos fátuos a la luz de la luna,
Y el cielo azul, del lado de las sierras indianas,
Veníase dorando, como por las mañanas,
Al beso del sol cuyo prodigioso pincel
Da a cada ángulo un tono nuevo al mismo papel.
Mas sin dejar los remos, Ella, mirando al Este,
Envió un adiós al faro de claridad celeste.
Y epilogó: "Sí, amigo, perdidos nos hallamos:
Pues... ¿de dónde venimos? ¿Hacia qué punto vamos?"
Y al hacerse el silencio en las aguas serenas,
Resonó en mis oídos la voz de las Sirenas...

Santos AGUILERA

¿Cuantas personas pueden vivir en la tierra?

Se ha calculado que la población de la tierra ha aumentado en los últimos cincuenta años en cuatrocientos veinticinco millones, lo que representa un crecimiento anual, por término medio, de 0,57 por ciento.

El número máximo de personas que puede albergar la tierra, se estima en dieciseis mil millones; pero no son más de ocho mil millones los que la tierra puede nutrir.

De estos ocho mil millones de hombres, cinco mil millones corresponderían a la zona tropical y tres mil millones a la templada. Pero, por ahora, el 72 por ciento de la población de la tierra vive en la zona templada, y tan sólo el 28 por ciento en la tropical.

Teóricamente, la zona tropical representa, pues, la región de futuras aglomeraciones de gente, lo que tendría importantísimas consecuencias.

Las dos grandes potencias anglosajonas, Gran Bretaña y Estados Unidos, pueden nutrir a unos seiscientos millones de hombres cada una, y ofrecen, conjuntamente, el mismo lugar y las mismas condiciones de vida que la América Latina.

Asia y Europa albergan hoy el 80 por ciento de la población de la tierra; pero en el caso del máximo posible, este coeficiente no podrá ser mayor del 26 por ciento, lo que sería menos del número de personas con que actualmente cuenta el Africa.

Queda por decidir si la zona tropical puede ser explotada completamente y de acuerdo con las necesidades calculadas.

Pero si la población de la tierra sigue aumentando en la proporción de los últimos cincuenta años, puede preverse que la zona templada estará sobrepoblada dentro de unos ciento cincuenta años, y el mundo entero en menos de trescientos años.

EL COCHE DE GENOVEVA

Por Henri Falk

—¿Por qué no había de entrar? Cierto que debe de ser una gran contrariedad contemplar tantas maravillas y verse luego obligada a tomar el "Metro" para volver a casa; pero... Pletórico de automóviles, el Grand Palais recibe a la señora de Lancelot como si acabara de iluminarse para ella.

Para ver el Salón del Automóvil Genoveva se ha puesto sus mejores galas.

No tiene coche, pero circula por las salas como si lo hubiera dejado a la puerta.

¡Qué desgracia tener un marido trabajador, pero sin genio comercial! El Sr. Lancelot, conocido fabricante de muebles, gana, pero no lo bastante para ofrecer a su mujer el "auto" a que toda mujer joven y bonita tiene derecho en la sociedad moderna.

¡Cuántas veces le ha aconsejado a su marido un poco de audacia! ¿Por qué no comprar un coche a plazos? Pero al Sr. Lancelot le aterran los gastos que trae consigo un automóvil.

Paciencia; ya llegará el momento, cuando el negocio produzca más beneficios.

¡Paciencia! ¡Esperar! Y, entretanto, pasa la vida y el tiempo perdido no se recupera...

En esto piensa la señora de Lancelot, mujer joven, bonita y honrada, pero que no tiene automóvil.

* * *

—¡Bonita adquisición!, ¿verdad señora?

Genoveva se vuelve sobresaltada. Un joven elegante y buen mozo se descubre y la saluda cortésmente.

—Perdón, señora; pero desde hace cinco minutes la veo con los ojos fijos en ese automóvil, y me parece adivinar que le entusiasma a usted.

—En efecto, es precioso.

—No mucho para lo que usted se merece.

El joven se ha ruborizado al decir esto. Tal vez se ha asustado de su audacia. Es un hombre encantador. Genoveva sonríe y responde:

—Es usted muy galante, caballero. Muy agradecida.

—Es la pura verdad, señora. ¡Qué alegría para mí verla instalada al volante de ese coche. Y añade sonriendo a su vez: "Gracias a mí"

¡Vaya una declaración terminante e inesperada! ¡Genoveva había oído hablar muchas veces de los enamoramientos repentinos, pero no creía en ellos.

Y he aquí que ahora observa que el joven de tan audaz galantería ejerce sobre ella una atracción extraña.

Después de un momento de silencio, Genoveva responde, agradablemente turbada:

—No crea usted, caballero, que porque me vea aquí sola, soy una mujer libre. Dependo de mi marido.

—¡Bah, señora! Con un marido todo se arregla.

El viejo proverbio "lo que la mujer quiera" nunca ha sido tan actual.

He aquí un joven, que la conoce desde hace diez minutos, y que si ella quisiera le daría gustoso lo que su marido le niega desde hace diez años de matrimonio. ¡Ah, qué bien empleado le estaría a su marido!...

Pero Genoveva reacciona. Presiente que prolongar la conversación sería peligroso.

—Perdóneme, caballero; pero voy un momento al "buffet".

—¿Me permite usted, señora, que la acompañe y le ofrezca una copita de Oporto? Hablaremos de su coche de usted.

Genoveva, sobresaltada, intenta sonreír.

—¡Mi coche! Le ruego que no emplee esas palabras.

—¿Por qué no? Sólo de usted depende. Pasemos al "stand". Venga usted y veremos el coche de más cerca.

—¿Para qué?

—Estoy seguro de que acabará usted por decidirse. Pase usted, señora; se lo ruego.

El joven saludó al director del "stand" y le estrechó la mano...

—¿Quiere usted enseñar este coche a la señora?

—¡Con mucho gusto!

El director detalla las excelencias del coche y da detalles técnicos.

—Entre usted, señora. Póngase al volante. Estará usted mejor que en la más cómoda de sus butacas.

Genoveva no puede resistir al placer de ver convertido su sueño en realidad, aunque sólo sea un minuto.

Con el aire de una persona competente exclama:

—Es perfecto, efectivamente.

Tiene el orgullo de verse admirada por la gente. Sale del "cabriolet" diciendo:

—Está una como en su casa.

—Entonces... — sonríe comercialmente el el director al joven. — ¿Hacemos el pedido?

—Eso depende de lo que disponga la señora.

Genoveva siente latir con violencia su corazón. Experimenta como un vértigo. ¿Va a cometer la locura de...?

El joven se inclina y añade con voz dulce:

—Y, además, señora, la casa da toda clase de facilidades de pago. Tenga mi tarjeta; soy el representante directo. Creo que nos entenderemos.

Genoveva ha cerrado los ojos.

Va a caer desvanecida. Reacciona. Maquinalmente coge la tarjeta del agente, tiene la fuerza de contestar que lo pensará y sale precipitadamente.

El joven la sigue con la mirada, ,y volviéndose al director dice con despecho:

—Otra que no sabe lo que quiere. ¡Y yo que creí que ya la tenía convencida!

"Garden party" ofrecido por la señora Castex de Pradere



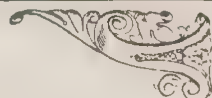
En su residencia de campo "Las Rosas", la señora Enriqueta Castex de Pradere ofreció un "garden party" que alcanzó lucidas proporciones. — La señora Castex de Pradere acompañada de los señores doctor Marcelo T. de Alvear y su esposa; embajador del Perú, doctor Checa Eguiguren y su esposa; embajador del Brasil, doctor José de Paula Rodríguez Alves y su esposa y otras damas y caballeros, durante la fiesta.





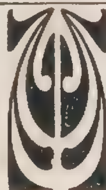


La señora María Elina Peralta Alvear de Láinez, acompañada del ministro de Alemania y del doctor Benito Villanueva





Un grupo de invitados al servirse el lunch





NOTAS de ARTE





''Juancito en Tilcara'', una de las obras expuestas por el pintor José Antonio Terry, en el salón Witcomb



''Hacia la chichería'', otra de las telas que integran la notable colección exhibida por el mencionado artista en el salón de referencia

ALMUERZO DE CAMARADERIA



El jefe de la primera división do ejército, general José Marcilese, ofreció a los jefes y oficiales de la segunda división de ejército, un almuerzo de camaradería con motivo de la terminación de las maniobras militares y en retribución de igual obsequio recibido de ésta última unidad. — Grupo de los concurrentes al acto.

FESTIVAL ARTISTICO



Niñas pertenecientes a la compañía infantil de Angelina Pagano, que tomaron parte en el último festival artístico realizado en el Club de Flores

Declamación



Señorita Ofelia Cisneros, destacada recitadora que alcanzó un brillante éxito en la reunión artística efectuada en la Asociación Cristiana de Jóvenes

Bibliografía



Doctor José Liebermann, autor de la versión al castellano del libro ''Henrik Ibsen'', por Jorge Brandes



Señor Juan José Vélez, autor del volumen ''Cuentos de la montaña'', recientemente aparecido

Jira del intendente municipal por Velez Sarsfield Norte



El intendente municipal inspeccionando uno de los zanjones que constituyen un peligro constante para los vecinos de la zona indicada.



El señor Cantilo con un núcleo de asilados en el Preventorio Rocca mientras efectuaba una visita al citado establecimiento.



El intendente municipal señor José Luis Cantilo, acompañado del secretario de Hacienda, doctor Arambarri y de un grupo de concejales, durante la jira de inspección realizada en la zona de Vélez Sársfield Norte.



Terreno enclavado en el barrio de referencia y ocupado por una tropa de carros, que causó desfavorable impresión al jefe de la comuna

Homenaje a la memoria del Dr. Sussini



Vista parcial de la concurrencia que asistió a la colocación de una placa rememorativa,, en la tumba que guarda los restos del doctor Telémaco Sussini, escuchando los discursos

Vida policial



Comisario Alfredo Calandra, segundo jefe de investigaciones a cargo de la seguridad personal que se ha destacado en los últimos y ruidosos sucesos policiales



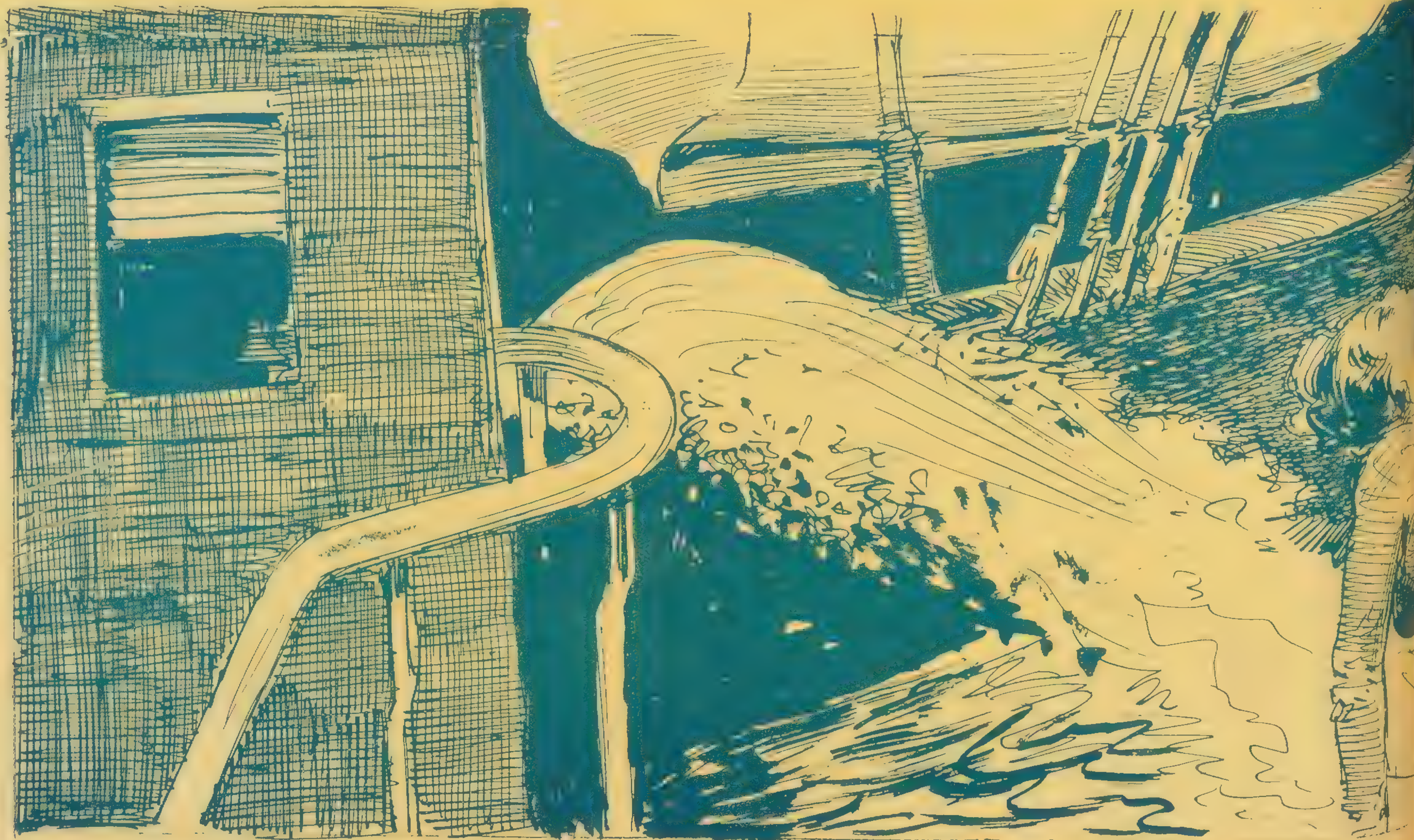
Oficial inspector Julio C. Sanguinetti, de la sección investigaciones, que se viene distinguiendo en la campaña contra los vendedores de alcaloides y a quien se debe la detención de los circuladores de billetes falsos en el balneario municipal

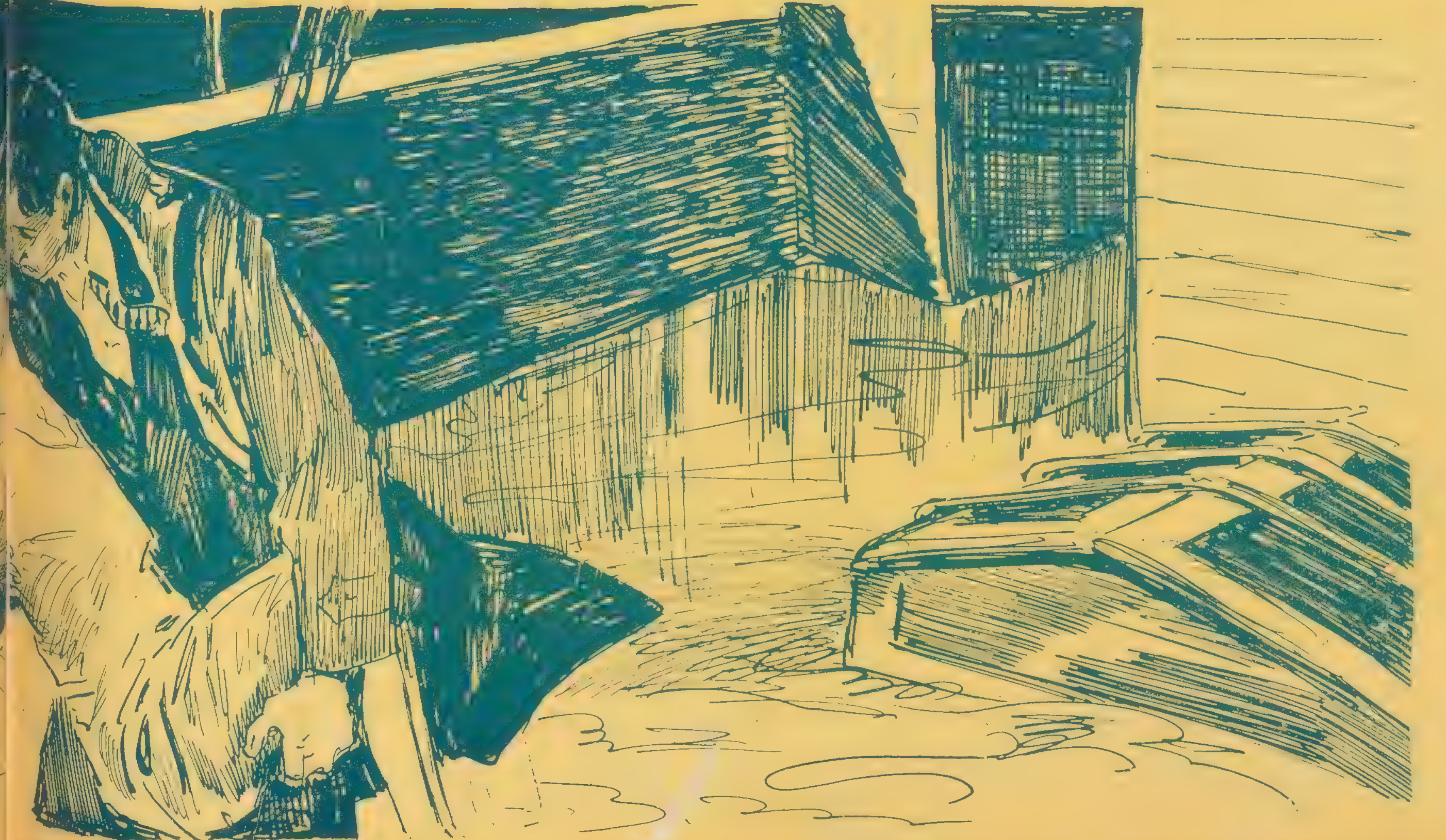
Necrología





Sra. Juana Arretche de Bove, recientemente fallecida





M A R I N A

Por F. de [illegible] Escal

I

Aquella tarde la mar parecía que estaba durmiendo; la superficie azul y tersa de las aguas extendíase a todo lo largo hasta el horizonte, y por doquiera se dirigiese la vista no se vislumbraba otra cosa sino la gran sábana lisa que, si acaso, levemente, perezosa, en voluptuosidades sutiles, ondulaba de modo apenas perceptible, formando amplios senos convexos, casi planos, coronados de movibles estrías azules que se ensanchaban concéntricas en derredor de algún que otro delfín indiscreto que osaba asomar su túnica de escamas de plata; ni una burbuja espumosa, ni una gaviota, ni una vela lejana, nada; mar y cielo, limpios apacibles; sólo en lo alto se asomaba el sol, pálido, sin rayos, pero abrasante, canicular...

El transatlántico, la gran mole, navegaba sobre aquella mar dormida, sin notarse casi a bordo el balanceo más pequeño; sentíase, sí trepidar la cubierta, pero era por la acción consiguiente de la máquina. ¡Qué calor!... ¡Qué bochorno!... Aquella puesta de sol que se estaba iniciando, era insoportable por lo calurosa; la atmósfera parecía de plomo, y la leve brisa que al navegar el buque se levantaba, creíamosla, por lo ardorosa, compuesta de bocanadas de vaho; enrarecía, quemaba.

El pasaje, rendido por el sopor, se aglomeraba en la cubierta, bajo los toldos de lona; las señoras echadas familiarmente sobre las hamacas, abanicábanse aburridas, sin hablar; no tenían casi fuerza para ello; ¡era tan insoportable aquella pesadez, aquella monotonía, aquel sopor de fiebre que bañaba los cuerpos con la propia transpiración!... Los hombres, unos paseaban charlando, otros jugaban al tresillo en el salón de fumar y otros leían para matar el aburrimiento. Y de esta manera llevábamos ya unos cuantos días de navegación. Ibamos a la India; estábamos en la mitad de la travesía, y en aquellos momentos nos encontrábamos a una latitud de dos o tres grados del Ecuador; y el Mar Rojo, impertérrito, sin congestionarse...

Marina y yo, a popa, aislados del resto del pasaje, conversábamos íntimamente. Ella, en su hamaca y con el libro abierto sobre la falda, me hablaba, quizás porque se cansaba de leer; yo la escuchaba con éxtasis, con arrobamiento; ¡era tan amena y dulce su palabra, tan adorable su figura! A mí me encantaba de veras la chiquilla, y eso que... únicamente nos conocíamos desde que estábamos a bordo.

—Sí..., se lo aseguro; no sé lo qué es la felicidad, no concibo aún la dicha completa; es más —aunque le parezca a usted mentira—, ¡no sé lo que es el amor! —decía.

Su mirada se volvió más dulce; su voz se le escapaba de entre los labios tan armoniosamente como si fuera un murmullo de besos.

—¡Y debe ser tan grato sentir, sentir con el alma! —continuó—. Mire usted, cuando yo era una niña —¡qué puerilidad!, no se vaya usted a reír—, no puede usted imaginarse el anhelo que yo tenía por saber qué era lo que se decían los novios: dondequiera observaba que una pareja de tórtolos se reunía para comunicarse los cuchicheos de su idilio, allí iba yo sigilosa, ocultándome, con disimulo; escuchaba..., escuchaba, furtiva, sin que me viesen, y... ¡tontos!, al poco rato, cansada yo de oír tantas simplezas, hastiada ya de percibir lo anodino, ¡ja, ja!, rompía el incógnito y soltaba una carcajada en lo mejor del dúo: ¡qué sorpresa en ellos, santo Dios!; y bien sabe Dios que sin motivo, porque... ¡amor más simple!...

Calló; yo la miré con entusiasmo; fijo, muy fijo en sus retinas negras; ella me sostuvo algunos momentos la mirada sonriendo adorablemente; pero al poco rato, domeñada, vencida, bajó la vista al suelo con rubor, confusa... Yo comprendí mi indiscreción y me puse a mirar el mar.

Se levantó de su asiento; se recostó sobre la borda; yo a su lado, silenciosos, juntos. Así permanecimos un buen rato.

Las espumas cabrilleaban trás del timón; unas con otras jugaban y se confundían, y en aquella efervescente lucha de las pompas, unas morían rotas, otras surgían blancas, cristalizadas, lucientes, con movilidad de ardilla, de fuego fatuo, hirviendo, susurrando rumores, rumores que se llevaban consigo, al marcharse unidas, en fusión íntima, jugueteando y besándose a lo largo de la estela...

—¿No ve usted?... ¿No ve usted cómo salen por allí? —decíame—. —¡Ja, ja, qué locas; no se quieren quedar atrás las condenadas burbujas!...

Y luego, cambiando de tema y mirándome con curiosidad y anhelo:

—¿Ha amado usted alguna vez? No me engañe; dígamelo con absoluta franqueza.

—¿Yo?...

El bullicio que se formó a bordo no me dió tiempo a seguir ni contestarle; sonó repetidas veces un silbato; era el capitán que daba órdenes; inmediatamente toda la tripulación se puso en movimiento; el piloto acudía de babor a estribor y de proa a popa, comunicando disposiciones; los marineros se encaramaban por las vergas, y todos rápidamente ejecutaron la maniobra mandada; en la proa comenzaban a descorrer los toldos; en la popa se movía brujuleando y curioso, el pasaje, antes amodorrado por el sopor de la fiebre; quise ver yo a qué obedecía tal movimiento, y encaramándome un poco por la escala del puente, ví al oficial de guardia que miraba hacia el SO., con el catalejo y al capitán que sobre el reloj de la brújula observaba y hacía virar el barco. Ya sabíamos lo que era: una nube; un punto negro como trozo de crespón, que se veía a lo lejos, en la dirección indicada. A los pocos momentos comenzó a levantarse ventarrón; ya el barco se movía, cabeceaba; ya el mar, rompiendo aquel bruñido de antes, se "aborregaba", formaba grupos de espuma, coronas de perlas que se erguían sobre las aguas en las junturas de las olas. El Mar Rojo se despertaba...

II

Antes de una hora, la tempestad, horrible y magnífica, se desencadenó sobre nosotros. Amplísima nube gris extendióse en lo alto, y el sol, fugitivo, cobarde, aceleró su descenso, como si temiese el azote de la tormenta; pronto un crespón sucio le tapó la cara; a través de la nebulosa obscura se vislumbraba su disco como una leve aguada de ópalo; pero Febo, bien porque llegase la hora de su retirada al otro emisferio o bien avergonzado de verse empequeñecido por el poder de las sombras tempestuosas, creyó prudente hacer mutis, y se fué rápido, desprendido, sin escrúpulo... La noche, una noche tenebrosa, infernal, tomó posesión del paraje; la nube se ennegreció más; al cielo debió parecerle mal que aquel cendal sucio se le interpusiese velándole su túnica magna de estrellas y luceros, y se puso tan triste que comenzó a llorar sobre nosotros en copiosa lluvia. La cubierta del buque se despejó como por encanto; el pasaje emigró a las cámaras; la marinería vistió los encerados; las hamacas y asientos allí quedaron, esparcidos, mojándose en desorden; ¡qué anarquía de sillas! ¡Y cómo se tumbaban y esparcían de banda a banda a los vaivenes del barco!... Marina y yo éramos los únicos que sobre cubierta quedábamos, aunque resguardados bajo el puente; ella, excéntrica y caprichosa, tuvo empeño en presenciar aquel drama de los elementos, yo me brindé a quedarme haciéndole compañía, y cubiertos los dos con nuestros impermeables y asidos a la baranda, contemplábamos la grandiosa escena. Pasó un rato: de pronto, un rayo gironeó las nubes llenándolas de luz, iluminándolo todo, y en seguida, enorme, bestial, horrible, como no es posible concebirlo, sonó el más espantable trueno que hubimos de oír en nuestra vida; fué como si un millón de baterías monstruosas hubiesen descargado a un tiempo; un trueno genialísimo; sin tabletear; como si el cielo se hubiese rasgado; como si el globo, lleno de dinamita, hubiera reventado instantáneamente al impulso de un Satanás anárquico. Marina dió un grito estridente; yo me quedé como tonto, con la boca abierta, atónito ante tan tremenda grandiosidad... Desde entonces los truenos y los rayos se sucedían sin interrupción; aquello era una lluvia de serpentinas de fuego, un retumbar graneado, un cañoneo incesante; pero ya con tableteo, rodando, marcando escalas de ecos espantosos... Y la mar correspondía al brindis del cielo: ora se elevaba en montañas enormes hasta besar la nube con ósculos de saliva salitrosa, ora se abría en precipicios hondos, infernales; después las grietas se cerraban y las montañas, sudando espumarajos y rugiendo, se abrazaban en hidrópico ayuntamiento, convulsionarias, locas, como titanes rabiosos, como gigantes lúbricos... El barco, ¡pobre cascarilla de nuez!, temblaba, huía, crujía, se quejaba: unas veces se dejaba llevar hasta lo hondo; otras veces se dejaba remontar hasta los quintos cielos; las líquidas coletadas del monstruo barrían la cubierta, y se llevaban las sillas y los gallineros y las lonas..., y algunas veces, ¡Oh! hasta querían, gateando, subirse por las chimeneas para materse dentro...

Ni Marina ni yo podíamos ya resistir aquello; ella, temblorosa, rezando, se aferraba a mi brazo, arrebujada y rendida; yo, incrustando mis manos sobre la barandilla de tanto apretarlas, hacía por guardar un equilibrio imposible, y no me ocupaba ya ni de Marina ni de nadie; mi mente sólo veía tres cosas: Dios, mi madre, el naufragio... De pronto, un golpe de mar que nos dió de plano, nos tiró al suelo, rodando como una pelota; yo me levanté como pude; agarré después a Marina entre mis brazos y... la ví insensible, quieta; se había desmayado. ¡Oh, entonces sentí una cosa! Todas mis ideas cambiaron; mi corazón latió con violencia; en mis ojos debió brillar sin duda una reverberación de los cielos: ya el peligro me importaba un ardite; ya mi madre y Dios se fugaron de mi memoria. Miré a todos lados, receloso, con miedo, temblando; no ví a nadie por allí, y aprovechando la soledad, furtivamente, nervioso, dejé sobre los delicados labios de Marina un beso apasionado, dulcísimo, de fuego y almíbar, ¡digno de aquella mujer sublime!...

Luego la tomé en brazos, y corriendo, mojándome, delirante de emoción y de gozo, atravesé milagrosamente la cubierta y entré con mi deliciosa carga en el comedor de la cámara.

III

A la madrugada del siguiente día, bajo un cielo apacible y azul y contemplando la maravillosa alborada nueva, nos hallábamos los dos, otra vez, a la popa del transatlántico, que navegaba sin moverse. Estábamos recostados sobre la borda, viendo, de nuevo, el cariñoso juego de las pompas de la estela: las burbujas se besaban, se escondían, brujuleantes, lucíferas...

Y Marina, con voz dulce y tenue y entre sonrisas y miradas de ternura:

—Ya sé lo que es amor — me dijo —. ¡Me lo ha dicho la tormenta!...

ACTUALIDADES CINEMATOGRAFICAS



Nancy Carroll y Ford Sterling protagonistas de "Una cana al aire", que la Fox Film estrenará pasado mañana.



Lila Lee en su papel de "La mascota del regimiento", película Extra Arte que la Corporación exhibe desde anteayer



Nelo Cosimi en su caracterización de "La mujer y la bestia", película argentina estrenada en el Metropol por la S. A. C. H. A. Manzanera.



Escena de "Internado de niñas bien", con Dorothy Devore como estrella, último éxito cómico de la New York Film.



Escena de "Bajo el sol de la aventura", película Metro-Goldwyn-Mayer interpretada por Tim Mc. Coy y Dorothy Sebastián que se estrena hoy.



Raquel Torres y Monte Blue en "Sombras blancas en los mares del sur", gran éxito actual del Astor de New York, que la Metro-Goldwyn-Mayer estrenará en nuestra temporada de 1929.



Los célebres almirantes inglés Jellicoe y norteamericano Sims, tal como aparecen en la película extraordinaria "La guerra submarina", que la New York Film comenzará a programar.

SOCIALES



ENLACES. — Señorita María Teresa Fernández Sotera con el ingeniero Roberto O. Izquierdo.



Señorita Luisa Biolosky, que el 15 del actual se desposará con el señor Carlos Demarco



Señorita Herminia Patella Ugalde con el señor Abel Alcácer Araya



Señorita Murias con el señor Criado Alonso



Señorita Honoria Horans con el señor Patricio Lawyer

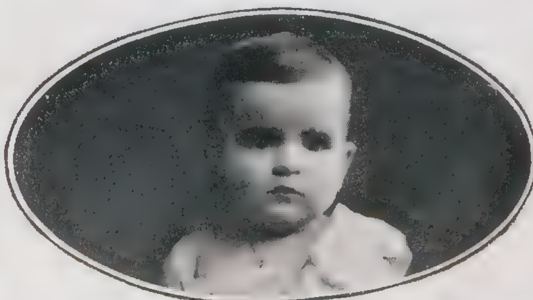


Sta. Elena Castelnovo con el señor Osvaldo Sacerdote

GENTE MENUDA



César Nuviola



José María Galli Maquieyra



Haydée M. Oliveira



Enco Rotania



S. Edith Vistarini



Santiago y Carlos Moratte



Ergasto M. Rubione

INFORMACION GRAFICA DEL INTERIOR



SALTA. — El director de la Escuela de Manualidades, don Cristóbal Lanza Colombres y el personal docente del establecimiento, donde se bordó la banda presidencial ofrecida al Presidente Irigoyen.



Trabajos de alfarería ejecutados por el señor Juan B. Valle, profesor de dibujo de la Escuela de Manualidades, que figurarán en la Exposición de Sevilla. — En ángulo: el señor Valle



SAN LUIS. — Nuevas maestras egresadas de la escuela normal "Paula Domínguez Bazán", acompañadas de la directora, señora Carmen Q. de Chena.



Alumnas de 5.o grado de la escuela normal "Paula Domínguez Bazán", interpretando el cuadro "Las japonesitas", durante la fiesta de clausura, realizada en dicho establecimiento.



SAN RAFAEL. — Señorita Ana Reina Alvarez, recientemente desposada con el señor Juan Pí.



QUEMU - QUEMU. — Enlace Echenique - Vázquez.



Team combinado Quemú-Quemú que venció a F. C. Provincial por 4 a 3 goals, en el partido por la copa donada por el gerente del F. C. Provincial.



CORRIENTES. — Cuadro de la Liga Correntina de Football que venció al equipo de Posadas (Misiones).



Equipo de la Federación de Football de Posadas (Misiones) sobre el cual triunfó el cuadro correntino.



GENERAL PAZ. — Señora Rosa Alzuet de Sansiñena recientemente fallecida

Camino al cadalso

Por Herman Landon

El proceso contra Minky Gratt, acusado de asesinato adquirió singular significación por cuanto Ben Pane, el verdugo de la famosa prisión de Sing-Sing, que odiaba bajar el "switch" fatal para un hombre de cuya culpabilidad no estaba seguro, lo leyó y comentó acaloradamente.

Estudiando reposadamente en su casa, situada en la colina próxima a la penitenciaría, las informaciones periodísticas del proceso, Ben Pane pudo formarse claro concepto del hecho. Su mente al contrario de las del jurado y espectadores, no se ofuscaba con personalismos.

La vista de Minky Gratt, por ejemplo, fácilmente predispondría su ánimo. Minky era de aspecto desagradable, se burlaba de todo en forma cínica.

Un hombre diametralmente distinto era Goodwin Rangely, el fiscal.

Desde el punto de vista jurídico, el caso Minky Gratt estaba perdido. La evidencia era amplia; y los antecedentes del defensor, así como el aspecto del reo, eran desfavorables. Cabía la posibilidad de que el pensamiento del fiscal volara hacia el hogar del procesado, a la esposa e hijos inocentes. Un pequeño detalle podía tener trascendental importancia en la vista de la causa.

Ahora declaraba Thomas Holly, el testigo principal.

—Bien, Holly; ¿sabe usted quién asesinó al coronel Fowler en la noche del dieciséis de junio?

—Diga **al jurado** cómo lo sabe. Conteste sí o no.

—Sí, señor — repuso el viejo sirviente.

—Diga al jurado cómo lo sabe.

—Yo lo ví.

—¿Dónde se hallaba usted en ese instante?

—Al otro lado de la ventana de la librería.

—¿Podía observar con claridad?

—Con toda claridad — dijo el testigo. — No se puede olvidar una cosa como aquella.

—Usted sólo debe contestar mis preguntas. ¿Había visto al asesino antes de entonces?

—No, señor.

—¿Y con posterioridad?

—Sí, dos veces. Cuando se me ordenó comparecer ante la jefatura de policía lo reconocí en la rueda de presos.

—Bien; ¿y la segunda vez?

—Ahora. Es ese sujeto — dijo, señalando a Gratt.

—¿Quiere decir usted que Minky Gratt es el culpable?

—Sí, señor; fué él...

—Testigo, diga al jurado por qué se hallaba usted al otro lado de la ventana de la librería en el momento del crimen.

—Muy bien, señor. Primero percibí un ruido extraño, como si alguien hubiese tumbado una silla en la librería. Parecióme extraño, por cuanto había visto al coronel Fowler retirarse a su dormitorio, y me puse en observación. La ventana estaba abierta, pero las cortinas habían sido desplegadas. Yo comenzaba a sentirme intranquilo. Apoyéme al umbral, y, levantando un poco la cortina, miré hacia adentro. Bueno; casi lanzo un grito, pero la voz se ahogó en mi garganta...

—¿Qué vió usted?

—Al otro lado de la pieza vi una linterna de mano colocada sobre una silla, iluminando la caja de hierro, junto a la cual maniobraba un hombre arrodillado.

—¿Pudo ver la cara del sujeto?

—Entonces, no. La obscuridad era profunda, excepto la proyección de la linterna, y el hombre accionaba de espaldas al sitio en que me hallaba. De pronto, él saltó y todo quedó en tinieblas.

—¿Qué ocurrió, entonces?

—Quise gritar pero mi garganta estaba paralizada. Repentinamente todo se iluminó y pude ver al coronel junto a la puerta.

—¿Pudo ver al intruso?

—Sólo su espalda. El enfrentaba al coronel. Se miraban el uno al otro. Tan impresionado estaba, que no atiné ni a moverme. Los segundos me parecieron horas. Bruscamente el ladrón saltó y como si le hubieran mordido, lanzó un aullido, un raro grito.

—¡Oh, un grito! ¿Qué clase de grito?...

—Bueno — dijo el honrado Holly; — parecía haber sido herido.

—Después ¿qué ocurrió?

—Entonces pude, por primera vez, ver la cara del sujeto.

—¿Usted vió la cara de Gratt? ¿Y después?

—El coronel avanzó hacia él. Era hombre bravo, señor. "No se mueva, mi amigo — dijo al ladrón. —Lo he sorprendido"'... Bueno; escasamente hubo terminado la frase, cuando ocurrió...

—¿Qué ocurrió?

—Este individuo desenfundó una pistola y disparó sobre el coronel.

—¿Usted lo presenció todo?

—Sí, señor.

—¿Y la persona que disparó fué el acusado Gratt?

—Fué él, señor.

—¿Después que ocurrió?

—Bueno; yo debo haber gritado. Lo cierto es que el asesino emprendió la fuga.

—¿No lo persiguió usted?

El viejo servidor, mirando sus casi anquilosadas rodillas, suspiró.

—Bien, Holly; he terminado. Mr. Orson, puede interrogar al testigo, si gusta.

Mr. Thaddeus Orson, alto, enjuto, encorvado, levantóse exhibiendo su mirada vaga y enigmática sonrisa. Su calma glacial parecía significar que nada le importaba; pero, en realidad, no era así. Paseando su apacible mirada por el jurado advirtió que los ánimos todos eran adversos a su defendido. Quedaba un solo camino a seguir, y era debilitar la actitud hostil del jurado introduciendo la mayor dosis de duda. Arreglándose la solapa, habló al testigo con acento dulce, conmovedor, sugiriendo sutilmente al jurado que el testigo era un pobre viejo cuyas facultades flaqueaban.

—Ahora, Holly, usted ha dicho que estaba lavando el piso. ¿Solía hacerlo todos los días?

—Todos los días, señor.

—¿Todos los días? — insistió Mr. Orson, incrédulo.

—Bueno; excepto cuando llovía, naturalmente...

—¡Ah!... Dígame: ¿no es verdad que la tarde del crimen había llovido?

—Así fué, señor; más yo lo olvidé y comencé a lavar.

—El jurado lo comprende, Holly; todos somos a veces débiles de memoria y olvidamos. Entonces, comenzó muy tarde a lavar los pisos?

—Pasadas las diez, señor. Después de cenar leí el diario, y, supongo, me dormí un momento. De pronto desperté y mi primer pensamiento fué que no había lavado...

—Usted debió haberse dormido largo rato...

—Ello es natural, Holly; entonces fué a lavar los pisos ya lavados por la lluvia, y hallándose en esa tarea oyó el ruido sospechoso, se acercó a la ventana y vió al sujeto que maniobraba valiéndose de una linterna. Entonces, ¿alguien encendió la luz y usted vió al coronel en la puerta?

—Exactamente. Tras la puerta está colocada la llave de la luz.

—¿Cómo vestía, entonces, el coronel?

—"Robe de chambre" y pantuflas.

—¿De qué color era la "robe"?

—Verde...

—¿Verde? — repitió Mr. Orson.

—¿Está usted seguro, Holly?

—Absolutamente seguro, señor.

—Bien. ¿No sabe usted que la policía halló el cadáver con ropa color marrón?

—Bueno — dijo el testigo, vacilando; — el coronel siempre usaba "robe" verde por la noche. De todos modos, no veo la diferencia...

—Vamos a ver... Usted declaró que, luego de encendida la luz, el coronel y el intruso estuvieron mirándose durante todo un minuto. Luego éste saltó y usted le vió el rostro. ¿Quiere explicar al jurado cómo pudo ver la cara del sujeto que miraba justamente en sentido contrario?

—¡Bah! Eso es fácil. El volvió la cara al saltar.



—¡Ah! El volvió la cara... ¿Por cuánto tiempo?

—El tiempo que tardó en saltar.

—Sin embargo, usted se basa en una mirada instantánea para acusar a Gratt. ¿Le agradaría que su vida dependiera de una fugaz mita del que mira.

—¡Justamente! — exclamó Mr. Orson. — A usted no le gustaría por testigo un hombre que confunde el color verde con el marrón, ¿verdad?...

Holly tosió, mirando a Mr. Orson con expresión de contrariedad.

—No precisa contestar, Holly; el jurado comprende lo que usted siente. Ahora volvamos un poco atrás. Usted ha testificado que, luego de haber aparecido dramáticamente el coronel, los dos hombres se enfrentaron mirándose durante sesenta segundos. Al cabo de ese tiempo el intruso saltó hacia el costado profiriendo un grito. ¿No es ello extraño?

—¡Sí que lo es!

¿Cómo explica usted ese grito inopinado?

—Solamente por un gran susto.

—Pero una persona no puede gritar sin motivo.

—Ciertamente, no.

—Holly, hágame el favor de mirar al acusado y decirme si un hombre como él puede saltar y gritar sin causa alguna...

Holly, a la par que el jurado, estudiaba la ingrata fisonomía del reo. Podía ser la expresión de un asesino; pero se presentía al verlo que si una bomba hiciera explosión a los pies de Minky, él sólo sonreiría con frío cinismo.

Cuando el jurado desfilaba, Mr. Orson siguió con la mirada a los doce hombres y observó en sus rostros signos de incertidumbre.

Así fué, en efecto. El jurado deliberó sesenta y seis horas antes de declarar a Minky Gratt homicida en primer grado.

* * *

Poco tiempo después, Minky fué conducido a Sing-Sing y encerrado en la celda de la muerte. Ben Pane aprovechó la primera oportunidad para estudiar al nuevo cliente. La inspección no le impresionó favorablemente. Durante tres minutos soportó el mal humor de Minky, y se marchó.

—Parece un asesino — comentó secamente.

Ben Pane era hombre fornido y de recio corazón. Su cuerpo parecía hecho para resistir balas. Rara vez sonreía, y, cuando lo hacía, los únicos testigos eran Maggie y sus cachorros o el reverendo Gundy.

Paseaba lentamente por el patio de la prisión, cuando encontró al capellán, un gordo de arrugada y gozosa faz

—¿Ha visto a Minky Gratt, reverendo?

—¡Ah sí! — repuso el capellán suspirando. — Mal caso, Ben; una callosidad moral. Todo en él es desprecio y burla. Mucho me temo vaya a la eternidad con sus mañas.

* * *

Todo estaba dispuesto para la ejecución de Minky Gratt: el peluquero habíale rapado el cráneo; un guarda cortóle el pantalón; estaba bañado y vestido con ropa nueva. Ben Pane había probado el voltaje, inspeccionado los electrodos y revisado el "switch".

Todo hallábase listo; todo... menos la conciencia de Ben Pane. En las últimas horas de la tarde Mr. Orson vino a cumplir su deber comunicando al reo que el gobernador se negaba a postergar la ejecución.

Ben encontró al abogado contemplando un antiguo retrato en el corredor.

—Este fué un grande hombre— dijo Mr. Orson.

—¿Se descubrió algo acerca del grito? — preguntó ingenuamente Ben .

—¿Grito? ¿Qué grito?... ¡Oh! —exclamó al advertir al verdugo. ¿Quiere usted ganar el premio ofrecido por "The Cronicle"? Bueno, yo le diré. No, no puedo... Pregúnteselo a ese gato negro — y se marchó.

—Negocio perdido, vieja — dijo con despecho Ben a la gata "Lucy", la mascota de Sing-Sing.

—Mi... i... i... a... u... — contestó "Lucy".

—Sí, y eso es cuanto sabemos acerca del grito — replicó Ben, y se encaminó al patio, donde tropezó con el capellán.

—¿Ha visto a Minky nuevamente, reverendo?

—Sí... — suspiró él. — Más insolente que nunca...

—Sí, y persistirá hasta su último instante. Usted ve, Minky está dominado por un mal entendido orgullo. El sabe que los diarios le dedican columnas enteras y se siente el héroe del momento. Mañana irá a la silla con cínico desprecio.

—Reverendo — dijo Ben titubeando, — ¿por qué no le interroga acerca del grito?

—Es inútil; no hablará. ¿Preguntó usted a Mr. Orson?

—Lo hice y me replicó que interrogara a "Lucy".

—¿"Lucy"? Es curioso... Bueno. Ben: lo veré luego — y se marchó murmurando: — "Lucy".. "Lucy"...

* * *

Ben Pane entró en la casa de la muerte y los condenados le saludaron con silbidos e injurias. Al pasar frente a la celda de Gratt se detuvo.

—Escuche, Minky, dígame una cosa y seré amable con usted.

—¡Ah! — exclamó Minky notando el interés de Ben.—¿Qué desea saber?

—Algo respecto a ese grito — repuso Ben confidencialmente.

—¿Por qué no le pregunta al asesino?

—A él le pregunto.

—¡Vaya al infierno! — gritó Minky, y el verdugo se esfumó.

Ben Pane cenó aquella noche muy frugalmente, luego de lo cual sentóse a leer "The Cronicle". Un epígrafe ya familiar fué lo primero que hirió su mirada: "¿Por qué gritó el asesino?" Y Ben Pane pensó: "Bueno; ¿cuál es la respuesta?". Luego vió una ilustración representando a Minky camino del cadalso, y, disgustado, arrojó el diario.

En torno a la casa de Ben reinaba hondo silencio que quebrantaba sus nervios. Felizmente alguien llamó a la puerta. Salió a abrir y se encontró con la alegre figura del capellán Gundy.

—Ví luz en su ventana... y — dijo Gundy — ¿qué le parece si hiciéramos una partida de ajedrez?

Ben, sin contestar palabra, tomó el tablero de ajedrez y se sentaron frente a frente. En silencio comenzaron la partida. El clérigo movió un peón blanco y Ben protestó:

—Mire, reverendo, ese es mi hombre.

—Es verdad. Perdón. — Luego agregó:

—Es un gran humorista, ese Mr. Orson.

—¡Ah! Esa broma respecto a "Lucy"...

Las jugadas se sucedían en medio del más frío silencio. Repentinamente, del seno de la sombra partió un graznido lúgubre. La silla del clérigo crujió y las manos de éste temblaban con violencia tal que barrieron las piezas del tablero.

—¿Nervios, reverendo?...

—No es eso exactamente — contestó el capellán serenándose. — Me aterran las lechuzas. Es prenatal.

—Pre... ¿qué?

—Una de esas siniestras aves dió a mi madre un susto mortal poco antes de nacer yo... Y es hereditario...

—¡Adiós, Minky!

—¡Buena suerte, Minky!

—¡No te dejes asustar, muchacho!

—¡Escúpeles a las barbas!

—¡No temas: dura sólo un minuto!

—¡Todos seguiremos igual camino!...

Los huéspedes de la casa de la muerte despedían a Minky Gratt; él respondía despectivamente. En la obscura galería de piedra, cortada de trecho en trecho por las rejas de las celdas, marchaba lentamente la macabra procesión hacia la puerta que había de cerrarse para siempre para Minky. A través de las claraboyas penetraba la cenicienta luz del alba que iluminaba débilmente los adustos rostros del cortejo. Sólo Minky Gratt sonreía en su eterna mueca burlesca, ahora algo más rígida, cual si quisiera llevársela a la tumba. Minky parecía pensar: "Algo temprano para morir". Caminaba con desplante, alta la frente, apretando entre sus dientes el último cigarrillo. Era el héroe de la casa de la muerte e iba al patíbulo entre aclamaciones de simpatía. En tanto él llegaba a la puerta fatal, aumentaba la gritería de los condenados alentándolo.

La procesión hizo alto. Alguien abrió la puerta de la eternidad. Un bochorno de luz derramóse en la galería de piedra gris. Cesó la algarada e invadió un silencio letal. Minky Gratt penetró resueltamente a la cámara inundada en luz y se detuvo ante la tosca silla del suplicio. El cigarrillo tembló entre sus dientes amarillos.

Bruscamente la puerta se cerró tras Minky, con estrépito. En la cámara, el silencio era mortal. Los guardas se movían como sombras; los testigos ocupaban sus sitios.

Minky Gratt miró con burla la silla grotesca y luego clavó su mirada despectiva en el compartimiento de la derecha. El sabía quién se ocultaba tras la división de ladrillo.

—¡Minky! — exclamó el capellán, tocándole con dulzura el hombro y mirándole apiadado. Los ojos del reo brotaban odio.

Ellos no podían decir que Minky se ablandó a l final. Dos manos le tomaron por los hombros; pero él las rechazó, protestando:

—¡Dejadme, miserables!

Avanzó dos pasos y se sentó en la silla maldita, arrojando hacia arriba la última bocanada de humo con supremo orgullo. "¡Si pudieran verle sus compañeros"!...— pensó él.

Súbitamente sus ojos quedaron fijos, vidriosos; su espalda se curvó cual la de un felino. Los testigos y guardas, mirándolo con estupor e inquiriendo la causa, vieron frente al reo la gata "Lucy". mascota de la prisión. De la garganta de Minky escapóse un grito breve, ronco y echóse hacia atrás temblando. Dos guardas le ataron los brazos contra la silla; otro sujetó el electrodo en el tobillo; otro colocó el casco de cobre. La luz osciló, una, dos veces... Larga pausa, interrumpida sólo por el ruido del reloj que contaba los segundos... El cuerpo de Minky se contrajo violentamente y luego quedó exánime. Su rostro reflejaba más la burla.

* * *

—Era un tipo singular — dijo un guarda rompiendo el silencio. Marchó hasta la silla más firme que el bronce y al ver un gato se puso a temblar. Luego ese grito...

—Esa fué la confesión de Minky — interrumpió el capellán.— Todos tenemos nuestras debilidades. La de Minky era el miedo a los gatos.

—¿Había algún gato en casa del coronel Fowler? — inquirió el médico.

—Sí — repuso el capellán.

—Mereces un premio, vieja dama... — agregó el verdugo, acariciando a "Lucy", la mascota de Sin Sing.

LA GRACIA DE TUS MANOS

En días de borrascas interiores,
ciegos mis ojos de entrever negrura,
un alma cerrada ya a la conjetura
probable de gozar días mejores,

de mi frente enjugó los trasudores
la de tus manos transparentes albura,
poniendo un bien de calma en la tortura
de alimentar mis sueños de dolores...

Y al roce tibio de tu piel de seda,
como a un conjuro, las ideas mías
disolvíanse en polvo de humareda.

¡Oh, el recuerdo de días ya lejanos
en que mi mente serenar sabías
con la gracia impoluta de tus manos!

N. HERNANDEZ LUQUERO

La más extraordinaria de las aventuras del abate Casanova

Vez a vez abate, predicador, diplomático, magnetizador, financista, literato, este hombre universal paseó durante treinta años, a través de Europa, de París a Constantinopla y de Constantinopla a San Petersburgo, su verba pintoresca y su espíritu luminoso. Sin situación y sin dinero, encontró el sistema de ser en todas partes recibido y por todos agasajado. Fué presentado a Luis XV, conoció a Suvaroff y estuvo a punto de convertirse en consejero de Catalina II. Polemizó con Voltaire, hizo la corte a Madame Pompadour y conservó la amistad del cardenal de Bernis, gracias a quien logró introducir en Francia la lotería.

Nació Casanova en Venecia, en 1725, de un padre actor y de una madre también vinculada al teatro, aunque de un poco lejos. Sus padres, empeñados en conseguir para el hijo la consideración que en vida no lograron ellos, pensaron dedicarlo a la carrera eclesiástica. El joven, al parecer, aceptó de buen grado aquella educación y realizó sus estudios en Padua. Después de haber sostenido su tesis de derecho, ingresó en el seminario. No tardó, claro está, en ser expulsado: pero su madre, que tenía muchas amistades, logró ponerlo en casa del cardenal Aquaviva. El joven clérigo tenía el alma demasiado aventurera para permanecer mucho tiempo en aquella casa, y, abandonando al cardenal, comenzó a recorrer el mundo, llevando por todo capital un juego de naipes y sus modales de gran señor.

No trataremos de seguir a este aventurero excepcional en sus peregrinaciones y andanzas, las más célebres de las cuales no pueden mencionarse aquí; pero procuraremos esbozar aquella que da acabada idea de su rara personalidad: su huída de los plomos.

Fué en Venecia donde sufrió el famoso encarcelamiento en los plomos, que dió margen a la célebre evasión, el título más preciado de su gloria. El aventurero había querellado con cierto abate Chiari, cuyas obras literarias criticó con acritud. El abate, personaje vengativo y vinculado, denunció su enemigo a los inquisidores del Estado, asegurando que practicaba la magia y las ciencias ocultas. Con el fin de probar sus acusaciones, tuvo el abate la diabólica habilidad de enviar al domicilio de Casanova a un hombre que, diciéndose librero, propúsose la adquisición de varias obras referentes a la magia. Estos libros, presentados ante el tribunal del Santo Oficio, bastaron para convencer a los inquisidores, quienes ordenaron al ejecutor de las altas obras, a Messer Grande, se apoderara de Casanova, muerto o vivo. Días después el aventurero fué arrestado confiscados sus papeles y conducido a la terrible prisión de los plomos.

Esta cárcel, destinada a encerrar a los criminales de Estado,, no era otra cosa que los graneros del palacio ducal, y su nombre provenía de las muchas plantas de plomo con que estaba —y aún está— cubierta. Es de suponer cuánto sufrirían los desventurados allí encerrados al llegar el mes de julio, el más caluroso del verano peninsular. Casanova permaneció en aquel encierro durante muchos meses. Otro hombre hubiera caído vencido por los padecimientos; pero aquel hombre atrevido y valiente parecía vivir única y exclusivamente para forjar su proyecto de huída. La empresa era ardua,, pues el Santo Oficio sabía guardar bien a sus víctimas. Al cabo de mucho estudiarlo, Casanova llegó a la conclusión de que la única escapatoria posible era por el techo de la prisión. Pero ¿con qué instrumento practicar la perforación? El pasador de una puerta que el aventurero logró arrancar, fué el instrumento indispensable. A fuerza de paciencia y constancia, ,frotándolo contra una piedra de la ventana, logró el prisionero afilar el hierro. Luego, en posesión de su arma, aguardó durante semanas. el momento favorable para practicar la perforación por la cual intentaría la huída. Con engaños y disimulos, ocultándose de los carceleros y de sus compañeros de celda, logró al final lo que buscaba. Y estaba a punto de escapar cuando, alegremente, penetró en la celda un carcelero portador de una buena noticia: se le cambiaría de celda, destinándole una más confortable.

Sin desanimarse, el prisionero recomenzó en la nueva celda su trabajo de termita. Mas esta vez trabajó de acuerdo con otro compañero. al cual previno valiéndose de una correspondencia establecida, aprovechándose de los libros que le prestaba. Todas estas operaciones. para colmo de dificultades, debiólas realizar ocultándose de un compañero de encierro al que Casanovas llegó a aterrorizar persuadiéndole que tenía rrelaciones con el Diablo y la santa Virgen.

El día, o para ser más precisos,, la noche de la evasión, llegó. Dejemos al propio Casanova hacernos el relato de este episodio:

"Salí el primero por el agujero. El padre Balbi me siguió. Soradaci, que nos siguiera hasta la abertutura del techo, recibió la orden, en nombre del Diablo, de colocar la plancha de plomo en su debido lugar y de irse luego a orar ante su San Francisco. Permaneciendo de rodillas y en cuatro patas, empuñé el hierro con mano firme y tendiendo el brazo, coloqué la herramienta oblicuamente entre la juntura de las planchas de plomo, de suerte que, tomando con mis cuatro dedos el borde de la que yo había levantado, logré trepar hasta lo alto del techo. El monje, para seguirme, habíase aferrado con los cuatro dedos de su diestra a la cintura de mis pantalones. De suerte que me encontré en la situación de un caballo que tirara y fuera arrastrado a la vez; y esto sobre un techo con pronunciada pendiente y resbaladizo por la humedad de la niebla".

Al cabo de penurias sin fin y de esfuerzos inauditos, ambos hombres cayeron en un granero. Vagaron a través de salas y corredores, ,hasta llegar al gabinete de los secretarios de la Inquisición, cerrado con llave e infranqueable.

Casanova no perdió la presencia de ánimo, y con el más hermoso de los trajes que consigo había llevado, tocado con su tricornio galoneado de oro, asomóse a una ventana y llamó. Acudió un guardia, quien quedó atónito ante aquel gran señor cuya presencia en aquellos lugares no atinaba a explicarse. El prisionero aprovechó el trance para pasar ante el hombre y descender por la gran escalinata, pausada y tranquilamente, hasta llegar a la portada del palacio ducal. Su aplomo desarmó a los guardianes y ya libre como en sus mejores días, Casanova, el gran aventurero, tomó una góndola y se alejó de aquel maldito lugar.

SIN PELIGRO

Eran las dos de la tarde cuando llegué al hotel de las Arenas.

Como había ya almorzado en una de las estaciones de empalme, encargué sólo una taza de café, que me puse a saborear mientras examinaba los demás huéspedes del hotel, que estaban concluyendo de comer.

Terminado su almuerzo, uno de ellos se levantó y salió.

Desde uno de los balcones del comedor que daba a la playa le vi entrar en una caseta, de la que salió al poco tiempo en traje de baño.

Dos minutos después estaba en el mar, nadando como si pretendiera atravesar el canal de la Mancha.

¡Meterse en el agua fría al levantarse de la mesa, qué imprudencia!

A ese hombre le va a dar una congestión y se va a ahogar.

Pero como el bañista no era de mi familia y no me debía dinero, no volví a preocuparme de él.

Mi atención se fijó en otro huésped que, como el anterior, apenas hubo almorzado, se echó al agua, cometiendo igual imprudencia.

¿Otro? — pensé — ¡Pero esta gente está loca!

Mi sorpresa no terminó aquí. Después de los dos aspirantes a una muerte repentina se echó al mar una señora; siguió un matrimonio joven, y un minuto después se lanzó al agua una familia entera.

Aquello era demasiado. Al pensar que toda aquella gente iba a morir de una congestión, y temeroso de que mi primer día de estancia en el hotel fuera una jornada mortuoria, salí de mi reserva de hombre bien educado.

Precisamente pasó en aquel momento junto a mí el dueño del hotel.

—Caballero — le dije apresuradamente—, ¿cómo no advierte usted a sus huéspedes el peligro que corren?

Y como el dueño parecía no comprender mis palabras, proseguí:

—¿Es que no sabe usted que es una imprudencia fatal bañarse después de comer?

Entonces el patrón se echó a reír, y muy tranquilamente me contestó:

—Después de comer en mi casa, no, señor.

FARIDON

En el país de la emperatriz Zaodita

Han pasado casi tres mil años desde la reina de Saba hasta la emperatriz Zaodita de Abisinia. Tres mil años desde que ocupó el trono el primer monarca de la dinastía hebrea, un hijo de Salomón y de la hermosa reina de la Arabia Feliz,, el gran Menelik I.

En el palacio imperial de Abisinia ocupa hoy el trono, rodeado de pompa milenaria, el trono imperial fabulosamente rico, una mujer, la emperatriz Zaodita, hija de Menelik II.

Aunque es regente del reino su próximo pariente, Ras Taffari, es siempre la "Negest" (emperatriz) la que resuelve los más graves asuntos del Estado.

A la inteligencia y el tacto de la emperatriz, que ha sabido compaginar en momentos difíciles las exigencias del partido conservador con las del partido progresista, se deben grandes aciertos en la política del país. Siempre y en todo lugar ha procurado que su Gobierno diera la sensación de estar completamente de acuerdo con la evolución de los tiempos.

Abisinia, aunque algo alejada del mundo civilizado, no ha podido sustraerse a las fuertes corrientes de progreso de los tiempos modernos.

Hace ya varios años que se estableció el ferrocarril franco-etiópico. Este tren sale de Djibouti y llega hasta Addis-Abeba, la ciudad más elevada de Africa (a 2.500 metros sobre el nivel del mar), después de atravesar las vastas llanuras y desiertos de las serranías de Habesch.

La capital ofrece un aspecto muy curioso e interesante. A cada paso se observan los adelantos de la civilización moderna en violento contraste con las antiguas costumbres. Al lado de una elegante casa europea, de un solo piso — en estas tierras felices no se tiene aún idea de los "rascacielos" — se eleva una modesta y clásica cabaña indígena. Estas cabañas, muy características del país, son de muy sencilla y económica construcción.

La cabaña está formada por una empalizada circular. El techo, en forma de sombrilla, es fabricado aparte, no lejos de la empalizada. Una vez preparado se coloca a fuerza de músculos sobre la cabaña donde recubierto de arcilla y paja, se le pone en condiciones de más solidez. Como puede verse, el sistema resulta de lo más primitivo.

Muy curioso también es el espectáculo que ofrece la multitud dirigiéndose a la gran plaza del mercado.

Los vendedores que marchan a pie llevando sobre sus cabezas, en un verdadero alarde de equilibrio, los grandes cántaros, se apartan a un lado prudentemente para dejar sitio a un camión automóvil cargado de peso que se acerca a gran velocidad. ¡No puede pedirse más modernismo! En pintoresco desfile siguen los pequeños comerciantes, conduciendo sus asnos. Siguen las mulas muy graciosamente enjaezadas. En el cuadro, de un fuerte color local, acentúan su nota exótica las siluetas gigantes de los camellos. Tras los vendedores sigue una avalancha de gente que se dirige también al mercado.

Fácil es distinguir en su porte hierático y en su bien enjaezadas cabalgaduras a los altos dignatarios abisinios seguidos de sus hombres vestidos a la usanza del país y armados hasta los dientes.

No es extraño ver al lado de estos altos empleados a alguna elegante amazona europea que galopa, gentil, en su caballo árabe.

Junto a la cuneta del camino se nos ofrece el espectáculo, infinitamente doloroso de los mendigos atacados de la horrible enfermedad de la lepra.

Cerca de ellos los policías negros, correctamente vestidos de kaki, ponen orden en el tránsito.

Ante la vivienda de un europeo, un "asmari" (bardo abisinio) arranca a la única cuerda de su violín una nota aguda, prolongada-suave, en la que vibra toda la melancolía infinita del alma oriental. Detenemos el paso creyendo hallarnos en presencia de un Paganini africano. Pronto nos convencemos de que era sólo un preludio. A los pocos momentos inicia el bardo abisinio con su sonora voz de bajo una canción en la que en serio y en broma ensalza al dueño de la casa, de cuya nacionalidad y carácter se ha informado previamente. El "Frendschi" — europeo — se asoma y ofrece al artista una moneda de plata que éste se apresura a recoger, muy complacido.

Son muy frecuentes y resultan muy pintorescos los contrastes que se ofrecen a la curiosidad del europeo en el Oriente africano.

Hace dos años que Abisinia se ha colocado, por lo menos en teoría, al lado de las naciones civilizadas. Ras Taffari, el actual regente es un hombre ambicioso y quiere que su Gobierno esté al tanto de los asuntos que apasionan a Chamberlain, a Streseman, a Briand y a Sciajola. Como ellos, quiere también que en su Gobierno se discutan las más importantes cuestiones que absorben la atención de los demás países. El viejo Menelik, el antiguo soberano del entonces casi desconocido Estado, era un gran político. Su sucesor, Lady Jaffu, poseía también grandes cualidades, que empleó en el desarrollo de la economía nacional.

Bajo el Gobierno de ambos, el tráfico de esclavos era protegido por la ley como uno de los más lucrativos comercios del país. Por este medio se aumentaba considerablemente el peculio nacional.

Los esclavos destinados a la venta eran conducidos en transportes desde el Sur hasta los mercados del Norte del país.

Un hombre era vendido por 20 ó 25 dólares abisinios; una mujer, por 15 ó 20; por un niño se pagaba de ocho a diez dólares, y cinco ú ocho por una niña.

En 1888, al ser abolido en el Brasil el comercio de esclavos, la industria nacional sufrió un rudo golpe.

En 1924 el regente Ras Taffari solicitó que su país fuera admitido en la Sociedad de las Naciones. La contestación de Inglaterra fué una repulsa, basándose en que una nación en la que existía la esclavitud no podía ser admitida. Ras Taffari entonces decretó una ley amenazando con la pena de muerte "a quien fuera sorprendido traficando en el comercio humano"

En marzo de 1925 en la Conferencia celebrada en Ginebra fué admitida Abisinia en la Sociedad de las Naciones.

Oficialmente, al menos, la esclavitud ha sido abolida.

LA PROTESTA DEL LOBO

Un lobo muchos cuentos conocía
Mucha fábula sabia;
De algunos se reía
Otros, le daban rabia.

Por ejemplo la fábula de Fedro
Que repitiendo a Esopo, con desmedro
Nos cüenta lo del lobo y el corderito
Refutaba con este *discursito*:

Veamos: — El dicho lobo
Parece preguntón como aduanero,
Hace un papel de bobo
Y admite se le tilde de embustero

Que el corderito el agua le enturbiaba:
¿Qué no? Pues le insultaba.
¿Tampoco? Pues, del padre era el pecado
Y si no, de un remoto antepasado.

Buscaba un expediente
Una razón para meter el diente
Inventaba a la víctima un delito,
Además del de ser un corderito.
Y bueno: esto es pura hipocresía
Y los lobos no usamos de falsía.

Cuando un lobo por suerte, en una aguada
Encuentra un corderito,
Procede a degollarlo *derechito*
Sin preguntarle nada.
Son los bichos que aprenden en la escuela
Los que indagan del padre y de la abuela.

Domingo SASSO

LOS OPTIMISTAS

—Sí; Smith es un optimista; ha comprado un billete de la lotería, en la que el premio es un automóvil e inmediatamente ha mandado construír un garage.

—Esto me recuerda a Juanito, que al terminar el mes no le quedaba un peso y entró en un restaurante de lujo y pidió ostras pensando pagar la comida con las perlas que encontrara dentro de ellas.

EN EL MERCADO

—Pero ¿por qué vale más el repollo colorado que el repollo blanco?

—Por lo que cuesta la anilina.

EL ESPIONAJE DURANTE LA GUERRA

Tribitch Lincoln, miembro del parlamento inglés y peligrosísimo espía. — Sus manejos y cómo llegaron a descubrirse

Puedo decir, sin duda, que la persona más interesante con quien me tropecé durante la actuación del "40 O. B." fué Tribitch Lincoln el judío húngaro que para traicionar se hizo miembro del Parlamento inglés.

Los hechos principales de la carrera de Lincoln son de sobra conocidos; cómo se hizo cura, secretario de un filántropo, miembro liberal del Parlamento y espía; y cómo escapó. Llegó a Inglaterra como Tribitch a secas, y el Lincoln le floreció para sus fines electorales en Darlington.

La primera oportunidad que tuvo para penetrar secretos de Inglaterra fué cuando Mr. Seebohm Rowntree lo empleó en la busca de datos para un libro relacionado con las condiciones económicas de varios países europeos. Desde el primer momento demostró odio furibundo contra Inglaterra y todos sus amigos.

Al estallar la guerra ya no era Lincoln miembro del Parlamento; pero todavía era miembro del Club Liberal Nacional. Allí, en los primeros días de la guerra, recibió un insulto que cristalizó su odio por Inglaterra y su deseo fanático de verla destrozada.

"El insulto personal que recibí bajo el techo de mi propio Club colmó mis más acerbos deseos de venganza", confesó después. "Resolví salir de Inglaterra y sacudiéndome el polvo de los zapatos; pero no sin vengarme."

El plan de venganza de Lincoln era terrible. Tendía nada menos que a descubrir los importantes secretos militares y navales de Inglaterra y darlos a Alemania.

"Yo sabía que lo que estaba haciendo era alta traición — dijo después, — pero me hervía la sangre al pensar en las atrocidades que había hecho con personas inocentes esa soberbia y pérfida raza."

Para obtener esta información secreta Lincoln intentó primero obtener una colocación en algún centro confidencial del Ministerio de la Guerra. Ofreció sus servicios para la secretaría particular de sir Edward Grey, primero, y de Winsten Churchill, después; pero ni uno ni otro aceptaron. Entonces tuvo la audacia de pretender ingresar en el departamento de Contra espionaje (N. O. 5. J.) del Ministerio de la Guerra. Fracasado **también, intentó** un nuevo plan.

Durante unas cuantas semanas a partir de la declaración de guerra había ejercido Lincoln la censura de la correspondencia rumana y húngara en el Ministerio de la Guerra y en el de Comunicaciones. Recurrió ahora al jefe que lo había tenido a sus órdenes, y obtuvo de él una presentación para el capitán... jefe del servicio secreto del Ministerio de la Guerra.

Su audaz propósito era nada menos que comprometer determinado día en determinado lugar del mar del Norte parte de la flota británica, después de haber avisado a Alemania para que tuviera su gran flota prevenida para el caso.

Para llevar a cabo su plan presentó al capitán... precisamente el reverso de él, y le habló de un proyecto cuidadosamente preparado que había de terminar en la destrucción de parte de la fuerza naval alemana. Pero el proyecto fué rotundamente rechazado, porque admitirlo equivalía a revelar a Lincoln las disposiciones que para el combate tenía tomadas la marina inglesa.

El siguiente paso de Lincoln fué marchar a Rotterdam para alcanzar allí informaciones que le granjearan la confianza del departamento de Servicios Secretos de Londres.

Nos era perfectamente conocido que Lincoln había formado un complicado sistema de claves para comunicar con los alemanes. Por ejemplo:

"Weber, Rotterdam. Mis cariñosos recuerdos a María, a Alicia, y mis más expresivas memorias a la tía en Rosendaal. Escribid." Esto significaba: "Weber Rotterdam. Dos buques de guerra de la clase *Lord Nelson; dos superdreadnoughts.*"

Esto era lo que llamaba Lincoln "clave familiar". Tenía también una "clave de Aceite" de la que se puede formar una idea por este ejemplo:

"Sherensky Rotterdam. Cablegrafíe precios cinco expediciones vaselina ocho parafina". Lo cual significaba: "Dover cinco cruceros de primera clase y ocho destructores".

He aquí unas cuantas palabras de los dos códigos:

..*Código familiar*: Alicia (Rosa) 1. *Código de Aceite*: Vaselina 2. *Significado*: "Superdreadnought" (cruceros de primera clase) 3.

Código familiar: Padre. *Código de Aceite*: Parafina. *Significado*: Destructor.

Código familiar: Utrecht. *Código de Aceite*: Pueden enviar. *Significado*: Base naval de Rosyth.

Había además una clave de diccionario que consistía en números.

Al descifrarse el mensaje 92-02, 70-019, 140-07, 117-033, 124 y 026, 91-13, 93-15, se descubrió que significaba: "Han salido para Francia cuatro divisiones de tropas frescas".

La clave consiste en que la primera cifra se refiere al número de una página en un diccionario; la segunda y la tercera, a la columna. Se intercalan palabras sin significado para dar a las cifras verosimilitud.

De vuelta a Rotterdam no desperdició Lincoln la oportunidad de ponerse en contacto con el departamento de Servicio Secreto del Ministerio de la Guerra. Confiaba en que en los informes y documentos que había obtenido de los alemanes podría engañar a las autoridades e inducirlas a que le diesen un puesto de confianza.

Habló en el Ministerio de la Guerra con el capitán Kenny, que le escuchó con gran atención.

—Fuí a Rotterdam — dijo Lincoln — porque el Servicio Británico Secreto no quiso utilizarme. Traigo ciertas informaciones secretas que supongo probarán mi afirmación de que puedo prestar eficaz ayuda.

Y a continuación reveló la asombrosa noticia de que tenía en su mano la clave por medio de la cual se comunicaban a Alemania los movimientos de la flota inglesa, el que empleaban los espías alemanes que había en Inglaterra para enviar mensajes a Holanda y buen número de direcciones de aquellas, a que estaban enviándose cartas y telegramas.

—¿Cuánto cree usted que el Gobierno inglés estará dispuesto a pagar por todo esto? — preguntó.

—Si usted está en posesión de esos secretos — le contestó el capitán Kenny, — el dinero no tiene valor.

Lincoln sacó del bolsillo un sobre grande y dijo:

—Pues bien: yo se los doy a usted gratis.

AVARICIA

Monstruo ordinario es la avaricia de los viejos; y la codicia de los ricos es una pobreza alhajada. — P. Nieremberg.

El que se deja llevar de la avaricia, mete el desorden en su casa. — Proverb. cap. XV v. 27.

Porque raíz de todos los males es la varicia; de la cual arrastrados algunos, se desviaron de la fe, y se sujetaron ellos mismos a muchas penas y aflicciones. — San Pablo a Timoteo, cap. VI v. 10.

No queráis amontonar tesoros para vosotros en la tierra; donde el orín y la polilla los consumen, y donde los ladrones los desentierran y roban. — San Mateo, cap. VI v. 19.

El desvelo por las riquezas consume las carnes, y sus cuidados quitan el sueño. — Eclesiástico, cap. XXXI, v. 1.

El avariento jamás se saciará de dinero, y quien ama ciegamente las riquezas, ningún fruto sacará de ellas. Luego también es esto vanidad. — Eclesiástico, cap. V, v. 9.

No hay cosa más inicua que el que codicia el dinero; porque el tal a su alma misma pone en venta, y aun viviendo se arranca sus propias entrañas. — Eclesiástico, cap. X, v. 10.

Estad alerta y guardaos de toda avaricia: que no depende la vida del hombre de la abundancia de los bienes que él posee. — Eclesiástico, cap. XII, v. 15.

Prometieron a Lincoln su codiciado empleo en el Servicio Secreto. En realidad ya empezaba a ser sospechoso y seguía de cerca su actividad.

Poco tiempo después, como no había logrado averiguar nada, se sintió a disgusto. A pesar de que él sospechaba su verdadera situación dentro del departamento, decidió ir a quejarse resueltamente a Mr. Churchill al Almirantazgo acerca de lo que él llamaba injustificado aplazamiento de las medidas que él proponía.

En vez de encaminarle a míster Churchill, le enviaron a ver al director de Inteligencia Naval, de quien le dijeron que era el llamado a resolver en el asunto. Así fué como por primera vez me encontré cara a cara con Lincoln.

Nuevamente se le engañó con promesas.

—Hasta ahora no se ha hecho nada más — le dijo el almirante Hall — que enviar un despacho al cónsul alemán en Holanda, como si procediera de usted, diciéndole que tenga calma porque todo marcha perfectamente.

Lincoln salió muy disgustado. A no dudar, crecía en él la sospecha de que las autoridades habían pensado en la posibilidad de que quisiera abandonar el país. Yo supe después que éste era en verdad su intención.

Pero la red iba cerrándose cada vez más. Del Ministerio de la Guerra se envió a Lincoln una carta advirtiéndole que su asunto había pasado para ejecución al Almirantazgo. Poco después recibió un mensaje del almirante Hall en que decía: "Lincoln, 51 Torrington Square, W. Haga el favor de venir y traer su pasaporte. — *El director de Inteligencia.*"

El almirante Hall no solía tener imprevisiones; sin embargo, cuando se disponía a interrogar a Lincoln advirtió que no había presente nadie que pudiera tomar nota del interrogatorio. Caso de que consiguiera arrancar al espía una confesión, la entrevista valdría poco sin unas notas taquigráficas de la diligencia.

Oprimió un botón que tenía bajo la mesa, con lo que me avisó en mi cuarto. Al acudir me encontré en el pasillo a dos *detectives* que me dijeron a quién estaba tomando declaración.

Abrí la puerta cuidadosamente Cuando entré los dos hombres estaban sentados; el almirante Hall frente a mí y Lincoln frente a él. El almirante apenas me miró; había un montón de periódicos. Apoyé en ellos mi libro de notas y empecé a escribir.

El almirante Hall lanzaba pregunta tras pregunta al espía referentes a secretos navales; pero Lincoln no era hombre fácil de cazar y se escudaba alegando absoluta ignorancia. No obstante, creo que estaba seguro de tener perdida la partida.

Finalmente el almirante Hall perdió la calma.

—¡Lo que le digo a usted es que usted es un perfecto granuja—le espetó.

—¿Qué quiere usted decir, — preguntó Lincoln enfurecido.

—¡Esto! — dijo el almirante Hall.

Y puso ante los ojos de Lincoln la prueba documental que le culpaba de haber falsificado la firma de Seebahm Rowntree en un cheque de setecientas libras.

Muchos hombres de los que entraron en aquel despacho hubieran deseado que se abriese la tierra y los tragara; pero seguramente ninguno lo deseó más que Lincoln. Quedó abrumado; no dijo nada, y hubo un momento en que creí que iba a caer privado de conocimiento.

Luego, de repente, dijo con débil voz:

—¿Podrá devolvérseme mi pasaporte?

El almirante Hall titubeó un momento, y luego, arrojando la cartera sobre la mesa, le dijo:

—Se lo devuelvo a usted. Sólo es válido para dos días más.

Estaba seguro de que la Scotland Yard tendría buen cuidado de que Lincoln no saliera del país. Pero pocos días después el espía estaba a bordo del vapor *Philadelphie* con rumbo a Nueva York. Inmediatamente de llegar se puso en contacto con el Servicio Secreto alemán, y cablegrafió por medio de la clave convenida a su amigo Gneist, cónsul alemán en Rotterdam.

Si alguna duda quedaba acerca de sus propósitos pudo desvanecerse entonces, porque se puso por completo al servicio de Alemania e informó a Berlín de todo lo que había podido averiguar en Londres durante su aproximación al Ministerio de la Guerra. Por ejemplo, pudo dar informes bastante detallados de la movilización del ejército de Kitchener, por la cual el Estado Mayor general alemán le quedó extremadamente agradecido.

Hugh CLELAND HOY



EL ARBITRO. — ¿Qué manera de jugar es esa... señores jugadores?... Hagan favor de jugar en serio... que parece que estamos jugando.

LA CHACARERA

PARA "FRAY MOCHO"

Con chispeante risa
Salpica de ocurrencias la mozada
A la pareja lista,
Mientras el guitarrero lucha en vano
Con la inquieta clavija.

Su constante respuesta
Es la sonrisa leve, de la moza;
Y atenúa la espera
Una frase oportuna
Que con franca alegría se celebra.

Pero de pronto suena
El modular de un triste;
Al punteo de prueba
Respondió la bordona veleidosa
Y una gran emoción cunde en la rueda.

Con nitidez pasmosa
Se escapan de las cuerdas
Bien granadas las notas;
Y al armonioso son repiquetea
El castañear del mozo y de la moza

En hábiles requiebros, él ofrenda
Su galantesco afán,
Ella esquiva coqueta
Y en aviesa intención va derramando
Sus gracias hechiceras.

Luego, no es la lisonja galantesca
En la gala viril del zapateo;
Ya de nuevo en el punto de partida,
El trasmuta el requiebro
Por el ágil despliegue del esfuerzo.

Mezcla de suavidad y de aspereza,
De hombría y de dulzura,
Viril integridad caballeresca
Que define mi estirpe...
¡Eso quiere decir la Chacarera!

Julio C. LUGONES

Los matrimonios en el Japón

El casarse en el Japón es más caro que en otras partes del mundo. Por esta razón el ministro Wakotsuni ha comenzado una campaña a efecto que la celebración de los matrimonios sea más económica.

Los gastos de matrimonio en el Japón ascienden desde 500 yens, para la clase pobre, hasta 500.000 para la clase adinerada. Cuando la hija de algún empleado contrae matrimonio, le cuesta al padre los ahorros de toda su vida de trabajos, si quiere casar a su hija con los rituales de rigor que son esenciales para que el matrimonio tenga toda la fuerza y respeto que exige la sociedad.

Mientras que el padre de la novia hace gastos muy pesados, el futuro esposo no se escapa. En primer lugar, después que ha pedido la mano de su futura, le hace un regalo en dinero a la familia. La suma debe ser de acuerdo con la posición social del contrayente y se espera que el primer regalo sea una muestra de generosidad y de desprendimiento para la nueva familia.

Después, tiene que visitar a los curas, pagar por el banquete, el que es muy esencial que sea lo más elegante posible.

Tiene que alquilar los carruajes más elegantes y hacer visitas a todos sus parientes y amigos y en cada casa dejar regalos para la familia.

La ceremonia del casamiento es muy complicada. Los contrayentes. los padres y los padrinos se sientan arededor del altar. El cura lee la epístola y después firman los novios un registro municipal y son reconocidos como esposo y esposa.

EL BESO

Por José Cerdán Aranda

—No quiero que me beses en la frente —manifestó María del Carmen, haciendo un gracioso mohín.

—¿Por qué?

—Porque el beso en la frente es beso de madre.

—¿En las mejillas?

—No, porque es beso de hermano.

—¿En las manos entonces?

—Tampoco —dijo, dando impacientemente con su menudo pie en el suelo—. El beso en las manos significa galantería o cumplido..., o bien despedida.

Sabía perfectamente cuál era el beso que "mi divina" esperaba de mis labios. ¡Locos besos que nos prodigabamos boca contra boca, y durante los cuales se detenía por un segundo nuestra respiracion! Eran besos que sabían a gloria. Nos bebíamos en ellos el alma,, mientras que nuestros rostros se [illegible] graves, y nuestros ojos se buscaban para mirarse profundamente y con algo de angustiosa inquietud...

Es un fenómeno difícil de explicar, pero muy fácil de constatar para aquel que quiera (o pueda) hacer exploraciones en ese terreno. Estamos de animada conversación con la amada; la risa retoza en nuestros labios, pero desaparecerá de repente en el preciso momento que una de las bocas vaya al encuentro de la otra... Una sombra de gravedad velará entonces nuestras facciones, y la angustia que se pintará en nuestros ojos tendrá su origen en la idea de que algo pueda separarnos... Será el temor de que tanta felicidad nos sea arrebatada por una causa u otra, y, por un momento, nos olvidaremos de la dicha que poseemos en esos instantes, y sufriremos ya la espina de que es probable que la veamos esfumarse ante nuestros ojos...

¿Recuerdas?... Cuando te abrazaba, parecía mi cuerpo incrustarse en el tuyo. A través de tus ropas vaporosas percibía bajo mi pecho los latidos de tu corazón. La tibieza de tu piel que ardía al contacto de mis manos acariciadoras producíanme sensaciones deliciosas...

Te amaba y me sabía amado por tí. Nos emborrachábamos del exquisito vino de nuestro amor muy a menudo, y nada nos importaba de las gentes que, se horrorizaban ante las manifestaciones desafiantes y demasiado expansivas de nuestro cariño.

—¿Y dónde he de besarte entonces? No acierto, te lo digo con toda franqueza —respondí.

Tus ojos negros me miraron con cómica indignación y tus dedos pellizcaron uno de mis brazos. Lancé un grito de exagerado dolor, a la par que reía abiertamente.

Apresé con una de mis manos tus dos manos, —tan amplias son las mías y tan pequeñitas las tuyas—, atraje con la otra tu cabeza hacia mí, perdiéndose mis dedos entre tus cabellos, y mi boca, sedienta, se unió a la tuya... Tú cerrastes tus ojos por unos segundos... Tu ondulado pecho se elevaba y bajaba más rápidamente, y todo tu cuerpo se estremeció con un estremecimiento de placer...

María del Carmen, chiquilla que yo creí mía para toda la vida, ¡qué cambio tan brusco e inesperado tuvieron nuestros amores! Realmente, solemos engañarnos muy a menudo. Queremos hacer de nuestra vida un camino recto y libre de escollos, y a poco andar se bifurca y encontramos bajo nuestros pies, duros guijarros de punta que hieren nuestras plantas.

Y los caminos de nuestro romanticismo los recorre el corazón, encargándose las espinas del desengaño de desgarrarlo y hacerlo sangrar.

Un día, no sé si para mi dicha o para mi desgracia, la sorprendí en brazos de otro, también con los labios unidos conjugando en un beso el verbo gozar.

La indignación que se apoderó de mí ante el engaño creí que me iba a hacer estallar. La sangre se me agolpó al rostro, el que sentí arder. Después me puse pálido, frío tembloroso... Un sudor helado perlaba mi frente.

Me alejé de la pareja sin que ninguno me viera, y, ya en mi casa, a solas, con la plena evidencia de mi desdicha, rompí a llorar como un chiquillo, e invoqué en mi desesperación a mi madre muerta como si ella pudiera consolarme.

Poco a poco me serené.

Sentía aún un dolor en el corazón, pero no tan agudo como al principio, sino más amortiguado, más sordo, y quise matarlo por completo haciendo presión con mis dos manos sobre mi pecho, cual si quisiera acallar las palpitaciones del pobre órgano enfermo.

Mucho la quería, pero también es verdad que mi amor notaba que se había extinguido, y ni siquiera era suplantado por el odio,, ya que suele decirse que es un puentecito de oro en el que se encuentra a menudo con el amor confundiéndose con él, sino que se hacía un vacío grande, muy grande, que se fué llenando de indiferencia que es la falta absoluta de todo interés... La negación de todo sentimiento...

Dueño, pues, de mí mismo, razoné; vi que ella era la única culpable de todo; comprobé que su liviandad era mucha... que yo habíale dado amor y ella habíalo retribuido con la traición... Pensé que me asistía todo el derecho de ir a buscarla, de echarle a la cara su mísera condición de insaciable, de escupirle el salivazo del dolor que habíame causado, pero comprendí que tampoco se merecía saber que por ella había sufrido un solo minuto... y vi claro cuál era el comportamiento que debía seguir...

Nada de insultarla, nada de alzar la voz. Sería mucha honra aun para ella que yo fuese a increparla. Le resultaría un espectáculo muy grato y muy nuevo el que le proporcionaría mi exaltación...

Sonreí, y fuí en su busca.

Llevábamos varios minutos de charla. Mejor dicho, era María del Carmen quien hacía todo el gasto de la conversación. Y cuando extrañada de mi silencio me preguntó qué era lo que me pasaba, eludí la respuesta.

Breves instantes después dispúseme a separarme. Echóme sus brazos al cuello, que yo aparté fríamente. Sus ojos se clavaron interrogativos en los míos. Por toda respuesta tomé su mano derecha, y la besé con rebuscada galantería.

Su extrañeza iba en aumento.

—Sí, María del Carmen. Me doy cuenta de tu asombro y voy a satisfacer la justa curiosidad que sientes por mi proceder. No te beso en los labios porque es beso de amor... y el amor no existe entre nosotros. No te beso en la frente, porque es beso de madre, y es demasiado sagrado como para mancharlo; y tampoco te beso en las mejillas porque es beso de hermano, y es demasiado puro para esta ocasión. Te beso en la mano...

Ella, creyendo que era una broma mía, me interrumpió risueña:

—...que es beso de galantería o cumplido...

—...o de despedida, según dijiste tú una vez, —agregué yo.

Soltó su mano de la mía. Frunció el ceño, tras de arquear sus cejas depiladas. Me miró detenidamente. Mis ojos resistieron su mirada con serenidad y mis labios sonrieron con ironía.

—¿Cómo y por qué? ¿Hablas en serio?

—Nunca he hablado con mayor seriedad que ahora, ni he tomado una determinación con mayor decisión que hoy. No me preguntes a mí nada. Pregúntate, más vale, a tí misma. Piensa si algo no te acusa; piensa si sentiste por un minuto amor hacia mí o si sólo buscastes emociones nuevas... Piensa, María del Carmen... Somos libres..., y por eso te digo; una senda es la tuya y otra la mía... A tiempo me dí cuenta de que iba a cometer la mayor inconveniencia si hacía de las dos una... Quizás otro hombre se decida a ello... Y por eso te auguro: que seas feliz, María del Carmen...

Me alejé prestamente de su lado sin dar vuelta la cabeza, y pensé que a mis espaldas dejaba el cadáver de lo que fué mi amor... Y, como padre de ese amor, reflexioné: "Preferible verte muerto que enfermo toda la vida, sufriendo lenta agonía. Bendita sea la mano que segó tu existencia de un solo golpe. ¡El dolor por la separación repentina fué brusco, pero también es cierto que vendrá el olvido!"

Y al bendecir a esa mano invisible que obedece al nombre de Destino, aspiré con fuerzas, como si quisiera llenar mi pecho de mucho aire puro para limpiar por completo las últimas tolerañas de aquella pasión...

VIGILIA LUNAR

En un temblor de élitros vibrantes,
un vuelo de palomas mensajeras
llevó por las sonámbulas praderas
un murmullo de besos disonantes.

Por atajos de horror, alucinantes,
— bajo la Luna Azul de tus ojeras,
chistaron las lechuzas agoreras
en la Cruz de mis Torres protestantes...

El campo santo te llenó de aromas;
—la sangre de las últimas palomas
enrojeció la senda, en la Alborada.

Y, como el Día te encontrara intacta,
el Sol grabó, por verte estupefacta,
su roja Flor de Lis sobre la almohada.

Juan Julián LASTRA.

Escuela del Amor

La Sociedad de Higiene de Londres acaba de inaugurar su primera Escuela del Amor.

Ha organizado en ella varios cursos para muchachas y muchachos que vayan a contraer matrimonio. El objeto de ellos es preparar debidamente a los futuros casados, enseñándoles todos los deberes y peligros de su nueva vida.

"Nos proponemos — ha manifestado el secretario de la mencionada Sociedad — que las jóvenes parejas se casen sabiendo todos los peligros que encierra el matrimonio, los deberes entre los esposos y las obligaciones que adquieren al tener hijos. La juventud debe saber todo cuanto encierra la vida matrimonial, porque es la única forma de crear uniones felices. La mayor parte de los matrimonios desgraciados lo son por ignorancia, tanto del hombre como de la mujer, de lo que significa y debe ser la vida matrimonial".

El misterio del piano

Historia del detective Tony Steele

—¡Por el diablo que bien ha quedado esta escena. ¡Mire!

Y al decir esto Tony Steele desarrolló el trozo de película que estaba fijando y levantó los negativos para que Tim Lester los pudiera ver a la luz roja de la lámpara.

Se encontraban en una amplia habitación situada bajo la escalera que conducía a la bodega de la casa, lugar que Tim había elegido para instalar el cuarto obscuro en que realizaba sus trabajos fotográficos, y se disponía a responder cuando llegó hasta sus oídos un ruído que instantáneamente hizo que se reflejase la sorpresa en sus rostros.

Era el sonido de un piano.

—¿Ese es su piano, verdad? — preguntó Tony.

—Sí — asintió su compañero mirando hacia el techo como si tratase de averiguar en aquella forma lo que ocurría en el piso superior. — ¿Pero quién puede ser?

Los dos jóvenes creían estar solos en la casa. Los padres de Tim habían salido en las primeras horas de la tarde... ¿Quién podía tocar el piano entonces?

En realidad no podía decirse que fuera algo ejecutado resueltamente, sino una serie de sonidos. Algo así como si recorrieran de un extremo a otro el teclado del piano haciendo varias pausas. Cuan Tony se disponía a subir el ruído cesó.

—Vamos a ver lo que es eso, —murmuró. — Subamos. Acaso solo sea el gato...

—¿El gato?... ¡Pero si no tenemos!

Saliendo de la habitación se adelantó a su compañero para subir más deprisa las escaleras y aclarar el misterio. Todo estaba envuelto en sombras porque empezaba a oscurecer cuando los dos muchachos habían ido a revelar las películas y no habían encendido antes en la casa luz alguna.

Tony escuchó atentamente cuando llegó al hall, pero no oyó ruído ninguno procedente del comedor. Entonces penetró en él.

Tim que le había seguido los pasos dió vuelta a la llave de la luz eléctrica. Pero no vieron a nadie.

—¿Que puede haber sido? — murmuró Tim.

—¿Dice usted que no tienen gato? —preguntó el dectetive. —Entonces no me explico lo que puede haber ocurrido. — La ventana está cerrada — agregó señalando a través de la habitación. — ¿No hay tampoco ratas ni ratones?

—No. Jamás hemos visto ninguno desde que vivimos aquí.

La mirada de Tony iba de un lado para otro, reconociendo toda la habitación, tanto las paredes como el piso, pero con una sacudida de cabeza se volvió hacia Tim.

—En efecto, no se ven agujeros por ninguna parte. No pueden ser ratones.

Pero entonces, ¿quién ha tocado el piano?

En seguida volvió a su afán de aclarar el misterio y comenzó a examinar las teclas. Las miró durante varios minutos con ayuda de un poderoso lente de aumento. Luego se volvió a mirar a su amigo.

—Se notan en todas las teclas impresiones digitales recientes. ¿No ha tocado nadie el piano esta tarde?

—No. Ninguno de nosotros lo ha tocado. Papá lo compró de segunda mano hace dos días y no se ha tocado desde entonces — respondió Tim.

El joven detective empezó a presionar sobre cada nota, exactamente lo mismo que había hecho el desconocido ejecutante. Al llegar a la primera de las teclas negras descubrió que no sonaba y siguiendo la escala le ocurrió lo mismo con otra.

—¿Por qué están así estas teclas? — preguntó. — No suenan.

—Ya lo sé. Hay otras varias a las que les ocurre lo mismo.

Recorriendo en esa forma todo el teclado hallaron seis notas que no sonaban y tenían marcada una letra cada una: A, D, E, G, B, C,; Tony miró hacia el interior del instrumento y lanzó una exclamación:

—Como van a sonar, si les han sido sacados los mazos. Mire.

Tim se convenció en seguida de la exactitud de lo que decía su amigo.

Durante varios minutos Tony permaneció silencioso mirando las cuerdas del piano. ¿Por qué habían sido reducidas a silencio aquellas seis notas?

Lo primero que hizo fué tratar de averiguar quien era el que había tocado el piano mientras él y Tim se hallaban entretenidos con la fotografía, y para ello fué hacia la ventana. Estaba sin cerrar y encendiendo una lámpara eléctrica de bolsillo reconoció el antepecho. Sobre la blanca pintura se destacaban dos manchas negras y pronto se convenció el detective que habían sido hechas por un botín afirmado allí recientemente.

Tony dirigió, entonces, los rayos de luz hacia la parte baja de la ventana, y, aun cuando Tim que miraba por encima de su hombro no notó nada de extraño, los adiestrados ojos del detective notaron señales de varias pisadas y saltó hacia afuera.

—Esta noche han estado aquí dos hombres, — anunció después de examinar el piso, — y con un poco de suerte vamos a poder dar con ellos.

Su compañero no tardó en estar a su lado y juntos cruzaron el jardín que estaba detrás de la casa. Al llegar al muro que señalaba el fin de la propiedad saltaron, y volviendo a encontrar las huellas, las siguieron.

Era una cosa relativamente fácil, pues las señales se notaban claramente en el piso húmedo. Sin embargo, a poca distancia atravesaba un camino y Tim se desanimó.

—Hemos terminado la investigación. Las señales se pierden aquí — exclamó.

—No mi amigo, — respondió Tony examinando el suelo. — Siguen. Si mira con cuidado verá que han pasado por aquí.

—Entonces esos tipos van hacia la casa de Lord Clawton — murmuró Tim. — ¿Qué irán a hacer allí?

—No tardaremos en saberlo, — respondió el detective.

Y en efecto, fué así, porque antes de que llegasen al sendero privado que conducía a la casa, las señales volvieron a distinguirse claramente y terminaban al pie de una ventana del piso bajo.

Un agujero como de cuatro pulgadas de diámetro había sido hecho en el postigo a la altura del picaporte, y, este cedió a la presión del detective. Un momento después los dos amigos estaban en el interior de la vieja mansión de Lord Clawton.

No se veía luz por ninguna parte ni tampoco se oía ruído alguno y los dos amigos avanzaron de puntillas sobre la gruesa alfombra que cubría el piso hasta una puerta que se veía abierta.

De pronto Tim se detuvo y Tony, que lo imitó, adelantó la cabeza. En el otro extremo de aquella habitación había un pequeño círculo de luz enfocado hacia la puerta de una caja de hierro, y mientras los dos amigos observaban llegó hasta sus oídos la voz de una de las dos figuras que se hallaban arrodilladas en la sombra. Uno de los hombres manipulaba en la cerradura de combinación.

—Eso es, — decía, — E, ahora G, B y C, y ya está.

Cuando el nombre de las letras E. G. B. C. llegó hasta el Tony dió un respingo. En seguida las relacionó con las de las notas del piano. Al pensar esto la caja de hierro quedó abierta.

—¡A ellos Tim! — exclamó el joven detective penetrando en la habitación. Y aprovechando la sorpresa de los dos ladrones, los apresaron.

Un instante después se oía el ruído de pasos y Lord Clawton, su mayordomo y otro señor, entraron en la habitación.

Inútil es decir cual fué la sorpresa del dueño de la casa al ver la escena que se desarrollaba en su escritorio, pero el joven detective le explicó en seguida lo ocurrido y fué Lord Clawton quien reconoció a uno de los ladrones.

—¡Pero si es Graves! — exclamó. — Yo hice condenar a ese pillo por robo hace un año.

En cuanto al misterio del piano no fué aclarado hasta que los dos hombres comparecieron ante el juez, una semana después. Entonces, el canalla de Graves declaró que había obtenido el código de la caja de hierro de su amo antes de ser condenado por robo. La policía trató de averiguar donde había escondido sus apuntaciones y él pensó entonces en colocar las letras sobre las teclas del piano y dejar en silencio las seis notas.

Cuando fué apresado no se pudo encontrar nada del código en su poder.

Pero mientras estaba cumpliendo la condena la dueña de la casa necesitó dinero y vendió el piano que fué a parar a la casa de Tim Lesters. Al salir de la cárcel Graves y un compañero, siguieron la pista del instrumento hasta encontrarlo y descubrir el orden en que había que colocar las letras.

EL POLLO TUERTO

Un gitano recobero
Que un pollo vivo vendía,
Al ver que en la mercancía
Se fijaba un caballero,
—¿Me lo quiere usté mercá?—
Dijo, levantando el pollo.—
Miste qué prenda; es un rollo
De manteca este animá.—
El comprador, que era experto,
Vueltas al pollo le dió,
Y examinándolo, vió
con disgusto que era tuerto.
Devolviéndolo al gitano,
—Le falta un ojo— le dijo;—
No me conviene.
—Pero, hijo,
¿No está gordo, bueno y sano?
—Sí, pero es tuerto.
—Es verdá—
Dijo al punto el recobero:—
Pero, oiga usté, cabayero,
¿Lo iba usté a poné a bordá?

Javier de BURGOS

¡SON NERVIOS!...

Por Enrique Feinmann

"El médico, último sacerdote, creencia suprema..." Alfonso Daudet, "Safo", cap. V.

"La enfermedad no es más que un estado de ánimo..." Arnaldo Fraccaroli, "Il problema centrale", act. III.

¡Son nervios!... Para unos es una exclamación, para otros un diagnóstico, o las dos cosas a la vez. Sinónimo de maleficio, en otros tiempos, ha pasado a ser un término casi familiar; todo es cuestión de nervios. Con lo que se ha llegado, por singular contraste, al absurdo opuesto; en vez de acusar de embrujamiento a los nerviosos, se les condena a la pena de la indiferencia. Es todavía la liebre que, desde Lafontaine a la fecha, ha de optar por su salsa, pero sin cambiar de suerte. Reaccionó la ciencia en su época, salvando de la hoguera y de la superstición popular a los poseídos y demoníacos, que eran simples enfermos del sistema nervioso, y hoy ...vierte, con la consiguiente ...presa, que se ha dejado llevar tan lejos de sus propias intenciones, que le ha permitido caer, por el lado contrario, en manos del vulgo, de donde intenta, precisamente, traerla de nuevo a sus dominios. La Edad Media y la hora contemporánea se tocan así, por los extremos del arco sin fin de la la historia natural humana.

Tal iniciación podría hacer temer que el tema que ofrecemos sea demasiado árido o difícil para los propósitos de divulgación médica y científica de esta colaboración para "FRAY MOCHO". Se cree, en general, que los asuntos de esta índole deben dilucidarse en los tratados del género, y que la bibliografía popular ha de nutrirse únicamente de novelas policiales, semanarios de ligera literatura y de aventuras sentimentales. Es un error, porque la cultura pública y general ha formado ya el gusto de la mayoría en el hábito intelectual de escritores y hombres de pensamiento modernos, y porque conviene encaminar a los buenos lectores, con discreta amplitud, en la ciencia social. Circunscripta exclusivamente al ambiente médico y profesional, la neuropatología, en efecto, se mantiene y prospera con los prestigios de ser uno de los capítulos más delicados y difíciles de la clínica general, sin contacto serio, por ahora, con los profanos de la materia, y sin la recíproca penetración de intereses creados que favorece su práctica ordinaria: el tratamiento y la curación.

Se distingue sensiblemente en este punto, de sus congéneres, en que la difusión y variedad de sus manifestaciones, le dan una universalidad que ninguna de las otras dolencias reviste. Las enfermedades del estómago, del corazón o de los pulmones, para citar algunas, se caracterizan objetivamente, y se resuelven por sí solas en un tiempo más o menos breve; tienden hacia un desenlace cualquiera, bueno o malo. Además, no son tan frecuentes, se prestan menos a confusión, y sus límites se deslindan claramente; la intervención terapéutica suele ser su principal medio curativo. Muy distintas son las cosas por el lado de los nervios. Sus síntomas se confunden habitualmente con todos los demás de la economía humana, porque acompaña en el dolor a todas las vísceras del cuerpo, y sus manifestaciones sirven de bandera para cubrir las reacciones de cada uno.

Deslindar tal factor nervioso, funcional o dinámico, del elemento dinámico constitutivo de los tejidos propiamente dichos, es la primera dificultad del buen diagnóstico clínico. Pero no siempre es simple solidario del dolor ajeno; también sufre sus propios males, y entonces suelen acompañarle, por recíproca simpatía, otras partes del organismo. Así, por ejemplo, la etiología singular de las dispepsias nerviosas, de las palpitaciones emotivas, del asma, de la colitis, de la diabetis de origen bulbar, etc.



—¡Cómo!... ¿No me dijiste hoy mismo que eras enemigo del alcohol y que te proponías acabar con él?
—Cierto... Y desde hoy no lo dejaré hasta que no quede una gota.

Finalmente, en la tercera categoría de la clasificación que ensayamos, adaptada a la índole de la presente colaboración, el sistema nervioso se altera independientemente en su propio territorio, el más vasto y complejo de nuestro organismo, reflejándose en los síntomas correspondientes a las múltiples y variadas zonas de su influencia. Para ser breve, conviene ofrecer también aquí, una subdivisión más de esta última parte, en otras dos, a saber, las afecciones que atacan el sistema nervioso en sus plasmas celulares o en la estructura de los tejidos constitutivos, como ser un tumor que comprime y destruye la masa de la médula espinal o del cerebro, los procesos degenerativos de los centros motores o la inflamación de las vías de conducción, y las que ocasionan simples trastornos de su mecanismo íntimo, de su juego vital y fisiológico. El primer grupo forma el capítulo, relativamente reducido y casi irremediable de las enfermedades nerviosas con lesión anatómica visible; las otras, el vasto campo de la neurosis, llamadas "sine materia".

Estas últimas son las que más nos ocupan, desde hace mucho, en la clínica hospitalaria, en la clientela privada y en la presente síntesis científica, en mérito al palpitante interés que revisten en la práctica cotidiana y a la singular despreocupación que le dispensan sabios y profanos. La idea y la palabra de "neurosis", en efecto, sin ser muy nueva, pues data del siglo XVIII, cuando la empleara el médico escocés Cullen por primera vez, ha caído en un inexplicable y rápido desprestigio. En un principio, significaba, simplemente las dolencias de los nervios, sin destrucción aparente de sus fibras y células constitutivas; Saudras, Axenfeld, Huchard, agruparon, posteriormente, bajo su denominación, seis tipos distintos de la neuropatología: el estado nervioso, la córea, la eclampsia, la epilepsia, la catalepsia y la histeria. Luego, la vida intensa y la febriciente actividad de la existencia, las psiconeurosis de Breard y Grasset.

Con todo, la entidad clínica no ha prosperado entre el gran público ni en la conciencia médica; no pudiéndose localizar el sitio material que les corresponden en el plano visible de nuestros plasmas, se prefiere negarles el derecho de propiedad histopatológica. Con lo cual, las manifestaciones no se enmiendan ni mejoran sus síntomas, y la verdad de los fenómenos sigue, tan lejos de nuestros conocimientos, como antes. Mejor dicho, de nuestras percepciones, pues los astros que escapan a la vista humana, multiplícanse en el telescopio, y los procesos biológicos infinitamente pequeños, que se sustraen al objetivo microscópico, no por tales, dejan de ser ciertos; lo que les falta es un Leverrier que los presienta, antes de descubrirlos. Seguramente, las neurosis no responden a alteraciones apreciables aún a ninguno de los más perfeccionados métodos de moderna observación histológica, porque sus

MENSAJE DEL AMOR DISTANTE

¿Podrás hallarte tan lejos que no te alcance mi voz?
¡Me basta para sentirte, mi ternura, corazón!

Si el aire lleva mi voz, tu canción me trae el viento
como un suspiro vibrante que se transforma en lamento.

Hay en el eco, que vibra como una vieja pasión,
el suspiro entrecortado de nuestra suave emoción.

Mil cien kilómetros tiene la tierra que nos separa;
esto no obstante, mantengo junto a la tuya mi cara...

Si olvidar pretendo a veces, es para fiel recordarte,
¡qué en el olvido yo finco la esperanza de adorarte!

Sueño, que tienes caricias de mujer enamorada,
permite que siempre sueñe con mi gentil bienamada.

En alas del pensamiento, estoy contigo en la estancia
y aspiro en tus locos labios de amor perennal fragancia.

La idea de que te beso llena mis noches de sueño,
tornándome real tu imagen que es un hermoso diseño.

Si la distancia y el tiempo se ponen en contra nuestra,
a la Constancia tendremos como sublime Maestra.

—¿Podrás estar tú tan lejos que no te alcance mi voz?
¡Si hasta el viento que nos llega nos aproxima a los dos!

Odino A. TOMEI

fenómenos provienen de reacciones biomeculares de la célula nerviosa, en la misma medida que los de la herencia se desenvuelven en la célula ovular femenina, conservando impenetrable, hasta hoy, el secreto de su mecanismo. En el sistema de su organización biológica, el óvulo y la neurona, son los extremos de más complicada fenomenología y de evolución celular; no es extraño, pues, que hoy se toquen en este punto de su propia semejanza. Las leyes de la herencia se siguen con inteligencia y acierto, en la más perfecta ignorancia científica y obscuridad filosófica. Esta última, en efecto, se confunde en doctrinas y teorías, mientras la anterior se disimula, substituyendo la experiencia por el conocimiento; la interpretación de verdad escapa totalmente a nuestros sentidos.

Exactamente lo que sucede con las neurosis, los males de nervios, los trastornos de la mente y del espíritu, en el mundo de las manifestaciones patológicas del sistema nervioso; con la excepción, a su favor, de que son muy fáciles de seguir, de contener y de corregir. Enmendar una herencia, en la especie humana, hacer eugénesis, es obra no intentada todavía; curar una neuropatía dinámica, una hemiplegia funcional, una parálisis histérica, es cuestión de todos los días. En este renglón de la clínica neurológica, las clásicas psicosis, brillantemente descritas por Charcot, Babinsky y Bernheim aportan un considerable y nutrido contingente de afecciones de los nervios, sensiblemente descuidadas, hoy por hoy, y muy curables no obstante. Sea por el discutido y discutible hipnotismo, por la sugestión que enseña la escuela Nancy, o la persuasión sistematizada y metódicamente dirigida con tal fin.

En este sentido, la fisiología normal y patológica de los nervios es delicada e interesante. Ellos hacen todo el gasto de nuestras relaciones con el exterior, y en sus centros corticales y bulbomedulares se verifica el íntimo trabajo de nuestra vida psíquica interior. Conducen las órdenes superiores de la mente y de la inteligencia, las secreciones del pensamiento, que decía Moleschott, y rigen las escondidas e íntimas contracciones del aparato gastrointestinal. A. Mathieu, descubre en las alteraciones neuromusculares de la túnica media del intestino, la explicación psicofisiológica de la colitis mucomembranosa, y Julio Méndez, entre nosotros, atribuye, con autoridad igualmente reconocida, a un reflejo del colon y del peristaltismo retardado, causa ordinaria de la constipación crónica, una repercusión morbógena sobre los centros cerebrales superiores.

Nadie cree, o simula no creer estas cosas; se hace gala de elegante y sabia incredulidad. La ortopedia, la cirugía, la intervención manual en las distintas especialidades de la medicina, impresionan a las gentes, y sus procedimientos, muy legítimos, por otra parte, son los únicos que les merecen pleno crédito y confianza. En cambio, las palabras de un buen consejo, las discretas advertencias, la acertada previsión higiénica, no alcanzan el valor ni merecen el gasto de una consulta. Se la hace, en todo caso, de paso; en la calle, en el café, en el tranvía o en el club. Dolencias sin atributo material tangible, requieren, por similitud galénica, remedios sin medida física ponderable. Son, recíprocamente, subjetivos y, presumiendo no darles importancia, pero consultando sobre ellos como al descuido, llégase a ellos, por singular determinismo clínico, a tres tratamientos distintos: las aguas termales, las manos santas y las fuentes milagrosas. Hacia las primeras, el reumático nervioso, por prescripción médica; a las segundas, el analfabeto ignaro y supersticioso, y a las últimas, el creyente iluminado y de honda fe religiosa.

En los tres, el fenómeno se explica por idéntico proceso biológico y funcional, llámese éste, sugestión científica, burdo curanderismo o milagro piadoso. La restitución de actividades abolidas o simplemente alteradas, se verifica por el camino inverso, adaptado a cada temperamento, del que le condujera a producir tal estado de postración orgánica: la influencia razonada psicodinámica, la torpe credulidad o la vulgar devoción mística. Tan complicado mecanismopsicofisiológico, esquemáticamente presentado en este ensayo de clasificación, tiene una infinidad de variantes en el orden individual y colectivo. Recuérdense las neurosis de las multitudes, admirablemente reflejadas en el teatro de Aristófanes, en el moderno tratado de Le Bon, en las remotas puebladas de la Edad Media, asoladas por epidemias de carácter nervioso, delirios, córeas, epilepsias, bailes de San Vito, etc. y la reciente y palpitante neurosis de la guerra, que contaminara a media humanidad, a partir de un cerebro desequilibrado. Sin exagerar, y aún reduciendo a las más modestas pretensiones la trascendencia del asunto que tratamos, la vida nerviosa de nuestro mundo interior debe ocupar un lugar mayor en el interés que dispensamos a los diferentes resortes de nuestro organismo. Como se corrige, con un par de vidrios, un defecto de la visión, con una faja el vientre que malogra una línea elegante, o mediante un corte de bisturí un estorbo mayor, que ofende la armonía de nuestros tejidos, debe también buscarse en la adecuada intervención y consejo médico e higiénico, el medio de enderezar las funciones de los nervios. Para lo cual es preciso que profanos e iniciados, las tomen en cuenta, y que, en lugar de exclamar cada vez que se descubre su influencia, "no es nada, son nervios", se ponga por ambas partes el empeño y el interés de restablecerlos. Así, la vida intensa será menos dura y la lucha por la existencia más suave y más amable; la medicina será entonces, lo que debe ser, un factor de felicidad biológica y humana.

YUYITOS DE LA SIERRA ALTA...

(Del libro "Poemas serranos", recientemente aparecido).

Yuyitos de la Sierra Alta
¿qué jugos te dá la tierra?
¿quién perfuma tus hojitas?
¿quién de virtudes te llena?

¡Amalaya fuérais buenos
para los males del alma!
¡Amalaya olvido diérais
o fuerzas a la esperanza!

¡Amalaya que tu aroma
adentrándose pudiera
volver buenos a los malos,
perfumar a la maleza!

Tomillos, albaca, poléo,
piperina, cachi-yuya,
¿no podréis curar los males
que engendra la eterna duda?

Hierba-buena, páico, menta,
cominillo y doradilla;
el milagro ando buscando
de simplificar mis días.

Yuyitos de la Sierra Alta
que vivís para dar vida:
si curar no podéis mi alma
¡matadla, que ya me hastía!

Isabel CASCALLARES GUTIERREZ.

CAMILA BARI DE ZAÑARTU

Para el 7 del corriente, por la tarde, se anuncia en el teatro Cervantes un interesante espectáculo de arte nativo americano a cargo de la dama de la aristocracia chilena, doña Camila Bari de Zañartu.

La señora Zañartu, que ha llegado a Buenos Aires en compañía de su esposo, el escritor Sady Zañartu, director de la revista santiaguina "Zig - Zag", es la más eximia cultora del tradicionalismo viviente en la república del Pacífico. Nadie como ella ha logrado estilizar y llevar a la escena, los motivos de la sociedad de antaño, en coreografía, costumbres, tradiciones y tonadas de origen ciudadano y campero.

Una cultura excepcional unida a una belleza y gracia exquisitas, dan a esta gran intérprete todos los elementos para exhumar y reproducir, brillantemente, el acervo tradicional de su país. Para documentarse ha debido viajar por todas las ciudades de Chile, en donde se han filtrado, por obra de las corrientes inmigratorias, costumbres del pasado derivadas del Norte y del Este, vale decir del Perú, Alto Perú y Argentina. Nuestras danzas y cantares, fueron por primera vez a Chile, con el ejército de San Martín. Allí se modalizaron, de acuerdo a las costumbres locales. Y he aquí que la señora de Zañartu nos las reproducirá con todo el sabor gracioso de su tierra, estableciendo el parangón con las que quedaron aquende los Andes. Así, por ejemplo podremos saborear el "Cuando", la "Resbalosa", "María Cachucha", "Antenoche soñé un sueño"... e infinidad de piezas más, de origen indo-español, que han sufrido derivaciones de acuerdo al temperamento artístico y a las modalidades sociológicas de las naciones donde se han aclimatado.

Fuera de toda duda, los espectáculos que nos anuncia la eminente tradicionalista, que serán ilustrados someramente y al iniciarse cada motivo, por su esposo, con referencias históricas, han de concentrar en el Cervantes un público calificado y numeroso, pues aparte del carácter estilizado y teatral de estos certámenes, con trajes y "mise en scène" auténticos, constituirán aportes básicos para el estudio del arte nativo de América.

La educación de la mujer

Vivimos una época de corrupción en las costumbres, de superficialidad en las maneras, de desorientada finalidad en las vidas. Frente a ellas el texto de los moralistas resulta ímprobo, pesado, desoído. Dijérase que toda tarea de conversión está demás, porque no es el espíritu sino el medio actuando con desoladora presencia quien gravita sobre nuestra sociedad venciendo su vieja esencia aristocrática, su proverbial limpidez de nombre, su consabido virtuosismo de herencia. La calle y no la casa; la recepción antes que la labor íntima; el automóvil oponiéndose a la aguja hacendosa, nos han dado esta mujer moderna, deleitable, teatral y exageradamente coqueta que buscamos hoy en su hogar y que solo encontramos en el club de moda. Es la mujer muy siglo XX de la estampa de Villette, superficial, amanerada y recompuesta.

En todas estas cosas pensábamos al abandonar la Escuela Profesional de Mujeres n.o 4 de la Capital, que dirigen la señora Lucía R. de Paz y la Sta. Ofelia Galarza Méndez, instituto modelo donde las niñas van a recibir la enseñanza que las hará mañana madres virtuosas, esposas ejemplares, sabias directoras del hogar.

En sus cursos, cuya cosecha muestra la exposición, se enseña desde la tarea elemental y simple de enhebrar la aguja a los más finos y complicados bordados que retocan la prenda femenina hecha con gusto. Desde el modelo en papel hasta el vestido acabado; desde el muñeco que ha de alegrar las horas del hijo hasta la ropita que ha de lucir éste. Allí el hogar se perfecciona y enaltece; la mujer se dignifica y ampara; la sociedad se fortalece y orienta, a punto que una impresión grata y renovadora acoge al visitante pesimista que ingrese al "hall" de la casa, trayendo un ingrato malestar de superficialidad de calle.

"He viajado recientemente por Europa y no he podido encontrar una escuela tan buena como esta, ni en París, ni en Viena, ni en Budapest", nos dice la Inspectora del Ministerio de Instrucción Pública que recorre las vitrinas junto con nosotros y frente a su palabra autorizada, la misma que ha de hacer valer en su informe, nosotros no podemos menos que darle la razón y sentir la alegría de tener un instituto así, que siendo eminentemente argentino pueda ser al mismo tiempo superior a todo lo europeo.

No se equivoca en verdad. La educación de la mujer, de la que esta escuela es un alto modelo, está más cuidada entre nosotros. Dígalo si no la Exposición. La obra acumulad a allí no parece ser la de un colegio sino más bien la de una gran tienda de modas. Es tan variada y tan magnífica su producción que compitiendo con los mejores modelos de París puede obtener sobre ellos la ventaja de una más acabada realización. Ricas "broderies", "blouses" impecables, "Soieries", magníficas llenan las salas, rivalizando en la preciosidad del trabajo, en la opulencia del decorado, en la fineza de la aguja. Hermosas prendas para el paseo, las entrecasas, los recibos alternan mostrando hasta donde la mano femenina puede reemplazar la adquisición importada por el producto realizado con su esfuerzo. Dibujos admirables, decorados con gusto y sobriedad la instruyen en el secreto del adorno que luego han de estampar con la seda de color o el color natural sobre la tela virgen.

— Sólo nos falta edificio — nos dice la directora — porque el número de niñas que recibimos todos los años es muy superior al que permite las comodidades de la casa y porque un número igual que quiere ingresar al establecimiento tiene que volver a sus casas ante la imposibilidad de ilimitar el número de matrícula.

—Nuestra escuela — agrega la vicedirectora — ha ido creciendo año trás año a punto que ya parece pequeño su edificio y no concuerda perfectamente con su desarrollo, pues nuestras actividades docentes reclaman amplios talleres de que ahora no disponemos.

Frente a los objetos allí acumulados, mínima parte de la tarea anual ya que la muestra solo se realiza con la producción del último mes de clase, aun le parece imposible que aquello se haya realizado todo en el establecimiento y es así, pues, a una dirección inteligente se suma en este caso un personal activo que la secunda con verdadero entusiasmo.

Casos como el de este establecimiento deben llamar la atención y enorgullecer legítimamente a la instrucción pública del país, ,pues la educación universitaria debe complementarse con la enseñanza práctica, máxime en un pueblo como el nuestro que debe crearlo todo y que bajo ese aspecto ha vivido, no pocos años, en el mayor de los desamparos.

Esta escuela reemplaza — dijimos para terminar — al texto pesado de los moralistas de gabinete y es fecunda en resultados, porque está haciendo la grandeza del país al preparar nuestras niñas en el culto al hogar, en la belleza de la intimidad y en la virtud, siempre más admirable que todas las otras, de la verdadera feminidad que fué y será siempre el rico patrimonio de la mujer argentina.

Un matrimonio financiero

Horacio Wanond era joven, apuesto elegante y simpático. Pero sobre estas cualidades tenía una sobresaliente, y que hacía de su persona el ensueño de todas las muchachas casaderas: era hijo de un millonario.

El señor Wanond, padre, era un bruto cargado de millones, sin más prejuicio social que casar a su hijo con noble heredera que aportara un pomposo título de la vieja Europa.

Y esta legítima aspiración se vió amenazada un día por el repentino enamoramiento de su hijo por una linda costurerilla, que sabía entornar los ojos de una manera cloroformizante.

El señor Wanond no dió importancia alguna a estos amores; muy al contrario, sentía cierta vanidad considerando a su vástago como un irresistible conquistador.

Pero Horacio amaba con locura a la traviesa Fifí; y para demostrarle el máximo de su amor, le propuso legalizarlo con el matrimonio.

De suerte que cuando se presentó ante sus padres y les comunicó que para ser feliz necesitaba unirse a la encantadora Fifí, en la suntuosa morada de Wanond se produjo un escándalo mayúsculo.

La madre se desmayó tres veces seguidas, y el padre chilló y amenazó más que un carretero.

—Tú no te casarás con esa mujer, sino con una condesa que tenga un escudo vistoso.

—Me casaré, aunque tenga que trabajar.

—El amor y el trabajo están reñidos... Ya lo pensarás mejor.

—Está pensado, hasta el punto que pienso encargarte muchos nietos a París y que seas abuelo muy pronto.

Y después de esta reproductiva amenaza salió del palacio de sus padres para reintegrarse al humilde pisito que la enamorada pareja había preparado como un nidito para su amor. Se casaron. El señor Wanond padre, retiró la pensión asignada al muchacho y lo bloqueó financieramente.

Horacio ya contaba con esto. Convirtió su magnífico auto en taxi y transportando viajeros procuraba vivir con el producto de su trabajo.

Tuvo un hijo y el matrimonio creyó que este muñeco podría ser el lazo de unión que los reintegrara al hogar paterno, en donde podrían volver a gozar del bienestar de la enorme fortuna del viejo Wanond.

Pero éste, testarudo y vengativo, no los quiso recibir y les comunicó en extensa carta que no reconocía nietos de mujeres lagartonas y le prometía el oro y el moro si se separaba de ella.

El amor de la pareja acrecentaba al propio tiempo que la vida se hacía cada vez más insostenible.

Un buen día Horacio regresó al hogar paterno y contrito y humillado comunicó a su padre la fausta nueva que no podía ya vivir con Fifí, pues la miseria era una carga muy pesada para él y no se sentía con fuerzas para proseguir luchando.

El viejo se alborozó. Ya sabía él que volvería, que conseguiría su ideal...

—Ahora, hijo mío, a gozar y cazar una condesa guapa que tenga un título muy pomposo.

Y en la magnífica mansión de los Sres. Wanond hubo brillantes recepciones sociales para celebrar la vuelta del hijo pródigo.

Pero la bella Fifí no se aguantó con el abandono de su querido esposo y recurrió a los tribunales demandando el divorcio y una indemnización de tres millones de dólares, aportando pruebas concluyentes, entre ellas, la carta escrita por el Sr. Wanond, demostrativa de que sus suegros habían conspirado contra su felicidad y la habían robado a su marido.

Los jueces comprobaron la razón que asistía a la demandante, y creyeron pertinente que la indemnización solicitada, aunque un poco crecida, se ajustaba al valor de la pérdida de un millonario. Y fallaron favorablemente el pago de dicha cantidad a la bella Fifí.

El viejo Wanond se sintió satisfecho y dió casi a gusto los tres milloncejos con tal de conseguir el ideal de su vida.

Al día siguiente Horacio salió como de costumbre y no volvió a aparecer por el hogar paterno.

La pareja era ahora completamente feliz. Paseaban su felicidad y se divertían de lo lindo.

Wanond padre comprendió la jugarreta y por poco muere del disgusto. Y cuando menos, para salvar sus tres millones, les rogó que se casaran de nuevo.

Y días después el matrimonio se establecía por derecho propio en la soberbia mansión del suegro, y Horacio fué nombrado jefe de la razón social Wanond en premio a las buenas disposiciones financieras que había demostrado en su matrimonio.

Antonio Valero de BERNABE

AMOR

Sediento de una pasión
quise buscar un abrigo,
y junto a tu corazón
hallé a mi mejor amigo.

Somos almas, que en amor
nada al mundo te envidiamos.
Toda esperanza es la flor
de lo mucho que soñamos...

Andrés PEREZ CUBERES.

Conocimientos útiles

Fórmulas, procedimientos e indicaciones de provecho para el hogar

Block secante. — 50 partes de fibras de lana se ponen en remojo en 1.000 partes de agua en la que se hayan disuelto 4 partes de sosa. Por otro lado se mezclan 945 partes de yeso calcinado y 1 parte de ácido tártrico y se añaden estos polvos a la solución de sosa.

El ácido carbónico, al ponerse en libertad, airea la pasta de yeso, formando una masa muy porosa que absorbe rápidamente la tinta y demás flúidos.

***

El alcohol sólido se prepara calentando al bañomaría 1.000 partes de alcohol. Por regla general, se usa alcohol desnaturalizado. Cuando el flúido alcanza una temperatura de 60° centigrados se añaden 30 partes de jabón seco y rallado y 2 partes de goma laca. Se agita el líquido hasta que las substancias adicionadas estén completamente disueltas, y entonces se echa la mezcla en latitas y se tapan en el acto. La mezcla se solidifica al enfriarse.

***

La potelina inventada por Potel, de París, es una masa compuesta principalmente de gelatina, glicerina y tanino, a la cual se añade,, según el uso a que se destine, espato de Bolonia, albayalde o una substancia colorante vegetal.

La potelina puede limarse, tornearse y pulimentarse, y por tanto, es admirable para el decorado, para hacer cabezas de muñeca irrompibles, artículos de mármol artificial, etc.

El inventor la recomienda también para la conservación de la carne aplicándola en forma de lechada.

***

Los objetos de plata, chicos y grandes, se limpian y pulen perfectamente frotándolos con un trapo o con un cepillo de los que se usan en platería, levemente humedecido en alcohol puro y untado con tierra blanca de España pulverizada. Tan buen resultado da esto como las pastas para limpiar metales que hay en el comercio.

Si a las piezas se les quiere dar el aspecto y el brillo de nuevas, hay que "recocerlas" o sea calentarlas al rojo en la forja o al soplete, y seguidamente meterlas en un baño compuesto de agua y una pequeña cantidad de ácido sulfúrico, en el que se tienen hasta que se pongan completamente blancas. Una vez blanqueados los objetos se bruñen a mano con la piedra de bruñir de los plateros.

***

Para cortar el cristal. — Algunas veces conviene cortar un frasco o una botella de cristal, cuya mitad inferior puede emplearse como maceta, o bien como bote para guardar legumbres secas, azúcar, sal o frutas en dulce. En cualquier caso que sea, el corte debe hacerse con toda limpieza. Para ello, se empapa muy bien en trementina un pedazo de bramante fino, y se ata alrededor de la botella, precisamente a la altura a que se haya de cortar ésta. Después se llena la vasija hasta la misma altura con agua fría, y se prende fuego al bramante. El cristal saltará todo a lo largo de la línea así marcada.

***

Las incrustaciones en las calderas de vapor se evitan haciendo pasar por su estructura a través del agua mientras están trabajando, una corriente eléctrica de potencial muy pequeño como el que puede producir una batería electroquímica primaria ordinaria, seca o húmeda.

***

Pintura de alquitrán para la conservación de la madera. — Se hace fundiendo alquitrán de Noruega con un 5 por 100 de cada una de las substancias siguientes: resina, asfalto y litargirio. La mezcla se aclara después con igual cantidad en peso de esencia de alquitrán.

***

Caucho artificial. — Un periódico profesional alemán, da la siguiente receta para hacerlo: En una cacerola de hierro se echan 5 partes, próximamente, de azufre o de flor de azufre y 10 partes de aceite de colza, y se calienta todo, moviéndolo constantemente hasta que se disuelve el azufre y la mezcla empieza a hacer borbollones. En este estado hay que pasarla a otra vasija, si es posible, a un molde espolvoreado con cualquier clase de harina, o dejarla caer sobre losas de piedra humedecidas con agua, sobre las cuales se endurece inmediatamente.

Esta composición tiene propiedades semejantes el caucho, y también se disuelve en aceite.

***

Jabón de toilette antiséptico. — Los ingredientes necesarios son: 500 gramos de jabón, 25 centímetros cúbicos de alcohol neutro y 500 gramos de glicerina. Todo ello se mezcla calentándolo al baño maría y se decanta cuando la masa es bien homogénea. Después se deja enfriar hasta que toma la consistencia de una pasta ligera y flúida que se echa en moldes de papel, pero antes de efectuar esta operación se agregan 2 centímetros cúbicos de formol y se agita la masa.

***

Para teñir los huevos de Pascua no sólo de rojo, según la costumbre clásica, sino de otros colores, se emplean las mezclas siguientes en las que el color se completa siempre con un agente fijativo, la dextrina, y un mordiente superficial. Para el color azul: 3,5 gramos de azul de ultramar, 35 de ácido cítrico y 60 de dextrina; para el violeta: 18 y 75 gramos, respectivamente, de las dos substancias últimas con 3,6 gramos de violeta de metilo; para el amarillo. 135 gramos de amarillo de naftol, 36 de ácido y 67,5 de dextrina; para el verde: las mismas cantidades de verde brillante y de dextrina, con la mitad solamente de ácido cítrico.

LA VERDAD

Gerardo Bost veraneaba todos los años en una casita que poseía cerca de Rambouillet, con su mujer, Enriqueta; su hija, Lucía, de diez y nueve años, y una antigua criada, Melania.

Durante la semana trabajaba en el jardín. Se paseaba. El domingo recibía a sus amigos. Eran los más asiduos Bernardo Camus, amigo suyo de la infancia, soltero; León Cergues, uno de sus primos, y Jorge Bignon, abogado.

Una tarde, estando la señora Bost en la cocina, Gerardo, que estaba cogiendo peras en el jardín, lanzó un grito, y rápidamente bajó de la escalera en que se había subido para alcanzar la fruta. Estaba congestionado y se apretaba la parte izquierda del pecho con las manos.

—¡Qué te pasa? — le preguntaron su mujer y su hija, que se precipitaron a su encuentro.

Respirando penosamente les dijo:

—Preparaos a recibir una noticia gravísima. Sólo me queda una hora de vida.

—¡Oh!

Las dos mujeres estuvieron a punto de caer desvanecidas; pero la curiosidad se sobrepuso a los nervios. ¿Qué significaba aquella trágica aventura?

—Os lo explicaré — dijo Gerardo—. Desde hace tiempo sufro del corazón, y un especialista que vi en París me explicó que cuando me diera un ataque como éste no viviría más de una hora. ¿Comprendéis?

—¡Un médico! ¡En seguida!

—Es inútil. El pueblo está a doce kilómetros, y aunque viniera es lo mismo. El especialista me dijo que cuando sintiera el ahogo y los dolores que tengo ahora no habría salvación posible. Pero no soy cobarde, y a los cincuenta y ocho años ya es uno capaz de dejar esta vida sin gran pena. Aprovechemos, pues, mis últimos momentos en arreglar nuestros pequeños asuntos.

Apoyado en las dos mujeres dió una vuelta por el jardín.

—Habrá que olvidar estos macizos. No os olvidéis de cerrar el contador de la electricidad cuando volváis a París. El año que viene mandaréis limpiar el estanque...

Su mujer lloraba. Era un marido excelente. En sus últimos momentos sólo se preocupaba del porvenir de Enriqueta y de su pequeña Lucía.

—¡He sido tan feliz cón mi mujer quereida! ¿Qué va a ser de ti cuando yo muera? No te dejo fortuna.

—No te preocupes. Ya me las arreglaré.

—Volverás a casarte.

—¡Nunca!

—¡Sí! ¡Lo exijo! Moriré más tranquilo sabiendo que buscarás otro hombre que te defienda en la vida.

—¡No hables de eso, Gerardo!

—Es preciso. Prométeme...

—Puesto que lo mandas, te lo prometo.

—¡Por qué no te casas con mi antiguo amigo Bernardo Camus? Si supiera que estaba decidido a perder su libertad para unirse a ti, moriría tranquilo.

La señora Bost, para tranquilizar a su marido, acabó por confesarle que Bernardo le había declarado su amor varias veces, y que últimamente le había propuesto el divorcio para casarse con ella en seguida.

Después de manifestar alguna sorpresa, Gerardo se declaró satisfecho. Dirigiéndose a su hija, Lucía, le dijo que le gustaría que se casase con Jorge Bignon, hombre serio y abogado de posición. Pero la joven respondió:

—A un moribundo, papá querido, se le debe decir la verdad. Me casaré con León Cergues.

—¡Con ese perdido? ¡Un holgazán sin porvenir y una mala cabeza!

—Sí, papá. Nos queremos, y en París nos vemos con frecuencia en los dancings.

—Sea; te casarás con León Cergues.

Hacía cincuenta minutos que se habían presentado los síntomas del mal. Melania, la criada, se presentó llorosa ante su amo.

—Como dentro de diez minutos va a morirse el señor, quiero pedirle perdón. Desde hace quince años vengo sisando y he llegado a reunir con la sisa seis mil francos, que he colocado en bonos de la defensa.

—Te perdono, Melania.

Pasó la hora, pasó hora y media, pasaron dos horas y la muerte no llegó.

Gerardo Bost no estaba enfermo del corazón ni había consultado a ningún especialista. Había ideado aquella estratagema para saber cosas que sospechaba. Ahora podía ser dichoso, porque sabía la verdad. Pero no lo fué, porque al saber había matado su dicha.

Albert ACREMANT

Retablo español

¡Esa es mi España!

(A María, mi esposa, con todo amor)

AL PIE DE LA REJA

Reja española, capillita de amor, altar y sagrario de adoración, los blancos nardos con su perfume son incensarios de plata; los claveles rojos son lampadarios, antorchas de iluminación; el tejido de hierros de la reja-retablo, orfebrería de ilusión, las macetas de mil encendidas florecillas y enredaderas, colgaduras festoneadas de brillante floración; y la Virgen alma de este santuario, una mujer, hechicera de ojos brujos enloquecedores, de labios rojos como rosas de pasión que al besar emborrachan con su licor de amor, de rostro de azucena en arrebol y de busto en cuyos senos soberbios se duerme el juglar de su adoración mientras la luna discreta con sus tules de plata los envuelve amorosa en un deliquio rezando la mejor oración.

SERENATA POEMA DE AMOR

Mientras el juglar a su virgencita en el altar de la reja le reza en extásis la plegaria más bella de amor, calle arriba, calle abajo, va deshojando la flor de una canción el ritornello de los violines, guitarras, flautas y mandolines como gondoleros en los lagos de una pasión.

Sus arpegios son besos golosos a aquella virgen en flor, las notas como palomitas blancas besan la fresca rosa de la cara de aquella imagen bruja que entre las flores es la mejor, mientras voluptuosas revolotean estremeciendo la nieve rosada de los senos ardientes de esa sirena de amor; y cuando la serenata se aleja lanzando sus agónicos suspiros de hembra satisfecha en los abrazos del amor, la última nota de esa canción es beso que por entre las lentejuelas de flores de la reja esa mujer hechicera de despedida le da al galán de su devoción.

ENTRE LOS ENCAJES DE UNA MANTILLA

Manto de pedrería de reina, cofre sagrado de encantos, es el mantón bordado con que la real moza española esconde los tesoros de su cuerpo divino de amor; abrazo de sedas entre el que tiemblan de pasión los hechizos de fuego de esa diosa mujer divina toda corazón.

La mantilla de blondas es corona imperial sobre las sienes de miel y rosa de esa mujer ideal; la mantilla si es blanca sobre la sedosa y rizada corola de una abundante cabellera negra es diadema de virgen diablesa en noches borrascosas de amor y si es negra, sobre el oro arrebolado de unos cabellos rubios, es poema trágico en noches de boda de una viuda amor.

Marco de plata o de ébano, son rosas negras de pasión o nardos hilados de virginal pudor, que voluptuosos y celosos acariciando las mejillas de leche y rosas las envuelven en sus besos de pasión, mientras devoradores bajan ciñendo las carnes de seda del busto bello hasta dormirse en el nido de aquellos senos estremecidos a los que se abrazan con la más fiera pasión.

Tras esa celosía, tejida con suspiros de ángeles los ojos negros de fuego, verdes de embrujamiento de amor y celestes de ilusión de la española hembra, cantan, provocadoras la mejor canción, por eso ante esa Manola, todo galán español tiende su capa de alfombra por que pise cuando pasa esa emperatriz haciendo estos milagros de amor.

Por algo España tiene el culto a la mujer, por algo es la única tierra de hidalgos y caballeros, en donde todavía no se ha puesto el sol del verdadero amor.

J. FERNANDEZ PESQUERO

LINO EN FLOR

Así son sus ojos: color azulado
como aguas dormidas;
tranquilo el mirar.
Así son sus ojos, un campo velado
matiz apagado de linos en flor...

Feliz la aldeana que en plácidas tardes
mirando las luces se tiende a soñar,
cuando la campiña se duerme adornada
con flores de linos, azul como el mar.

Celina GIOIA.

PENSAMIENTOS

La tolerancia es una virtud difícil; nuestro primer impulso y aún el segundo es odiar a todos los que no piensan como nosotros. — JULIO LEMAITRE.

Los poetas son hombres que han conservado sus ojos de niño. — ALFONSO DAUDET.

De una confidencia a una indiscreción no hay más distancia que la que media de la oreja a la boca. — PETIT-SENN.

La testarudez es la fuerza de los débiles; la firmeza es la testarudez de los fuertes. — LAVATER.

Conviene que haya egoistas para hacer resaltar las abnegaciones. — MARIA ADVILLE.

China es el país donde algunos centenares de millones de chinos vivos están dominados por millares de millones de chinos muertos. — PEDRO LOTI.

No es malo haber sido joven, creyente y piadoso, aún o sobre todo cuando se convierta después en libre pensador. — G. M. VALTOUR.

Siguiendo las corrientes de la moda, es, sucesivamente, de buen tono aparecer más honrado o más corrompido de lo que se es en realidad. — G. M. VALTOUR.

La razón desautoriza todos los excesos; la moral los condena; la naturaleza hace más, los castiga. — G. M. VALTOUR.

En materia de comercio y de industria, el primer ocupante no conserva su puesto sino cuando sabe defenderlo y continúa mereciéndolo. — JORGE BLONDEL.

FRAY MOCHO

SE PUBLICA LOS MARTES

Oficinas: CERRITO, 607 BUENOS AIRES

De 9 a 12 y de 14 a 18
Sábados de 9 a 12

U. T. Mayo 1899

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Capital	En el Interior	En el Exterior
Trimestre . $ 2.50	Trimestre . $ 3.00	Trimestre $ oro 2.00
Semestre . „ 5.00	Semestre . „ 6.00	Semestre „ oro 4.00
Año . . . „ 9.00	Año . . . „ 11.00	Año . . . „ oro 8.00
N.o suelto . „ 0.20	N.o suelto . „ 0.25	
N.o atrasado „ 0.40	N.o atrasado „ 0.50	

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen. Los repórters, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros, están provistos de una credencial de esta revista

Entretenimientos

CIENCIA RECREATIVA, JEROGLÍFICOS, CHARADAS, etc. PARA DISTRACCIÓN DE CHICOS Y GRANDES

N.o 1 — CHARADA

Soy un *total* desgraciado,
ya no vendo nada a nadie,
estoy pobre y arruinado.
¿Qué hacer? ¡Sólo Dios lo sabe!
Tengo una idea. Con el nombre
de mi antigua profesión,
puedo hacer alguna cosa
con su descomposición:
Con mi *prima* y mi *cuarta*
hago un vehículo bueno,
que, aunque esté *cuarta segunda*
me servirá. ¡Ya lo creo!
Luego tengo un animal
con mi *segunda* y mi *cuarta*
y con *prima tercia cuarta*
y andando por las calles
venderé *prima tercera*
a quien me compre y me pague
Así salvaré mi vida
lindamente. ¡Caracoles!
La crisis me será leve.
¡Y avanti con los faroles!

N.o 2 — ADIVINANZA

—¿Qué purgante se parece a la brocha de afeitar?

N.o 3 — COMPRIMIDO

LA ENEMIGO

N.o 4 — CHARADA EN ACCION



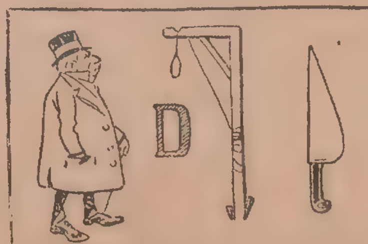
N.o 5 — SALTO DE CABALLO

		HOM	[illegible] LA	[illegible]	[illegible]		
EN	AL	NA	JA	DE	A	[illegible]	[illegible]
AL	AL	JA	BRO	DE	VI	[illegible]	[illegible]
POR	U	POR			NOS	[illegible]	[illegible]
E.	LOS	A			TRAS	HA	[illegible]
LOS	NOS	PIOS	NO	TO	TO	[illegible]	[illegible]
PRO	SA	VEN	GE	LOS	NIL	A	[illegible]
		MAS	MA	SI	ES		

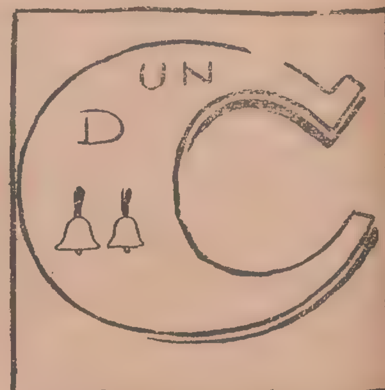
N.o 6 — CHARADA

—¿Quién es ese que va ahí, a pelo y a *segunda prima*?
—*Prima prima*, un *prima segunda* de lo más todo.

N.o 7 — FRASE HECHA



N.o 8 — JEROGLIFICO



SOLUCIONES DEL NUMERO ANTERIOR

N.o 30 — Pitonisa.
" 31 — Asesores
" 32 — Odiosos
" 33 — El amor es un no sé qué, que viene yo no sé de donde y acaba yo no sé cómo.
" 34 — Dentro de un par de meses
" 35 — Animal
" 36 — Canto rodado
" 37 — Desdenes
" 38 — ... Gimenes, que ha conseguido elevar al Gran Poder con "Iglesias" y todo.
" 39 — Castaña...

EL CACTO GIGANTE

Mucho se ha escrito sobre esta especie de cactos— "Carniegcea gigantea"—, pero es difícil con palabras dar idea de la impresión que porduce este árbol, elevándose como una columna en los desiertos del sudeste.

Desde la más remota antigüedad la columna ha disfrutado siempre del favor del hombre. Los egipcios construían sus obeliscos de granito, los griegos sus clásicos pilares de mármol, y los monumentos de unos y de otros han sido admirados a través de los siglos. En el vasto desierto americano la Naturaleza ha formado una columna que tiene la altivez de un obelisco y la gracia de uno de los pilares del Parthénon. Y uniendo siempre a su sabiduría, su originalidad, ha construído esta columna de una materia tan sólida y de un colorido, tan suave y tan brillante al mismo tiempo, que diríase hecha de jade.

La columna se eleva recta, unas veces sin ramas de ninguna clase y otras con algunas, vueltas hacia arriba, que le dan el aspecto de un gigantesco candelabro.

A menudo el cacto no tiene más que una sola rama, que parece surgir de su tronco como un brazo impotente, en demanda de un poco de rocío.

Cualquiera que sea la forma que adopte, y a pesar de sus ramas, el aspecto majestuoso del cacto en el desierto, impresiona grandemente.

El cacto o suharo se encuentra en los vastos espacios del sudeste, donde el desierto se une con los collados de las altas montañas de Arizona y de Méjico.

El cacto de la montaña, visto a distancia, es de un color verde-amarilloso pálido; de arriba a abajo pueden observarse agudos surcos angulares; en los ejemplares muy jóvenes los surcos de la parte superior y de la base forman ángulos agudos.

En los troncos de los viejos cactos estos surcos se extienden, formando ángulos obtusos.

Cuando un surco se interpone o desaparece por exigencias de la estructura de la planta, el arreglo está hecho tan pulcramente, que casi no se nota.

Estas rayas verticales no son simples hendiduras o surcos, sino que cada una de ellas lleva de abajo a arriba de la planta, rosetas formadas por fuertes espinas.

Cada roseta se compone de tres o cuatro espinas muy agudas, de una pulgada de longitud poco más o menos; de siete u ocho espinas menos largas y de ocho o diez muy cortas.

Las rosetas son verdosas, mientras la planta es joven; cuando ésta envejece las rosetas se vuelven grises y desaparecen completamente cuando la planta es ya muy vieja. Están colocadas tan cerca las unas de las otras, que muchas veces se unen entre sí. Las espinas agudas fuertes constituyen para el árbol un arma de defensa.

La estructura del suharo es muy interesante. El Dr. Forest Shreve compara la disposición del árbol a una serie de cañas de pescar de bambú, combinadas paralelamente, formando un cilindro. Las cañas aumentan en medida con el tiempo en la base del árbol; se espesan en el interior y forman la base substancial de la columna viva. El tejido pulposo se encuentra tanto en el interior, como en el exterior de las cañas, y el contenido de agua es igual en ambas partes.

El contenido del agua fluctúa con las estaciones, pero la planta acomoda su volumen a estas condiciones. Las raíces son bastante extensas; a menudo se extienden a 50 y 60 pies de longitud, pero yacen muy cerca de la superficie del suelo.

El crecimiento del suharo es muy lento. El Dr. Shreve ha descubierto en sus investigaciones que un ejemplar de ocho pulgadas, tenía doce años, en tanto que otro de sesenta años había alcanzado tan solo la altura de 16 pies.

Se calcula que el suharo más viejo que se conoce cuenta, aproximadamente, ciento setenta y cinco años. En general, suelen alcanzar la altura de 50 y 60 pies, y su diámetro es de uno a dos pies.

El cacto gigante florece en mayo. Su flor blanca, amarillosa, cubre casi todo el tronco y las ramas. La flor es tubular, y en el interior de los pétalos blancos se encuentran los estambres. Cada flor puede contener unos 3000 estambres, y un ovario con unos 2000 óvulos, aproximadamente. El fruto es ovalado, de dos a tres pulgadas de largo y contiene una pulpa roja, alimento muy apreciado por los indios de Pina y Papago. Al pasar por un bosque de suharos observamos que en los troncos más viejos hay unas hendiduras que parecen hechas por esos pájaros "picamaderos", de la especie de los Picara, que, sin embargo, no existen por aquí. Algunas de estas cicatrices pueden contar un siglo; el cacto se ha defendido de la infección, formando en ellas una superficie sólida e impenetrable.

Con frecuencia suele encontrarse en el desierto, rígido y majestuoso todavía, el esqueleto de un gigantesco cacto, blanqueado por la acción del sol.

Estos troncos secos son utilizados por los indígenas, que los emplean en sus construcciones.

De este modo, el gigantesco cacto, amigo siempre del hombre, ofrece, aun después de muerto, un refugio a éste en el desierto, como le brindó su fruto para su alimentación durante su vida.

Los modernos Jonás

La humanidad ha comulgado muchas veces con ruedas de molino y entre los crédulos se han contado personas con ilustración, porque lo que creían había sido relatado por personas fidedignas, por testigos presenciales.

Durante mucho tiempo se ha creído que las golondrinas pasaban el invierno en los huecos de las rocas, porque así lo habían visto muchos, y no pocos aseguraban que invernaban en los charquitos que se formaban en las huellas dejadas por las herraduras de los caballos, sin que faltara quien asegurase que las había visto meterse bajo el agua para pasar allí el invierno.

Igualmente se ha creído, porque así lo aseguraban personas que habían hecho la prueba, que echando en agua unas cerdas de crin de caballo, salían de ellas otras tantas anguilas o serpientes, error que, nacía de ver en los lugares donde solían abrevar los caballos, había unas lombrices largas y muy delgadas, animales que son poco más gruesos que un fuerte cerco y llegan a tener hasta treinta centímetros de largo.

La curiosa manera de reproducirse las anguilas, la transformación de sus crías, las angulas, el cambio de medio en su desarrollo no se ha conocido hasta hace muy pocos años, y habrá que justificar de alguna manera el nacimiento de la anguila.

Aunque cada vez vamos siendo más exigentes y más incrédulos, aun para aquello que nos dicen personas verídicas, testigos presenciales, sin embargo hay un infinidad de crédulos que aceptan como hechos indudables cosas verdaderamente increíbles.

En el término de pocos años, en esta época de la electricidad y del fonógrafo, se ha dado noticia de que, en dos diferentes ocasiones, dos individuos fueron tragados por sendas ballenas, que milagrosamente fueron salvados y pudieron narrar tan extraordinario episodio de su vida. Y esto se publicó con nombres, con toda clase de detalles contados por las víctimas, y fueron muchos, muchísimos, los que lo creyeron, y no fueron niños ni porteras, sino hasta hombres serios y de cierta instrucción.

Uno de estos nuevos Jonás sufrió el percance, según él, hará cosa de treinta años.

Era un mozo que formaba parte de la tripulación de un barco pesquero, e iba remando en el bote que había de dar caza a un cetáceo y donde iba el arponero. Al lanzar éste su arma, la ballena dió un tremendo coletazo, al sentirse herida, e hizo zozobrar el bote, y los hombres quedaron luchando con las olas. Un segundo bote fué a recogerlos. Dos de ellos pudieron ser salvados; los otros dos no hubo medio de dar con ellos.

Creyeron que se habían ahogado

A todo esto, la ballena había muerto y pronto su cuerpo fué atracado al costado del buque ballenero y los pescadores empezaron a descuartizarla.

En esta operación invirtieron todo el día y parte de la noche.

Por la mañana siguiente izaron a bordo el estómago del cetáceo y la tripulación quedó asombrada al notar que algo se movía dentro.

Al momento lo abrieron y en su interior encontraron a uno de los pescadores desaparecidos, que se agitaba, y perdido el conocimiento.

Al momento le atendieron, le lavaron con agua del mar y lograron que volviese en sí, pero no razonaba.

Le llevaron al camarote del capitán, donde permaneció durante dos semanas, sin darse cuenta de lo que pasaba, como loco.

A los veintiún días recuperó la razón y, aunque muy débil, empezó a trabajar con sus compañeros.

Su cara y sus manos habían perdido el color, aparecían blancos como la nieve, por la acción de los jugos gástricos sobre la piel.

El nuevo Jonás contó su aventura en el vientre de la ballena.

Sintió que después de hallarse en la cavidad de la boca se deslizaba por un estrecho pasadizo para ir a parar a un compartimento ancho de paredes pegajosas y resbaladizas y entonces, horrorizado, se convenció que había ido a parar al estómago de la ballena y se dió por muerto. Podía respirar fácilmente, pero el calor se hacía insoportable, tanto, que perdió el conocimiento. Después nada supo hasta que se encontró en el camarote del capitán. No sabía el tiempo que había pasado ni se daba cuenta de nada hasta que recuperó la razón.

Este hecho fué contado por la víctima y por los marinos que abrieron el estómago de la ballena, y sin embargo no se puede creer. Hay que negarlo rotundamente.

Según el relato, el nuevo Jonás debió permanecer en el vientre de la ballena treinta y seis horas por lo menos, donde no es posible que nadie viva ni treinta y seis minutos.

Mientras hay vida, el corazón late con más o menos fuerza y en cada latido la sangre corre por las arterias para extenderse por todo el cuerpo y volver al corazón por las venas. Unas pocas pulsaciones bastan, para que toda la sangre oxigenada recorra todo el cuerpo y deje de ser oxigenada y sobrevenga la muerte.

En el estómago de la ballena no hay aire y la muerte es inevitable a poco de permanecer en él.

A pesar de todos los detalles del caso, no se puede creer semejante paparrucha.

El segundo caso hay que tomarlo más en serio, o por lo menos con más cuidado, pues lo cuenta un misionero y el accidente le ocurrió a él mismo.

Un día, mientras los hombres iban pescando, en un barco de ballenas, el misionero, que iba con ellos en el ballenero, cayó al agua y se lo tragó una ballena. Afortunadamente, los tripulantes le vieron y arponearon a la ballena.

Como, según ellos, cuando un cetáceo herido se siente morir arroja al exterior todo lo que contiene su estómago, al hacerlo éste del cuento salió el misionero al agua y fué recogido por los compañeros.

¿Fué esto verdad?

Analicemos el cuento.

Mucho les gustaría a los pescadores encontrarse en medio de un banco inmenso de ballenas (la ballena es un animal que vive solitario), para arponearlas, pero se dan por satisfechos con perseguirlas una por una; y aun admitiendo esto, es de una suerte loca que en aquellos momentos de excitación y prisas, con tantas ballenas a la vista, reconocieran entre todas ellas la que se había tragado al misionero y diera la casualidad de que en seguida le dieran cara y la hirieran.

¿Fué, efectivamente, tragado el misionero?

Es muy posible que se hallase en la boca de la ballena algunos momentos, minutos quizá, pero no en el estómago, pues por el esófago de una ballena no cabe un hombre ni mucho menos.

Además, no es un hecho el que la ballena al sentirse morir arroje todo lo que tiene en el estómago.

El misionero, como todos los Jonás, pudo permanecer algún tiempo en la tremenda boca de la ballena; hay espacio para ello; pero no pasar por su esófago que es sumamente estrecho.

Bueno es advertir, por otra parte, que la ballena se nutre exclusivamente de animales de muy reducido tamaño, ya que no puede engullirlos ni relativamente voluminosos.

Una máquina registradora del trabajo

En la Exposición Internacional de Inventos de Westminster una de las máquinas más interesantes de todas las presentadas es una que tiene por objeto registrar la cantidad de trabajo realizado por un obrero en ausencia de su patrono.

La máquina puede conectarse directamente con la oficina del director de la fábrica o taller, de modo que el obrero no pueda ni imaginar su existencia.

El inventor de la máquina registradora de trabajo, llamado James Fiddes, es un patrono.

Fiddes posee una fábrica de hojalata en Aberdeen.

"Entre los objetos fabricados en mi fábrica — ha dicho el inventor Fiddes—, figuran barriles. Para hacer un barril se emplean 33 máquinas diferentes.

Si trabajan todo el tiempo pueden hacer 148 barriles en una hora y media.

Mi aparato registrador indica cuántos barriles han sido hechos durante mi ausencia, y sé cómo han trabajado mis obreros.

He observado que, contrariamente a lo que pueda creerse, a los obreros de mi fábrica les gusta trabajar con la máquina; pues saben que yo me doy cuenta de todo el trabajo que son capaces de hacer, y que, naturalmente, pueden exigir mayores salarios.

Ahora, lo que nunca sucedía antes de instalar la máquina, si los obreros tienen que esperar por el material, se quejan inmediatamente a la dirección.

TEATROS

EL CHAQUEUR SILENCIOSO

A los procedimientos conocidos para defender una pieza teatral que no ofrece muy halagadoras perspectivas la noche del estreno y para mantenerla después durante varias noches, se ha incorporado, a los procedimientos ya conocidos, un nuevo sistema que parece de segura eficacia.

Conocíamos los de telón adentro que son innumerables. Entre los de telón afuera figuran como más explotados el popularísimo de la claque numerosa y el de las entradas de favor.

Dentro del último grupo figura el método implantado hace poco por un teatro del centro. Es un método primaveral, tanto por la época en que ha venido a iniciarse, como por su misma naturaleza y condición. Se trata de colocar en el patio de butacas un acomodador fornido, atlético, de espantable presencia, que como silenciosa pero amenazante estatua vigila las actitudes, los gestos y las palabras de los espectadores, con fiera apostura y miradas tormentosas. Este personaje, al que denominamos el claqueur silencioso, se planta como un tronco de almez en el pasillo central, a la altura de las últimas filas ocupadas y conforme avanza la representación, se va adelantando él para ir haciéndose más visible.

Rígido, inmóvil, inquietante, encarna dos símbolos: el de la paciencia, aguantando heroicamente la representación, para ejemplo de impacientes y revoltosos, y el principio de autoridad, dispuesto a llegar hasta el fin.

La innovación es reciente y, por lo mismo, no ha podido obtener todavía todo el desarrollo que es de esperar. Desde luego, puede apreciarse la eficacia del efecto visual. Ese hombre que resiste a pie firme una obra íntegra, sin un comentario, sin una queja, es una lección viva y provechosa para los espectadores cómodamente sentados en sus lunetas. Sabido, es que nada conforta tanto al doliente, como la contemplación de un sufrimiento mayor soportado con entereza de ánimo. Esta es la moral que encierra el claqueur silencioso. Desde el punto de vista de la psicología, es inobjetable. Desde el de la práctica, también. Y decimos que también desde el de la práctica, porque si es necesario luchar por el mantenimiento del teatro nacional y no se dispone de obras que atraigan nuevos espectadores, forzoso será mantener a los que forman los actuales auditorios y evitar el lamentable espectáculo de la protesta.

La única incógnita que presenta el sistema, es la de una protesta rebelde del público que pueda poner al claqueur silencioso en el caso de hacer efectiva su feroz amenaza. ¿Será tan terrible como parece? O se tratará de un simple truco teatral, de una de tantas maquietas de la escena y ese hombre no será más que un rollizo cordero caracterizado de león? La solución ha de ser interesante y de ella hemos de informar oportunamente a nuestros lectores.

José MAR

"EL HOMBRE QUE PEGA A LAS MUJERES", en el SMART

Con esta pieza, el señor Julio F. Escobar ha aumentado su producción, pero no puede decirse que la haya enriquecido. Se trata de un asunto de poca novedad y no muy ingenioso, que ha sido tratado esta vez con procedimientos de gracia burlesca y un poco exagerada para acomodar la pieza al tono general de las interpretaciones que se ofrecen por la compañía del Smart. El público celebró la obra y aplaudió al autor y a los cómicos, de modo que la finalidad de la pieza puede darse por conseguida.

Marcelo Ruggero, Ribiana Díaz de Mendoza y Totó Billy pusieron mucho de su parte para conseguir este resultado.

OTRA VEZ SIDDIVO

El popular cómico que realizó últimamente en el Politeama una lucida temporada de opereta, volverá mañana a la misma sala para dar una serie de representaciones del mismo género, al frente de la misma compañía. Se anunciaba para el debut una nueva opereta de Lombardo y Ranzato titulada Chin-Chi-La.

"CALLATE, CORAZON", en el LICEO

El estallido de un bólido en un suave y pálido cielo de amanecer, es la impresión que produce el estreno de esta obra entre el repertorio de la compañía Pierina Dealessi. Un desliz amoroso, un hombre desalmado, un marido terrible, un suicida, un inocente acusado, un loco, otro suicida, una revelación póstuma y no sabemos qué otras cosas terroríficas, forman los ingredientes de esta producción truculenta de Samuel Sanda, uno de los actores de la compañía. Esta, acostumbrada a la representación de piezas jocundas, se tuvo que poner repentinamente trágica y lo hizo en forma tan encomiable que logró que el público, a pesar de su sorpresa, tomara la obra en serio.

CACHADORA

Este tango de Francisco Lomuto ha sido cantado con éxito por Olinda Bozán en el Nacional, como parte integrante de la pieza "La rosa de hierro" de Martínez Cuitiño, reprisada recientemente.

REVISTAS GALANTES

En el Cómico siguien representándose con buena fortuna las revistas no aptas para señoritas que en cambio divierten grandemente a los varones.

"LA PALANCA", en el B. AIRES

Una pieza que rompe en cierto modo con los moldes de las producciones que se dan a conocer en el Buenos Aires, estrenó la compañía de Enrique Muiño con el título del epígrafe. Es su autor don Alcibiades Biffi, quien a largos intervalos ha estrenado otras obras en el género chico nacional. "La palanca" es un trabajo de algunas pretensiones, donde se procura demostrar el aforismo maquiavélico de que el fin justifica los medios. El fin, en este caso, es el dinero y los medios de los que echa mano un albañil para disfrutar de la fortuna de un compañero de oficio, que ha sido agraciado con el premio mayor de la lotería y que muere en un accidente del que pudo salvarlo aquel. Desposado con la viuda y acrecentada su fortuna, Tulio Nardos, que así se llama el protagonista, se denuncia a sí mismo mismo en el delirio de la fiebre orgánica. Al final, Tulio Nardos se suicida, arrojándose por un balcón, en momentos en que sus electores le aclamaban por haber resultado electo diputado.

Sintéticamente relatado el asunto, cabe agregar que "La palanca" aunque bien inspirada, no logra dar una sensación de cosa humana. Desarrollada con procedimientos anticuados en la escena, carece de vigor dramático y no consigue trasmitir mayor emoción al auditorio, quizás porque acusa algunas vacilaciones en el proceso de su acción. Empero, corresponde aplaudir al Sr. Biffi por la nobleza de su propósito al intercalar en el teatro por horas una obrita honesta entre tanta expresión subalterna.

Muiño, en un papel dramático, se desempeñó con acierto, siendo bien secundado por sus compañeros de escena.

CARLITOS ROMEU 'PRINCIPEA'

Aprovechándose de la canícula, el "caluroso" revistero Carlitos Romeu ha puesto una pica en el Príncipe, teatro que como sabrán muchos funciona en el pintoresco barrio de Belgrano. Como puede imaginarse, todo el cartel revisteril está monopolizado por el imponderable Carlitos, aunque a veces, por pudor, su nombre no aparece en los programas. Según nos cuentan los vecinos de Belgrano, la cosa marcha en el Príncipe, con perspectivas de trocarse en rey...

SAINETE EN EL IDEAL

Se conoce que la compañía De la Vega-Perelli no había meditado un plan para su temporada del Ideal.

Después de haber estrenado el interesante grotesco "Carlitos Chaplin", con el que dió una nota de buen teatro, dió a conocer un sainete para cerrar las puertas de la sala, en vista del escaso apoyo del público. "Retiro-Constitución - 0.20 (Taxi colectivo)", trata de poner en escena las desinteligencias surgidas en el gremio de "chauffeur" con motivo de la implantación del nuevo servicio de trasporte en nuestra capital. Animado en el diálogo, un tanto recargadas las tintas caricaturescas de los personajes, han revelado sus autores, Sres David Di Napoli Vita y Alberto Galuedo, escritores noveles en el teatro, poseer estimables aptitudes para cultivar el género. La interpretación dejó que desear, por no conocer bien sus papeles los actores.

MONUMENTO A PABLO PODESTA

Se ha constituído una comisión que organiza la erección de un monumento al inolvidable actor Pablo Podestá y que será ejecutado por el conocido escultor Sr. Vicente Roselli. He aquí las pe'sonas que integran la referida comisión:

José León Pagano, presidente; Pascual E. Carcavallo, vicepresidente; Julio Traversa, secretario; Juan Mangiante, tesorero; José González Castillo, Alberto Vacarezza, Juan José de Soiza Reilly, Enrique García Velloso, Florencio Parravicini, Luis Rodríguez Acasuso, Oscar R. Beltrán, Enrique Muiño, Roberto Tálice, Luis Arata y Enrique Orfila, vocales.

ZARZUELA EN LA COMEDIA

En el teatro Zarzuela, de Madrid, se suele representar comedias y en nuestro teatro de la Comedia actúa un elenco de zarzuela. Este retruécano a través del mar, del más puro corte muñozsequiano, nos viene a pelo a propósito de la discreta fortuna con que viene dando sus espectáculos la compañía Casenave - Hernández, en la remozada sala de la calle Carlos Pellegrini. "Maruxa" y "Marina", dos típicas y excelentes producciones del género que se reprisaron últimamente, recibieron una amable acogida del público que alienta esta intentona primaveral por el almanaque y estival, francamente estival, por la cubeta mercurial (el verso salió agudo como la temperatura).

GLORIA

El importante cine de la Avenida de Mayo realiza sus funciones con mucha gente, atraída por el interés de los carteles, siempre completados con películas de relieve.

En esta semana se ofrecerán buenos estrenos, lo cual permite suponer que con éxito se efectuarán las veladas.

GRAND SPLENDID

La regia sala de Max Glucksmann continúa atrayendo a sus funciones al público de familias de la primera sociedad que han concurrido durante todo el año a la catedral del cine. Las "brillantes reuniones sociales" que tradicionalmente suscitan las veladas de los domingos, siguen ofreciendo el bonito espectáculo de buen gusto y elegancia que determina la concurrencia de damas y niñas. Los programas diarios se integran con las mejores producciones y se renueva continuamente el cartel, para el mayor interés del público.

CAPITOL

"No me caso" y "La joven del Pullman", dos buenas películas, fueron exhibidas ante una crecida concurrencia de público selecto. Esta sala, a pesar de la rivalidad de otras, se mantiene, gracias a un cartel variado y atrayente, como una de las favorecidas por los amantes a los espectáculos silenciosos.

PAC

Ningún otro salón de Palermo cuenta con mayor prestigio que éste, que tradicionalmente es el favorito de las familias. Es así que siempre se ve muy concurrido por el público que sabe que verá interesantes cintas.

AVENTURAS DE PIPIRI























ULTIMAS CREACIONES DE LA MODA FEMENINA



1. Salida de baño ejecutada con ''aquinaia'' raso cincelado, con rayas de diferentes colores. Este peinador, que se cierra en la espalda, recuerda el ''peplum'' griego. Va adornado en la parte posterior con motivos de pelerina. — 2. Salida de baño de ''aquinaia'' raso cincelado color rojo vivo sobre fondo estampado azul pálido, de muy bonito efecto.